

Chiquinquirá eterna

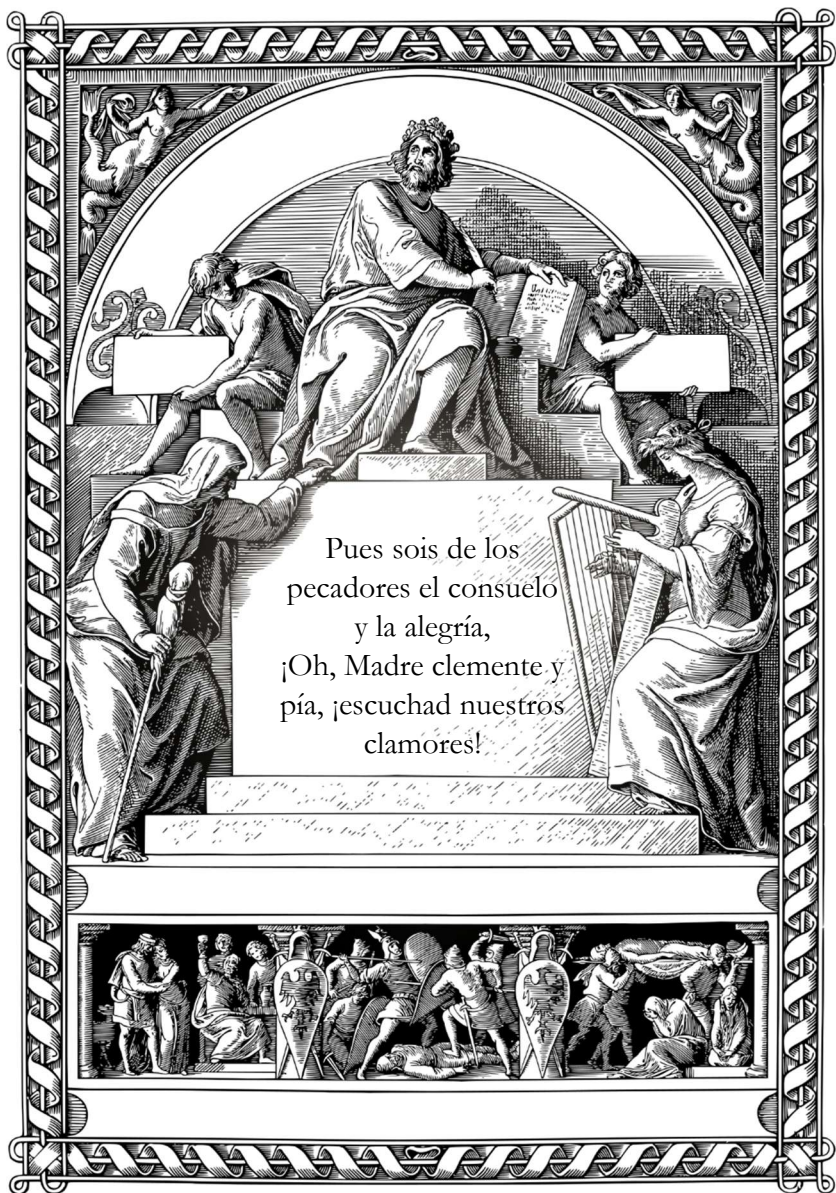
Mitos, fe e historia

Pablo Cortés Sanabria



Sello editorial de historia y cultura

Bogotá, 2025



Pues sois de los
pecadores el consuelo
y la alegría,
¡Oh, Madre clemente y
pía, ¡escuchad nuestros
clamores!

Todos nosotros vivíamos en nuestra ciudad como errantes viajeros y cuál si fuésemos gentes extrañas hasta que tus libros nos recondujeron, por así decirlo, a nuestros hogares y nos enseñaron por fin a darnos cuenta de quiénes éramos y del sitio en que vivíamos.

Cicerón a Marco Varrón

Ilustre fue Esparta, tuvo su apogeo la gran Micenas y también la ciudadela de Cécrope y la de Anfión. Esparta es ahora tierra sin valor, cayó la excelsa Micenas. ¿Qué queda salvo un nombre de Tebas la de Edipo? ¿Qué salvo un nombre de la pandonia Atenas?

Ovidio

INTRODUCCIÓN

Relatar la historia de nuestra ciudad desde sus orígenes es un desafío fascinante y una oportunidad para honrar la memoria de quienes nos precedieron. Aunque muchos escritores han abordado estos hechos con precisión o estilo, me motiva la posibilidad de contribuir, aunque sea modestamente, a preservar el legado de los grandes eventos protagonizados por nuestros antepasados. Y si mi nombre se pierde entre los de tantos otros cronistas, me consolará al menos la fama de los que me hayan eclipsado.

Narrar los acontecimientos de más de quinientos años, comenzando con las leyendas legadas por la nación muisca, es una tarea descomunal. Personalmente, este esfuerzo me ha proporcionado un beneficio: alejarme de los desórdenes y las dificultades que nuestra patria y ciudad han soportado durante tantos años, concentrando mi atención en el estudio de nuestro pasado. Este trabajo, aunque arduo, me ha liberado de las preocupaciones inmediatas.

Los primeros episodios de nuestra historia están más adornados por la fantasía que sustentados por pruebas irrefutables. Sin embargo, estos relatos, que mezclan lo divino y lo humano, otorgan a los orígenes de nuestra ciudad un carácter más elevado y simbólico. Lo esencial en la historia no es solo registrar los hechos, sino ofrecer enseñanzas que inspiren a evitar lo reprochable y emular lo admirable, tanto para nuestro beneficio como para el de la comunidad. Ese ha sido el objetivo que hemos perseguido al escribir estas páginas.

Esta obra posee además una virtud singular que la distingue de todas las que la han antecedido: su permanencia en el dominio digital. Libre de los rigores del tiempo y del silencio de las ediciones agotadas, este libro asegura que la historia de Chiquinquirá permanecerá viva y accesible para todas las generaciones, como testimonio imperecedero de su grandeza y legado.

Capítulo I

SUMARIO

Primigenios habitantes de la región de Chiquinquirá. -El dios Bochica interviene para calmar las aguas tras un gran diluvio. -Castigo del dios Chibchacum. -Origen divino de Goranchacha. -Unificación de las tribus muiscas bajo los zaques y zipas.

Permíteme, noble lector, antes de iniciar la narración de la historia de Chiquinquirá, el privilegio de dibujar de manera general el contorno de aquellas tierras. En el hermoso altiplano cundiboyacense, donde las colinas ondulantes y las amplias llanuras esbozan un paisaje genuinamente colombiano, se alza el municipio de Chiquinquirá. Situado a una altitud cercana a los 2560 metros sobre el nivel del mar, este rincón de los Andes nos presenta un espectáculo grandioso: un entorno de majestuosas montañas y fértiles valles, atravesados por las rápidas corrientes de los ríos Chiquinquirá y Suárez.

Limitadas al norte por las tierras de Saboyá, al sur por las de Simijaca y San Miguel, al este por las áridas llanuras de Tinjacá, preámbulo del desierto de la Candelaria, y al oeste por las temibles selvas de los muzos, las tierras de Chiquinquirá, fecundas y libres de fieras salvajes, con escasos accidentes geográficos, han sido desde tiempos inmemoriales objeto de anhelo para muchos pueblos.

Como custodiando celosamente sus dominios, numerosas cadenas montañosas se alzan en torno al valle de Chiquinquirá. Al sur, el boquerón de la Palestina traza el límite con el territorio de Simijaca. Al este, la escarpada ladera de los arrayanes se erige

como una muralla que defiende el valle de los vientos y arenas que vienen del valle de Saquenzipa. Al oeste, la Boca de Monte marca el umbral hacia la tierra de las esmeraldas.

Chiquinquirá, sustentada en la prodigalidad de su tierra circundante, dedica sus esfuerzos primordialmente a la ganadería y a la producción de leche. Los exuberantes pastizales y los valles fértiles, irrigados por los ríos Chiquinquirá y Suárez, brindan condiciones idóneas para la cría de toda clase de ganado.

Las festividades principales son de carácter católico, destacando la celebración de la coronación de la Virgen el 9 de julio. Esta conmemoración se ve enriquecida por procesiones, eventos religiosos y manifestaciones culturales que infunden vida a la solemnidad anual, entrelazando a la comunidad en una danza de devoción y tradición. La llegada masiva de peregrinos desde los rincones más lejanos de la república para venerar las santas reliquias guardadas en la Basílica¹ constituye, desde hace al menos cinco siglos, un pilar fundamental de la economía y el desarrollo de la ciudad.

Los primeros habitantes de lo que hoy conocemos como Chiquinquirá según los registros históricos disponibles, fueron los indígenas cocas quienes establecieron su morada en las laderas del Terebinto. Este sitio resultó estratégico debido a su cercanía al río Saravita, ofreciendo al mismo tiempo protección contra las inundaciones y los ataques esporádicos de los muzos, quienes, en ocasiones invadían la región con el fin de saquear y

¹ En el resto del libro se aplica el nombre de Basílica a la construcción religiosa de tres naves separadas por columnas, y no al reconocimiento del papa romano a ciertos templos por su particular esplendor e importancia espiritual.

capturar esclavos. La denominación "Chiquinquirá" conserva su herencia indígena, traducándose en la lengua muisca como "poblado del sacerdote". A pesar de los intentos de varios historiadores, con variados grados de éxito, por cuestionar este origen—llegando algunos incluso a sostener que Chiquinquirá nunca fue un asentamiento indígena y que la región estaba deshabitada cuando llegaron los españoles—la evidencia persiste y respalda su legado ancestral.

La ausencia de escritura entre los cocas ha envuelto en sombras la mayor parte de los acontecimientos anteriores al año 1537. Sólo mediante una tradición oral, sumamente incierta y fragmentada, se han podido vislumbrar algunos episodios bélicos que forman parte de su herencia, revelándonos restos dispersos de un pasado que, de otro modo, permanecería completamente oculto tras la penumbra de los siglos. De acuerdo con las antiquísimas tradiciones de los cocas y muiscas, en los albores del tiempo, la luz del universo residía en el seno mismo del creador, a quien llamaban Chiminigagua. De él surgieron majestuosas aves negras que, al revolotear por el cosmos, esparcían innumerables semillas de todas las especies vegetales a través de sus picos. Posteriormente, el creador modeló el resto de las cosas que pueblan el universo, dando vida a dos deidades imponentes: el sol y la luna.

Un día después de la creación del mundo, emergió de la laguna de Iguaque una mujer de belleza excepcional, de piel morena y cabellos largos y oscuros. A su lado, la acompañaba un niño de tres años. La tradición la reconoce como Fuzachogua, que en la lengua de los muiscas significa "mujer buena"; el nombre del niño se ha perdido en la niebla de los siglos. Ambos se establecieron

en una llanura cercana a Iguaque, y con el paso del tiempo, cuando el niño alcanzó la edad adulta, se unieron y dieron origen a la humanidad. Los descendientes de Fuzachogua la veneraron como la diosa protectora de las cosechas.

Transcurridos muchos siglos desde la creación del universo y el surgimiento de la humanidad, los hombres se sumieron en la anarquía y el desorden; en particular, los habitantes de la llanura de Bacatá enfurecieron al gran dios Chibchacum con sus pecados indignos. Irritado, Chibchacum desvió las aguas de los ríos Sopó y Tibitó, que antes fluían hacia otras regiones, y las encaminó hacia la vasta llanura, sumiéndola en una devastadora inundación. Miles de habitantes, junto con sus ganados y cosechas, perecieron en esa calamidad y solo unos pocos consiguieron refugiarse en las alturas, donde el hambre y las enfermedades los atormentaron durante meses. En su desesperación, clamaron por clemencia al dios Bochica. Tras días de súplicas, Bochica descendió en toda su magnificencia desde un arco iris y prometió liberarlos; no obstante, en lugar de restablecer el curso de los ríos, creyendo que podrían ser útiles para el riego de los campos, usó su poder para romper la gran peña del Tequendama, permitiendo la salida de un caudal inmenso de agua y despejando así la llanura.

Más tarde, Bochica, en su deseo de castigar a Chibchacum por los terribles males que había desatado sobre la humanidad, le impuso la tarea de cargar con todo el peso de la tierra sobre sus hombros, en una notable semejanza con la labor de Atlas en la mitología griega. Desde entonces, cada vez que el dios sentía el agobiante peso, alteraba su postura para aligerar la carga, provocando así los terremotos que incesantemente sacuden las tierras de los muiscas.

La leyenda de Bochica podría resonar como un eco de una devastadora catástrofe natural que ocurrió al final de la última edad de hielo, cuando los vastos glaciares del planeta comenzaron a retroceder debido a un cambio climático acelerado. Muchas culturas en el mundo han preservado el recuerdo de tales catástrofes. El poeta romano Ovidio en su obra las metamorfosis, relató el diluvio de esta manera:

"Él mismo hirió la tierra con su tridente, y ella se estremeció y con su agitación abrió paso a las aguas. Los ríos, desbordando sus cauces, se precipitaron por campos sin límites, y con los sembradíos arrastraron a su vez boscajes, ganados, hombres y viviendas, así como los sagrados santuarios con sus ofrendas. Si alguna morada permaneció erguida y pudo oponer resistencia a tan nefasta calamidad sin ser derrocada, aun así, una ola de vasta altura cubrió su techumbre, y las torres se vieron sumergidas bajo turbias vorágines; ya no se distinguía entre mar y tierra: todo era mar, hasta le faltaron a este sus linderos."

Después del diluvio, pasó un tiempo antes de que surgiera el primer legislador de la nación muisca, Nemterequeteba. Según la tradición, llegó desde el oriente, ya en edad avanzada y con una impresionante barba blanca. Su primer asentamiento fue en Bosa, donde enseñó a los habitantes el arte del tejido, la construcción de telares, la agricultura, la alfarería y prácticamente todas las artes que conocían. Nemterequeteba montaba una extraña criatura, que los indígenas describían como una especie de ciervo o venado; más tarde, los españoles la identificaron como un caballo, y al jinete se le asoció con el apóstol Santo Tomás o San Brandán.

Nemterequeteba recorrió numerosos pueblos de la región, hasta que desapareció repentinamente en Sogamoso, no sin antes designar a un sucesor al que confirió el dominio sobre el valle de Iraca y una cierta supremacía religiosa sobre el resto de la nación muisca. Los muiscas veneraron a Nemtorequeteba como a un dios que había vivido entre los hombres, y en diversos lugares se preservaron reliquias de su paso: en Bosa, se adoraba una costilla del animal que, según se decía, había acompañado al dios; en Iza, se veneraba una piedra donde había quedado impresa su huella. Según la tradición más precisa, estos eventos ocurrieron 14 siglos antes de la llegada de los españoles, coincidiendo con el período en que gobernaba en Roma el emperador Adriano. Sin embargo, es más probable que los cálculos muiscas se refirieran a ciclos lunares, lo que situaría estos acontecimientos a principios del siglo XV.

La nación muisca se encontraba dividida en numerosos estados independientes, cada uno con su propio rey. Estos estados permanecían en perpetuo conflicto, luchando constantemente por cuestiones de fronteras y por la supremacía. Sin embargo, en medio de este caos generalizado, comenzaron a destacarse los reyes de Hunza (la actual Tunja) y de Bacatá (la actual Bogotá). Estos dos poderosos soberanos terminaron por someter al resto de los reyezuelos que gobernaban el altiplano, unificando gradualmente el territorio bajo su control.

En relatos antiquísimos, se narra que los augures muiscas habían profetizado el nacimiento del hijo del dios Sol en la aldea de Guachetá. Así, al despuntar cada nueva aurora, las hijas del rey de Guachetá se postraban ante los resplandecientes rayos solares, aguardando la concepción del hijo celestial. Con el tiempo, una

de ellas fue bendecida con la maternidad, y, transcurridos los nueve meses, dio a luz una descomunal esmeralda cuyo fulgor y claridad no tenían parangón. La afortunada madre envolvió la gema en mantos de algodón y la guardó entre sus senos; pronto, de ella emergió un infante cuyas características eclipsaban en belleza y perfección a las de cualquier otro ser mortal. Este niño recibió el nombre de Goranchacha, que en lengua muisca significa "hijo del Sol."

A la edad de 24 años, Goranchacha emprendió un viaje por las tierras muiscas, emergiendo como un destacado líder espiritual debido a la dignidad de su linaje. En ese tiempo, un monarca despiadado y tiránico ocupaba el trono de Rumirraquí², sometiendo a sus súbditos a constantes agravios. Al enterarse Goranchacha de las penurias que sufría el pueblo de Rumirraquí, decidió actuar en consecuencia. Después reunir una numerosa hueste, se dirigió hacia las tierras de Rumirraquí.

Con el paso firme de sus tropas, Goranchacha se aproximó al poblado, donde la opresión y el despotismo dominaban bajo el cetro cruel del tirano. Las filas del ejército de Goranchacha se desplegaban como un inmenso mar humano, resonando en el aire el blandir de las armas y el crujir de los escudos que se agitaban en aquellas manos ansiosas de justicia.

El día de la confrontación llegó envuelto en la bruma de la incertidumbre, con el sol proyectando sus rayos sobre el campo de batalla como un testigo silente del enfrentamiento de su hijo. Las huestes de Goranchacha avanzaron con disciplina marcial,

² Ramiriquí

sus estandartes ondeando con dignidad, y el estruendo de sus pisadas resonando como un trueno que anunciaba la tempestad. Las momias de los grandes guerreros del pasado eran transportadas en las primeras filas a hombros de algunos valientes, para que fueran testigos del valor o la cobardía de sus hijos y nietos.

La batalla estalló en un aterrador griterío, y las grandes masas de ambos ejércitos chocaron con furia; los guerreros se enfrentaban cuerpo a cuerpo con una ferocidad nacida de la sed de justicia. Goranchacha, destacándose en el centro de la refriega, guiaba a sus hombres con maestría, infundiendo coraje con su sola presencia. En el clímax de la contienda, Goranchacha se enfrentó al monarca tirano en un duelo terrible. La fuerza de su origen divino y su rectitud colisionaron con la arrogancia del déspota, hasta que, con un golpe certero, Goranchacha derribó al tirano, poniendo fin a su reinado de opresión.

La victoria marcó el inicio de una nueva era para Rumirraqui bajo el liderazgo de Goranchacha. No obstante, la realidad que aguardaba a los nuevos súbditos dio un giro inesperado, pues Goranchacha, lejos de manifestarse como un monarca benevolente, desató una crueldad que rivalizaba con la de su predecesor. Imponía castigos severos por las más mínimas transgresiones, sembrando un temor profundo entre una población que había ansiado liberarse de la opresión.

Impulsado por su ambición de forjar un imperio, Goranchacha encomendó a su primo Fonzaque la crucial misión de encontrar el emplazamiento adecuado para la nueva capital. Esta tarea culminó con el establecimiento de Hunza como el epicentro de su

dominio. Lleno de fervor por el culto solar, el monarca dispuso la construcción de un colosal templo de piedra que enaltecería la magnificencia de su reinado. Para llevar a cabo tan grandiosa empresa, Goranchacha ordenó la importación de gigantescas piedras desde tierras lejanas, imponiendo a sus súbditos la onerosa carga de este monumental proyecto.

La leyenda sobre la culminación del templo se envuelve en el velo del misterio. Algunos relatos sugieren que la obra maestra nunca llegó a completarse, y que las columnas inacabadas permanecen como testigos mudos en los pueblos de Moniquirá y Ramiriquí, como señales de un plan que no logró alcanzar la grandiosidad prometida. Otros, en cambio, susurran que la construcción se llevó a cabo en su totalidad, y que Goranchacha, en veneración a su padre solar, organizaba espléndidas procesiones en el santuario, las cuales se extendían por hasta tres días para recorrer apenas unas pocas cuadas.

Al cabo de un prolongado reinado, Goranchacha se retiró a la reclusión de su palacio, emitiendo sombrías profecías sobre su pueblo, augurando tiempos de sufrimiento y servidumbre en los años venideros. Como un presagio funesto, sus palabras se difundieron entre la población sembrando inquietud y aprensión en el corazón de los muiscas.

Tras aquel anuncio ominoso, Goranchacha desapareció por completo de la vista de su pueblo. No obstante, entre la población perduraba una creencia profundamente arraigada: la esperanza de que Goranchacha retornaría algún día, emergiendo de su retiro en el momento en que su pueblo se enfrentara a las adversidades más desesperadas.

Parece que el sucesor de Goranchacha fue Hunzahúa; al igual que su antecesor, este príncipe infundía gran temor entre sus vasallos y sus vecinos, incluyendo al poderoso Zipa de la llanura de Bacatá. Sin embargo, Hunzahúa incurrió en un delito de suma gravedad a los ojos de los muiscas: se enamoró de su propia hermana, Noncetá, reconocida como la más hermosa entre las mujeres de su pueblo. En un intento de eludir la ira de su familia y de su comunidad, Hunzahúa y su hermana buscaron refugio en Chipatá, donde consumaron su unión matrimonial. Con el tiempo, retornaron a Hunza y, al enterarse su madre del funesto vínculo entre sus hijos, desató su furia contra Noncetá. En medio de la contienda, una vasija de chicha, la primitiva cerveza que bebían los muiscas, se derramó en el suelo, creando un lago de aguas turbias que los muiscas consideraban insondable, conocido hoy como el pozo de Donato.

Tras el escándalo, Hunzahúa y su hermana optaron por abandonar definitivamente Hunza, no sin antes proferir una maldición sobre el destino de la ciudad: *'Quedarás estéril, oh ciudad amada; ya no florecerán ni árboles ni flores en tu suelo; la tierra que te sostiene se volverá árida y escarpada para que no puedas expandirte. Por haber sido ingrata y cruel con Hunzahúa, tu rey, no tendrás más compañía que el viento ni más abrigo que el frío'*.

Después del voluntario destierro de Hunzahúa, Michúa ascendió al trono de Hunza. Bajo su gobierno, surgió una seria amenaza desde el sur, donde el Zipa de la llanura de Bacatá había iniciado una empresa expansionista que ponía en riesgo la libertad de todas las tribus muiscas. En el año 1470, Saguamachica se alzó como monarca de los llamados bogotaes; de inmediato, convocó a sus huestes y se lanzó al ataque contra el cacique de la tribu de

los sutagaos, Usathama. Ante la urgencia, Usathama solicitó la ayuda de su aliado, el cacique de Tibacuy. Las tropas de Saguanmachica, vigorosamente envalentonadas por su rey, avanzaron con resuelta determinación hacia el territorio de Fusagasugá, donde los esperaba el ejército enemigo. La noche anterior al combate, envió Saguanmachica a Sihipqua al mando de una nutrida tropa de escaramuzadores a tomar posesión de las alturas que se hallaban tras la retaguardia enemiga. Cuando amaneció, el estruendo de los tambores del ejército principal de Bacatá resonaba como un trueno en la llanura, mientras los guerreros, ataviados con relucientes armaduras de oro y empuñando lanzas y mazas, se alineaban en formación de guerra, para distraer a las tropas de los sutagaos.

La primera línea de tropas de Saguanmachica desencadenó una lluvia de flechas que oscurecía el cielo como una plaga alada. Entonces, las fuerzas del monarca bogotano asaltaron con ferocidad inusitada por la vanguardia y retaguardia del ejército contrario. El crujir de las lanzas y el estrépito de los escudos colisionando resonaban como la sinfonía de la guerra, mientras el valle se sumía en un caos ensordecedor. En el cenit de la contienda, el cacique de Tibacuy se destacaba en el centro, su lanza reluciendo con la sangre de los valientes guerreros a los que había derribado. Sin embargo, la fortuna, fiel compañera de la guerra, volvió su mirada y en un giro despiadado, una lanza enemiga encontró su blanco, hiriendo al valiente rey en un costado y decidiendo la suerte de todo el combate. Tibacuy y Usathama, reconociendo la inevitable derrota, se rindieron ante Saguanmachica, sometiendo sus tribus al yugo del vencedor.

En la vastedad de la sabana de Bacatá, tan solo le disputaba a Saguanmachica la total dominación, la cual ansiosamente pretendía, el poderoso rey de Guatavita, a quien el Zipa reconocía como señor. Sin embargo, el aura emergente de poder en manos de su vasallo provocó en Guatavita un temor inquietante que lo llevó a la ruptura unilateral de los tratados preexistentes, preparándose para el conflicto bélico.

Las huestes al servicio del rey Guatavita, superiores en número y estrategia, se erigían como un desafío imponente para el Zipa. Sin embargo, este último, con ingenio y resolución, se levantó contra la marea adversa en una batalla cruenta. Tras conseguir la victoria a costa de mucha sangre y vidas de sus guerreros, el Zipa, imbuido de triunfo, desplegó su furia talando con determinación los campos de Guatavita, imponiendo la marca de la destrucción sobre aquellas tierras.

En dos oportunidades posteriores, Guatavita desafió al Zipa, consiguiendo en cada ocasión los bogotaes una gran victoria. Presa del temor por los pasados descalabros, Guatavita recurrió al rey de Hunza, Michuá, en busca de auxilio. Con benevolencia y solidaridad, Michuá accedió a la súplica de su vecino y despachó un emisario a la corte de Saguanmachica para advertirle de los peligros inherentes a proseguir con la contienda bélica. Desafortunadamente, el heraldo de Hunza fue objeto de maltrato por parte de los bogotaes, desencadenando así la ira de Michuá. En respuesta al ultraje sufrido por su enviado, el rey de Hunza congregó una hueste formidable de cuarenta mil hombres y se dirigió al encuentro del ejército del Zipa, ubicado en el lugar que hoy conocemos como la villa de Pinzón, en el año de 1490.

La batalla que se desató en ese emplazamiento fue feroz y encarnizada, y se prolongó por tres horas; en los últimos momentos del combate, cuando las tinieblas de la noche empezaban a reclamar su reinado, Saguanmachica, herido, pero aún erguido en la agonía del combate, recibió la noticia de la victoria de sus tropas. Un rayo de felicidad iluminó sus ojos fatigados antes de que el destino consumara su paso final. Igual suerte había corrido el rey de Hunza, aumentando con su pérdida la calamidad que sufrieron sus guerreros por la derrota.

Tras la trágica desaparición de Saguanmachica, emergió como sucesor el vástago de su hermana, Nemequene, cuyo nombre en la sublime lengua muisca significa "hueso de jaguar". No está de más elucidar en este punto que, entre los muiscas, el cetro no recaía sobre el primogénito del monarca, sino sobre el primogénito de su hermana, quien desde la temprana edad de dieciséis años se sometía a una dura preparación, llevada a cabo mediante rigurosos ayunos y el aislamiento de la sociedad.

Luego del deceso de Saguanmachica, los sutagaos alzaron sus voces en sublevación, mientras que los panches, residentes en la actual tierra de Tolima, irrumpieron con ímpetu en los dominios de los bogotaes desde el sur. Nemequene respondió con vigor, despachando a su sobrino y heredero Thisquezuzza al frente de un contingente militar compuesto por cuarenta mil valientes, con el fin de restablecer la supremacía sobre los sutagaos. Thisquezuzza, con maestría estratégica, trazó una ruta ancha a través de las elevadas montañas de Subya, procurando sorprender a los sutagaos en su propio territorio. Cuando el soberano sutagao tuvo conocimiento de la llegada inminente de Thisquezuzza y sus huestes, intentó evadirse, mas fue apresado y, de manera

instantánea, sometido a ejecución por la voluntad decidida de los bogotaes.

En el retorno triunfal de las tropas de Thisquezuzza, se desencadenó la guerra con Zipaquirá, cuyo monarca, instigado por el cacique de Guatavita, se había visto impulsado a hostigar a Nemequene en el momento en que enfrentaba las acometidas de los panches y los sutagaos. Nemequene, con celeridad, irrumpió en el territorio de Zipaquirá, y el enfrentamiento crucial tuvo lugar en algún punto entre Chía y Cajicá, resultando en la derrota de los ejércitos zipaquireños y la sumisión de su reino a la autoridad de Nemequene.

A causa de estos hechos, renacieron las hostilidades contra el Guatavita, y, Nemequene, hábil estratega, logró infiltrar a millares de sus guerreros en las tierras del Guatavita valiéndose de una ley promulgada por Guatavita, la cual establecía que cada artesano que abandonara su reino con destino a una nación colindante debía ser reemplazado por dos forasteros enviados por el monarca vecino, capacitados para laborar y tributar impuestos. A través de esta medida decretada por Guatavita, Nemequene pudo colmar la capital enemiga con una abundancia de sus más destacados guerreros. Asimismo, atrajo con distinciones, obsequios y promesas venideras al monarca de Guasca.

Habiendo consumado todos estos preparativos, avanzó hacia la puesta del sol al frente de su ejército, aproximándose con la máxima discreción a la capital del Guatavita. A una señal previamente acordada, los guerreros bogotaes infiltrados se lanzaron ferozmente sobre sus anfitriones, mientras que el grueso del ejército asaltaba las defensas de la empalizada. La confusión

imperó entre las filas del Guatavita, y numerosos valientes guerreros hallaron su fin. El rey de Guatavita fue ejecutado, y en su lugar, Nemequene nombró a su hermano. De esta manera, quedó postrado este reino bajo la autoridad del Zipa.

Luego de estas victorias, Nemequene no se entregó al reposo, sino que se lanzó con ímpetu a la conquista de sus vecinos. El primero en sucumbir fue el llamado Ubaque, señor del valle que se yergue tras las elevaciones orientales de la sabana de Bogotá. La empresa se tornó ardua, dada la aspereza del sendero que las tropas debían atravesar. La capital de Ubaque fue sitiada durante siete meses, al término de los cuales, debido a la escasez de víveres y a las enfermedades, se vio compelido a rendirse, reconociendo al Zipa como su señor y aceptando la presencia de una guarnición de los bogotaes.

La política expansionista de Nemequene sembró el temor entre sus vecinos del norte; el señor de Ebaté (actual Ubaté) forjó una confederación con los monarcas de Simijaca, Susa y presumiblemente con los caciques de Chiquinquirá para plantar cara al Zipa. El ejército confederado ocupó estratégicas posiciones en el denominado Boquerón de Tausa, un punto fácilmente defendible que les confería una ventaja significativa. Nemequene, congregando a sus guerreros más destacados, se dirigió hacia dicho enclave, proclamando en su camino la decidida intención de exterminar por completo al pueblo de Ebaté. El miedo que sus pronunciamientos generaron fue tan abrumador que la población y los guerreros de Ebaté huyeron presurosos a las montañas circundantes, dejando así el camino libre a las fuerzas del Zipa. De esta manera, Nemequene no encontró dificultad alguna para ocupar Ebaté y, tras algunos

enfrentamientos, sometió a Simijaca y Susa, extendiendo su dominio hasta Saboyá. Así, las tierras que conforman el actual Chiquinquirá y sus habitantes, los cocas, cayeron bajo la autoridad del Zipa.

Sólo se oponía a la hegemonía absoluta del Zipa entre los muiscas el poderoso Zaque de Hunza. En busca de venganza por la muerte de su antecesor Saguanmachica, Nemequene no tardó en proclamar la guerra contra Hunza, invadiendo sus tierras al frente de una imponente fuerza militar de 40,000 hombres. El Zaque, Quiminchatecha, buscó el respaldo del monarca del valle de Iraca, a quien se le confería el título de Suamoz. Este último acudió con refuerzos y juntos reunieron un ejército de 60,000 hombres que se encontró con las fuerzas del Zipa en Chocontá, junto al arroyo de las Vueltas. Ante la superioridad numérica del enemigo, Nemequene envió un emisario al Zaque con el siguiente mensaje:

"Hunza, varón sabio, confieso la admiración que me embarga al observar cómo un hombre de tu capacidad deposita tanta confianza en sus propios bríos y en la gente allegada que lo sigue. Intentas competir con mi valor, sin prever los peligros que acechan en mis escuadrones, instruidos para triunfar sobre naciones indómitas y valientes, y mucho más sobre aquellas bisoñas que te rodean, más propensas a ejercicios femeniles que a encuentros marciales. No creas vanamente que es la multitud la que lucha, sino el esfuerzo disciplinado en el fragor del combate; la muchedumbre siempre ha provocado los problemas que desconocen el valor. Si tuvieras la experiencia de ello, comprenderías la ventaja que obtiene quien se ha enfrentado a numerosos peligros. Pero dado que pareces no considerar mis palabras, acostumbrado como estás a ofrecer buenos consejos

solo cuando son solicitados, te advierto una vez más que reflexiones sobre la preservación de tu reino. Sin necesidad de recurrir a las armas, podrás disfrutar de la paz mediante medios más sensatos que te faciliten tal goce. La desesperación nunca ha sido valentía, sino locura; y no es cobardía sino prudencia, saber acomodarse con el tiempo para evitar pérdidas innecesarias por obstinación. Reconoces que la victoria está asegurada, ya que sabes que lo más difícil se allana ante el poder de mi diestra. Por tanto, te insto a rendirme vasallaje como a un soberano señor, cuyo linaje ilustre le confiere el derecho de ser amo del mundo. Te ofrezco mi palabra de honor: si, considerando el peligro para tu gente y tu reino, me prestas obediencia, serás amparado por mis armas, favorecido y honrado en mi reino, y tendrás un lugar destacado en las deliberaciones de mi gobierno. Sin embargo, si desestimas esta paz que te ofrezco y las conveniencias que te propongo, no podrás escapar de mi ira, y no hallarás perdón cuando, arrepentido, lo implores. Concedo tiempo; reflexiona con detenimiento antes de que el estallido de la batalla disipe tus ilusiones y experimentes la severidad de mis tropas como castigo. Es por piedad que te brindo este consejo tan beneficioso, ya que mi clemencia no se acostumbra a contemplar sin pesar la matanza que seguirá a una feroz batalla."

Quiminchatecha replicó con firmeza:

"Oh ilustre Nemequene, si te ha sorprendido la noción de rivalidad que afirmas que busco contigo, para mí ha sido una maravilla aún mayor que un líder de mi renombre haya forjado una opinión tan desfavorable, proponiéndome que te reconozca como soberano señor antes de que concluya esta batalla, donde se examinará cuál de nosotros merece tal distinción por su valor

y prudencia. Es evidente que tu solicitud está impregnada de la presunción vacía de tu altivez, no de la razón que evalúa los méritos. Permíteme señalarte que las opiniones sobre el propio esfuerzo son sumamente falibles, y aquel que vive imaginando que la valentía se agota en su adversario vive engañado en su propio favor. Hablas de victorias seguras, como si no supiéramos que los eventos favorables son distribuidos por el sol, y no hay poder tan supremo que pueda asegurarse ante la inconstancia de la fortuna, que con frecuencia retorna con adversidades a aquellos a quienes inicialmente acarició con promesas halagüeñas.

Mencionas que tu antiguo linaje te otorga el derecho al gobierno del mundo, y yo podría argüir lo mismo por el mío, si la decisión no se basara más en la fuerza que en argumentos lógicos; por lo tanto, ambos ejércitos están preparados. Que las armas sean los jueces que dictaminen al más afortunado. Sin embargo, si, como afirmas, te apena la mortandad que seguirá a este combate, luchemos juntos en un feroz duelo, y que aquel que sea vencido reconozca al vencedor como señor y rey". Al final, los oficiales y cortesanos del Zipa lo persuadieron a no participar en el combate singular, haciéndole ver que era contrario a su dignidad combatir de igual a igual contra un monarca tan inferior. En consecuencia, ambos ejércitos se aprestaron para la batalla.

El combate se libró con ardorosa valentía por parte de ambos ejércitos. Una flecha, lanzada con precisión y fuerza, atravesó el cuerpo de Nemequene por el costado derecho, herida que extinguió la esperanza de victoria del zipa de Bacatá. Los súbditos del rey caído, sumidos en un profundo pesar, emprendieron la huida. Quimuinchatecha, victorioso y magnánimo, se abstuvo de

emprender la persecución, optando por celebrar la victoria con un banquete y libaciones a sus dioses.

Nemequene, llevado con urgencia al corazón de su reino, expiró cinco días más tarde en el sitio de Muequetá, dejando como heredero a su sobrino Thisquesusa. Este, tras reorganizar sus maltrechas tropas, sometió a los reyes de Cucunubá, Tibiritá y Garagoa, y comenzó a preparar una nueva expedición contra el territorio de Hunza, que se habría llevado a cabo de no ser por la intervención diplomática del Suamoz Nompaneme, quien les persuadió de concertar una tregua de veinte meses, basándose en presagios religiosos que le habían sido revelados.

Capítulo II

SUMARIO

Los castellanos, bajo el mando de Gonzalo Jiménez de Quesada, emprenden la conquista del territorio muisca. -Tras grandes penalidades, la expedición de Quesada alcanza la sabana de Bogotá. -Prisión del zaque Quiminchatocha. - Saqueo e incendio del templo del sol de Sogamoso. – Guerra contra los bogotaes y muerte de su rey Thisquesusa. – Derrota del último Zipa. Rebeliones de los indígenas en las regiones de Simijaca y Susa. – Campaña contra los muzos por Pedro de Ursúa y Luis Lanchero.

Hasta aquí he relatado las historias y leyendas que nos transmitieron nuestros mayores sobre los acontecimientos políticos y militares de los reinos muiscas; una historia confusa y oscurecida por el velo del tiempo. Mas ahora debemos dirigir nuestra mirada hacia uno de los eventos más trascendentales de nuestra historia, la conquista de estas tierras por los castellanos. Declinando ya el siglo XV, casi 40 años después de la toma de Constantinopla por los hijos de la casa de Otmán, el mismo año en que el último reducto del islam en la península ibérica sucumbía ante el valiente brazo del gran Capitán Gonzalo Fernández de Córdoba, unos audaces marineros, a bordo de tres carabelas capitaneadas por Cristóbal Colón, dieron cumplimiento a la profecía de Séneca: *“Venient annis secula seris, quibus Oceanus, vincula rerum laxet, et ingens pateat tellus, Typhisque novos detegat orbis. Nec sit terris ultima Thyle³”*; se abrió así para el mundo occidental el vasto continente

³ Vendrán años en tiempos lejanos, en los cuales el Océano aflojará las ataduras del mundo, y se abrirá una vasta tierra, y Tifis descubrirá nuevos mundos. Y Thule no será la última de las tierras.

americano, lleno de tierras y riquezas que alimentaron al viejo mundo en su recuperación de la civilización clásica.

Una generación más tarde, España se había apoderado de los reinos más ricos de América, el de los mexicas en Centroamérica y el Tahuantinsuyo en las cumbres de los Andes peruanos; el estandarte de Castilla y León ondeaba victorioso en las antiguas ciudades de Tenochtitlán y Cuzco, y las huestes castellanas habían derribado los altares y templos de los antiguos dioses y prohibido sus ritos ancestrales. Pero el interior de lo que hoy es nuestro país permanecía en gran parte inexplorado, debido a la malsana naturaleza de las selvas y los ríos que lo apartaban de las costas, donde ya se había fundado la ciudad de Santa Marta, punto de partida de las futuras expediciones que irían sometiendo el interior.

Corría el año de 1534 cuando el entonces gobernador de las Islas Canarias, Pedro Fernández de Lugo, recibió a varios castellanos que le relataron las riquezas que se podían hallar en la provincia de Santa Marta, al otro lado del océano. Deseoso de adquirir tan ricos botines, envió a su hijo a la corte del Sacro Emperador Romano para solicitar la gobernación de dicha provincia, comprometiéndose a equipar, con su propio patrimonio, una gran escuadra y un ejército con el cual pretendía explorar el interior del país y someterlo a los ya vastos dominios del augusto Carlos de Habsburgo.

Al año siguiente, 1535, el rey ratificó a Pedro en su dignidad de adelantado y capitán general de la provincia de Santa Marta, concediéndole el privilegio de que le sucediera su hijo Luis en el cargo. El nuevo adelantado dedicó casi todo el año de 1535 a

preparar la expedición, a la cual se unieron cerca de 1200 guerreros castellanos y numerosas naves de guerra y transporte. Cuando la armada arribó en noviembre de ese año a las costas de Santa Marta, grande fue la sorpresa y decepción de sus integrantes al observar el miserable caserío que constituía aquella plaza. Pronto comenzaron a padecer los recién llegados los implacables insectos, el clima malsano al que no estaban acostumbrados y la necesidad de vivir a la intemperie, pues las pocas chozas construidas en los diez años desde la fundación de Santa Marta eran insuficientes para albergar a tan gran cantidad de hombres. La disentería causaba estragos entre la población, y el clima incitaba al motín. Buscando aplacar los ánimos y mantener ocupados a los más belicosos, el adelantado decidió organizar algunas incursiones hacia el interior del país. Sin embargo, no lograron gran éxito, debido a la espesura de la selva y a los fieros guerreros indígenas de la región. Solamente Luis, el hijo del adelantado, consiguió algo de oro, pero, fastidiado por la rudeza del clima y de los nativos, decidió viajar en secreto a España, dejando a su padre en graves problemas con la tropa. Como los castellanos seguían padeciendo enfermedades y cundía el descontento, el adelantado se empeñó en enviar otra expedición, esta vez siguiendo el curso del río Magdalena, pensando que era la única vía medianamente accesible hacia los territorios del interior. Para esta empresa decidió nombrar comandante al licenciado Gonzalo Jiménez de Quesada, hombre de letras que nunca había dirigido un batallón.

La expedición partió de Santa Marta el 6 de abril de 1536; llevaba Quesada 700 infantes y 80 hombres de a caballo que marchaban por la ribera del Magdalena, más 7 bajeles con 200 marineros a

bordo que debían remontar de forma paralela el curso del río. Sin embargo, de aquellas 7 naves, sólo dos pudieron entrar en el río, debido a la fuerte corriente en la desembocadura; de las restantes, dos naufragaron y las demás pusieron rumbo a Cartagena, desde donde luego los tripulantes se enrolaron para el Perú. Enterado Pedro de Lugo del desastre de la flota, armó a toda prisa tres barcos viejos que tenía, y los despachó en socorro de los dos que habían logrado entrar en el río. Estos 5 buques se reunieron en Malambo y continuaron el viaje río arriba, en medio del ataque de los nativos del lugar, que en cierta ocasión llegaron a rodear a la flota castellana con más de dos mil canoas repletas de arqueros.

Dos meses después de haber partido de Santa Marta, la maltrecha flota y el ejército de tierra de Quesada al fin se reunieron en Sompallón. En ese punto, Quesada, viendo la desesperación y el desánimo en los rostros de sus menguadas fuerzas, sintió la imperiosa necesidad de dirigirse a sus hombres para levantarles la moral y convencerlos de seguir adelante. En efecto, a partir de allí todo era territorio desconocido, jamás antes pisado por europeos. La selva era tan tupida que se tardaban ocho días en abrir un camino que el ejército recorría en uno. Las poblaciones indígenas se hacían más escasas y hostiles, por lo que conseguir provisiones era cada vez más difícil. Los insectos, las víboras y los felinos de la selva causaban cuantiosas bajas en las filas de los castellanos.

Pero el azote más terrible que soportó aquella hueste fue, sin duda, el hambre. Primeramente, se solventó el problema sacrificando a los caballos; pero Quesada, que no quería quedarse sin la ventaja crucial de la caballería en los combates que sabía que vendrían, ordenó que todo caballo que muriese se arrojara al

río. Quedaron los castellanos reducidos a comer raíces y hierbas hasta que llegaron a la actual Barrancabermeja, donde al fin consiguieron buena provisión de maíz y yuca que sirvió para restaurar sus disminuidas fuerzas.

En aquel punto, la tropa estaba al borde de la insubordinación y pidió a Quesada regresar a Santa Marta; pero el comandante les infundió nuevos ánimos mostrándoles unas mantas de algodón, símbolo para él inequívoco de tierras más benignas. Unos días después, despachó a algunos hombres en canoa a remontar el curso del río Opón. Tras tres días de travesía, llegaron a una especie de puerto donde llegaba la sal de Zipaquirá y desde el cual se distribuía a los lugareños. Desde este puerto, un camino subía hacia las montañas; por este camino se internaron nueve hombres, descubriendo en las alturas cultivos, humaredas y casas dispersas por los campos. En aquel paraje, los indios se habían reunido para hacerles frente y los atacaron con gran furia. Pero las armas y la desesperación de los castellanos les dieron la victoria, y pudieron capturar a uno de los que los acometieron. Este prisionero les dio a entender por señas la cercanía de tierras fértiles, plétóricas de oro y alimentos. Animados con la noticia, regresaron a Barrancabermeja a informar a Quesada de su descubrimiento con estas palabras:

“Tierra buena! ¡Tierra buena!

Tierra que pone fin a nuestra pena

Tierra de oro, tierra bastecida,

Tierra para hacer perpetua casa,

Tierra con abundancia de comida,

*tierra de grandes pueblos, tierra rasa,
tierra donde se ve gente vestida”*

Tras recibir tan alegres noticias, la tropa de Quesada se internó por el curso del río Opón, avanzando por tierra con el grueso de la hueste, y en los bajeles los restantes, con gran dificultad debido a la turbulencia de las aguas. Al llegar al puerto de sal de los indios, los bajeles no pudieron continuar río arriba debido a la poca profundidad de la corriente. Entonces, Quesada decidió despachar de regreso en aquellos barcos a cerca de 200 hombres que apenas se sostenían a causa del hambre y las enfermedades, y continuar con el resto en dirección a la serranía de Atún, en el curso alto del Opón.

El viaje por aquellas montañas resultó incluso más penoso que el que habían realizado remontando el Magdalena y el Opón; el hambre se cebaba nuevamente en los castellanos al punto que se vieron obligados a hervir las vainas de las espadas y a comerse su cuero para no morir de inanición. En aquel tránsito murieron un total de 20 hombres, y uno perdió la razón. Finalmente, al llegar a la cumbre de aquella sierra, a más de 2000 metros sobre el nivel del mar, contemplaron con gran placer unas extensas planicies, llenas de bosques en las que se divisaban caminos y cultivos, así como grandes poblaciones. Allí, Quesada pasó revista a sus hombres, constatando que solamente quedaban 180 de los casi mil que habían salido de Santa Marta, y 60 caballos; los nombres de aquellos valientes han quedado grabados para siempre:

Gonzalo Jiménez de Quesada, Martín de Abriva, Pedro del Acevo Sotelo, Alonso de Aguilar, Diego de Aguilar, Domingo de Aguirre, Martín de Aguirre, Juan de Albarracín, Juan de Alcalá,

Juan Alonso, Juan Alonso de la Torre, Pedro Alvarado, Pero Añez, Cristóbal Arias de Monroy, Juan de Aroca, Juan de Aroche, Pedro Barranco, Antonio Bermúdez, Martín Bravo, Pedro Bravo de Rivera, Juan de Cáceres, Diego Calvache, Bartolomé Camacho, Fray Domingo de las Casas, Juan Castellanos, Jerónimo Castillejo, Antonio de Castro, Catalán, Juan de Céspedes, Gómez de Cifuentes, Pedro de Colmenares, Gómez del Corral, Pedro Daza de Madrid, Alonso Díaz, Antonio Díaz Cardoso, Juan Díaz, Simón Díaz, Alonso Domínguez Beltrán, Juan Domínguez de las Canoas, Juan Duarte, Juan Fernández, Juan Fernández Valenzuela, Pedro Fernández de Valenzuela, Francisco de Figueredo, Lázaro Fonte, Diego Franco, Diego de Frías, Martín Galeano, Luis Gallegos, Gonzalo García Zorro, Juan García Manchado, Pedro García de las Cañas, Alonso Gascón, Alonso Gómez Sesquillo, Diego Gómez, Francisco Gómez, Hernán Gómez Castillejo, Juan Gómez Portillo, Pedro Gómez de Orozco, Francisco González de Trujillo, Juan González del Prado, Juan González, Juan Gordo, Juan de Güemez, Guillebién, Alonso Hernández, Alonso Hernández de Ledesma, Antonio Hernández, Francisco Hernández, Martín Hernández de las Islas, Pedro Hernández de Aguilar, García del Hito, Jerónimo de Lainza, Juan Izquierdo, Jiménez, Julián, Juan del Junco, Antonio de Lebrija, Antón de Lezcámez, Pedro de la Lombana, Diego López Castilblanco, Gil López, Juan López, Pedro López de Monteagudo, Lorana, Gonzalo Macías, Juan Maldonado, Baltasar Maldonado, Alonso Martín Cobo, Alonso Martín, Diego Martín Hiniesta, Hernán Martín, Juan Martín, Matarrubia, Mateo, Francisco Medrano, Gaspar Méndez, Francisco de Mestanza, Juan de Montalvo, Diego Montañez, Juan Montañez, Alonso de Morales, Andrés de

*Murcia, Hernando Navarro, Francisco Novillo, Pedro Núñez Cabrera, Antón de Olaya, Juan de Olmos, Ordóñez, Juan de Ortega, Cristóbal Ortiz Bernal, Pero Yañez Portoes, Miguel de Otáñez, Juan de Palacio, Alonso de Paniagua, Diego de Paredes Calderón, Gonzalo de Pereira, Antonio Pérez, Hernán Pérez de Quesada, Juan de Pinilla, Hernando de Prado, Juan de Puelles, Martín Pujol, Juan Quincoces de Llana, Juan Ramírez de Hinojosa, Cristóbal de Roa, Antón Rodríguez Cazalla, Cristóbal Rodríguez, Francisco Rodríguez, Juan Rodríguez Benavides, Juan Rodríguez Gil, Juan Rodríguez Parra, Pedro Rodríguez del Carrión, Pedro Rodríguez de León, Blasco Romero, Diego Romero, Juan Ruano, Cristóbal Ruiz, Pedro Ruiz Corredor, Pedro Ruiz Herrezuelo, Juan de Salamanca, Pedro de Salazar, Alonso de Salcedo, Juan de Salcedo, Francisco Salguero, Hernando de Salinas, Francisco de San Martín, Juan de San Martín, Bartolomé Sánchez, Bartolomé Sánchez Suárez, Francisco Sánchez Alcobaza, Juan Sánchez de Toledo, Juan Sánchez de Utrera, Martín Sánchez Roperio, Mateo Sánchez Cogolludo, Miguel Sánchez, Pedro Sánchez Sobaelbarro, Alonso de Sandoval, Miguel Seco Moyano, Juan Sedano, Bartolomé Segarra, Diego de Segura, Alonso Serrano, Francisco de Silva, Diego Suárez Montañez, Gonzalo Suárez Rendón, Juan Tafur, Francisco de Tordehumos, Lázaro de la Torre, Diego de Torres, Juan de Torres, Nicolao de Troya, Salvador de Umbria, Juan Valenciano, Andrés Vázquez de Molina, Hernán Venegas Carrillo, Villalobos, Francisco de Villaviciosa, Cristóbal de Zelada.*⁴

⁴ Se ve que entre ellos no venía Antonio de Santana, como han afirmado algunos cronistas.

Los conquistadores emplearon el mes de enero de 1537 en reponer sus fuerzas en los territorios que hoy corresponden al departamento de Santander, provincia de Vélez. Cuando ya se sintieron capaces de continuar la marcha, descendieron al valle del río Saravita, y remontando su curso penetraron en el valle de Ubasá; continuaron por las tierras de Zorocotá, donde las niguas, animal desconocido por los castellanos estuvieron a punto de lograr lo que legiones enteras de indios no habían conseguido hasta entonces: destruir aquella hueste castellana. Únicamente la buena disposición de las mujeres del lugar pudo librar a la tropa de tan innoble enemigo. A continuación, pasaron por Moniquirá, Susa y Tinjacá. Los caballos causaron un espanto tan terrible entre los habitantes de esas comarcas, que muchos se arrojaban al suelo, y con la cabeza encogida entre los brazos, se rehusaban a alzar de nuevo la vista ante tan pavorosos animales.

Continuó la travesía por Guachetá, Lenguaque y Suesca. En aquella última población, un soldado castellano que había robado unas mantas a un lugareño fue castigado por Quesada con la pena capital, como ejemplo para sus compañeros. El rey de Suesca informó a su señor, el Zipa, de la llegada de los extranjeros. Thisquezusa, que era un valiente guerrero, decidió que lo mejor era atacar a los castellanos cuanto antes; reunió a su guardia de 600 hombres y los envió a hacerles frente en una colina entre Suesca y Nemocón. Los guerreros muisca atacaron por sorpresa la columna castellana, cayendo con gran fuerza sobre la retaguardia, donde iban los enfermos y todos los bagajes. La momia de uno de los grandes guerreros del pasado era llevada como estandarte por dos fornidos muisca. Durante un tiempo estuvieron los castellanos en aprieto, hasta que recibieron

refuerzos de caballería de la vanguardia. Ante el empuje de los corceles, las filas muiscas quedaron rotas, y sus desperdigados batallones se dieron a la fuga. La persecución se prolongó hasta que los muiscas se vieron obligados a refugiarse en una fortaleza llamada Sumungotá (Cajicá). Estaba aquel castro construido con una doble empalizada, cubierto el espacio entre ambas con techumbre de paja, a fin de proteger a los defensores de las flechas que se arrojaran desde el exterior. En el interior se habían levantado grandes almacenes de provisiones y de armas, con lo que se convertía en un bastión imponente.

A la mañana siguiente, los defensores muiscas, dispuestos a obligar a los invasores a levantar el sitio de la fortaleza salieron a combatir, pero fueron vencidos nuevamente, tras lo cual no tuvieron más opción que rendirse. En aquella fortaleza encontraron los invasores abundancia de provisiones y aprovecharon para descansar y reponerse de las pasadas penurias. Luego Quesada se dirigió a Chía, que había sido abandonada por su rey; allí se celebró la semana Santa del año de 1537. A continuación, marcharon hacia Suba, invitados por su rey que, temeroso de los recién llegados, pensaba ganarse su buena voluntad. Fue desde Suba desde donde Quesada admiró en todo su esplendor la llamada sabana de Bogotá, y pudo ver desde las alturas los numerosos poblados, con calles rectas y muy bien trazadas; *Las claras fuentes y corrientes ríos, en magnífica abundancia, sabrosas y transparentes aguas les ofrecían. En las quiebras de las peñas y en lo hueco de los árboles formaban su república las solícitas y discretas abejas, ofreciendo a cualquier mano, sin interés alguno, la fértil cosecha de su dulcísimo trabajo. Todo era paz entonces, todo amistad, todo concordia;*

aún no se había atrevido la pesada reja del corvo arado a abrir ni visitar las entrañas piadosas de nuestra primera madre; que ella sin ser forzada ofrecía, por todas partes de su fértil y espacioso seno, lo que pudiese hartar, sustentar y deleitar a los hijos que entonces la poseían. Entonces sí que andaban las simples y hermosas zagalejas de valle en valle y de otero en otero, en trenza y en cabello, sin más vestidos que aquellos que eran menester para cubrir honestamente lo que la honestidad quiere y ha querido siempre que se cubra, y no eran sus adornos de los que ahora se usan, a quien la púrpura de Tiro y por la de tantos modos martirizada seda encarecen, sino de algunas hojas verdes de lampazos y yedra entretejidas.

Por la vista tan hermosa de aquella tierra se le denominó el valle de los alcázares. En Suba recibió Quesada numerosos regalos del Zipa, que pensaba evitar de esta manera que los castellanos siguieran hacia sus tierras. Pero lograba todo lo contrario. En efecto, tras algunos días en Suba, continuaron su viaje, llegando finalmente a Muequetá. Pero el Zipa había huido con su pueblo a parajes ocultos; Thisquezusa, buscando expulsar a los invasores de su reino, ordenó a algunos guerreros que a la caída del sol incendiaran el poblado donde los españoles se habían establecido. Pero la empresa no se concluyó con éxito, pues los incendios fueron controlados. Entonces tramó Thisquezusa engañar al ejército de Quesada para alejarlo de sus tierras y, para ello, envió a algunos de sus leales ante el comandante español, haciéndose pasar por embajadores de Chocontá, con ricos presentes de esmeraldas que eran muy codiciadas por los europeos. También les ordenó que les indicaran el camino a Chocontá, y de allí hacía las minas de Somondoco.

Llevando por blanco el verde de las esmeraldas, salió Quesada con todas sus fuerzas, marchó por Usaquén, Guasca y finalmente arrió a Chocontá. Desde Turmequé despachó un destacamento de caballería a localizar las minas al mando de Valenzuela. Esta tropa llegó a Somondoco, y subiendo a las sierras donde se hallaban las minas lograron, con gran trabajo, extraer algunas pruebas de la existencia de estas, que se tenían por falsas pues, en todo el orbe no se sabía de ninguna. También divisaron desde aquellas cumbres unas grandes llanuras hacia el oriente. El oportuno descubrimiento de las minas de esmeraldas, así como las lisonjeras noticias de las amplísimas llanuras, que creían habitadas por ingente número de indígenas y repletas de populosas y ricas ciudades que saquear, animó a los castellanos a internarse en el valle de Tenza, que debían cruzar antes de descender hacia aquellas llanuras.

Desde Garagoa despachó Quesada a San Martín al mando de la caballería a explorar los pasos hacia el llano, con la orden expresa de no tardar en ello más de diez días, temeroso de que San Martín tomase por su cuenta la conquista de aquellas comarcas que a él se le figuraban riquísimos reinos. Sin embargo, este primer intento fracasó, siendo imposible para aquellos hombres descender a los llanos desde Lengupá, y viéndose obligados a volver a Garagoa con la única ganancia de haber aprendido la costumbre de comer hormigas que tenían los habitantes del lugar.

Buscando un camino más trillado para bajar a los llanos, San Martín volvió y se dirigió ahora hacia Iza; mas en ese punto escuchó noticias de la existencia del reino del Tundama, y decidió someterlo primero. Pero a la altura de Firavitoba, San Martín resolvió no seguir adelante, pues Tundama le esperaba con un

gran contingente de guerreros resueltos a hacerle frente. Durante el regreso, los guías los engañaron, y desviándolos del valle de Sugamuxi, donde se encontraban sus más sagrados templos, los guiaron por las tierras de Cuítiva, Tota y Bombazá hasta dar en Ciénega con el resto del ejército de Quesada.

En aquellos momentos, Quesada ya había recibido noticias de la existencia del Zaque de Hunza y de su magnificante corte, lo que despertó en él una determinación ardiente de localizarlo. Los muisca, decididos a proteger a su rey incluso a costa de sus propias vidas, urdieron astutos engaños para desviar a los castellanos. De esta manera lograron que las fuerzas de Quesada erraran durante setenta días en un interminable círculo, a escasa distancia de la residencia del Zaque.

Sin embargo, la fortuna no siempre se guía de la justicia. Durante el saqueo de un templo en un pequeño pueblo, un habitante, no sin cierta desesperación por ver sus lares y penates derribados, reveló a un teniente español la ubicación precisa del palacio de Hunza. Esta revelación, aunque tardía, fue suficiente para cambiar el rumbo de los acontecimientos. Con esta nueva información, Quesada, decidido y presionado por el tiempo, pues temía que el Zaque se escabullera, lideró a sus hombres en una marcha forzada desplegando toda la celeridad que las circunstancias permitían. Así, al caer la tarde, llegaron a las puertas de Hunza. Sin detenerse en ceremonias ni formalidades, los conquistadores irrumpieron en el palacio de Quiminchatocha, sorprendiendo a la población con una audaz acción; a mano armada, apresaron al rey muisca, un acto que causó una mezcla de admiración y consternación entre sus súbditos. La valentía de los extranjeros era indudable pues se encontraban rodeados por

más de diez mil muiscas, pero lo que sorprendió aún más fue la dignidad imperturbable de Quiminchatocha. En medio de la confusión y el tumulto, el rey no mostró signo alguno de temor ni perdió su compostura. Su sereno comportamiento en tan penoso trance reveló una fortaleza de carácter que, aunque no pudo evitar su captura, dejó una huella imborrable en el corazón de su gente y en los vencedores.

El botín que se obtuvo en aquella plaza fue de una magnitud tan extraordinaria que el túmulo de oro acumulado alcanzaba una altura igual a la de un hombre. Este tesoro, reluciente y deslumbrante, era testimonio de la riqueza de los pueblos vencidos. Sin embargo, el fervor de la victoria no logró apagar la codicia desmedida ni el desprecio por las normas más básicas de la humanidad. Así, olvidando las reglas de la caballería y las consideraciones de la decencia, Quesada, el capitán de los conquistadores, exigió a Quiminchatocha, el rey muisca, un rescate exorbitante por su libertad.

El monarca, sin embargo, se mantuvo firme en su desdén. Rehusó siquiera entablar conversación con sus opresores. Cuando sus captores, desbordados por la frustración y el furor, amenazaron con someterle al tormento del potro, Quiminchatocha se dirigió a ellos con una dignidad inquebrantable: *“Mi cuerpo está en vuestras manos; haced con él lo que os plazca. Pero mi voluntad es inquebrantable y no se doblará ante vuestros deseos.”* Este desafío puso de manifiesto no sólo la fortaleza de su carácter, sino también su inquebrantable determinación de preservar su dignidad frente a la opresión más brutal. Digno es de compararse Quiminchatocha con los Régulos, los Escévolas y los Catones.

La dignidad y valentía del rey muisca dejaron una impresión profunda en Quesada, quien, en un último acto de magnanimidad, le concedió la vida y permitió que mantuviera el esplendor de su corte. Desde Hunza, al conocer la grandeza y las riquezas que atesoraba el templo del sol en Sugamuxi, Quesada dispuso el envío de una numerosa tropa para apoderarse de tan sagrado tesoro. Tras atravesar las tierras del Tundama, los castellanos llegaron al templo al caer la noche. La fascinación por el esplendor del lugar y el ansia de despojarlo de sus riquezas influyeron en los corazones de los europeos, quienes no pudieron esperar al amanecer para penetrar en el templo. En su interior, entre los tesoros de oro y plata, se encontraban numerosas momias de reyes y sacerdotes, custodiadas con reverencia. No obstante, el descuido de uno de los saqueadores, embriagado por la visión del oro acumulado, provocó un desastre. Sin advertir el peligro, dejó su antorcha cerca de una de las mortajas, lo que encendió un devastador incendio. Las llamas se propagaron rápidamente y, según la leyenda, el fuego consumió el templo durante varios meses antes de ser finalmente sofocado por las lluvias.

Luego de este suceso, Quesada decidió marchar personalmente hacia el reino de Tundama, el único que había osado resistir la invasión con la fuerza de las armas. En las tierras de Bonza, se libró una feroz batalla. Durante el enfrentamiento, el caballo de Quesada, en medio de la furia de la contienda, cayó entre una densa multitud de indígenas. Sin embargo, la valiente carga de la caballería española fue decisiva en el combate. Al romper las líneas de Tundama, el rey y sus seguidores se refugiaron en las islas, un escondite inaccesible para sus perseguidores.

Tras estas proezas, Hernán Pérez de Quesada, hermano de Gonzalo, recibió la misión de liderar una expedición hacia Neiva con un contingente de cincuenta hombres. Esta empresa, aunque exitosa en cuanto a la obtención de oro, estuvo marcada por inmensas penalidades, razón por la cual la región pasó a ser conocida como el valle de las Tristezas.

Regresados a Bogotá, Quesada reunió a todas sus fuerzas en la sabana para llevar a cabo la repartición de los botines acumulados hasta entonces. No obstante, la guerra no cesaba. El Zipa mantenía su resistencia mediante incursiones constantes desde su fortaleza en Facatativá. Su astucia y persistencia en la guerra de guerrillas continuaban siendo un desafío formidable para los castellanos. La suerte cambió cuando la traición de uno de los vasallos del Zipa permitió a los conquistadores conocer el paradero de Thisquezusa, el rey muisca. Quesada, al mando de una tropa considerable, marchó con determinación hacia la fortaleza del rey. El ataque, inesperado y fulminante, sorprendió a los guerreros muisca quienes no tuvieron tiempo de armarse adecuadamente. Equipados únicamente con las antorchas que usaban para iluminarse, intentaron retrasar el avance de los castellanos para permitir la huida de Thisquezusa. Sin embargo, el destino quiso que una flecha de ballesta, disparada con precisión mortal, acabara con la vida del rey muisca en el acto. Con la muerte de su líder, el espíritu combativo de los muisca se quebró rápidamente. En la confusión, los supervivientes se dieron a la fuga, llevando el cadáver de su monarca sin que los castellanos pudieran percatarse de que su enemigo había caído.

La muerte del Zipa marcó el advenimiento del gobierno de Sagipa, quien, asumiendo el liderazgo con valentía renovada,

ordenó a sus guerreros intensificar los ataques contra el campamento de los castellanos. Estos ataques, implacables y constantes, perturbaban el descanso nocturno de los conquistadores, quienes vivían bajo la amenaza incesante de un asalto. En estas circunstancias adversas, Quesada optó por trasladar su campamento a Bosa, una ubicación más adecuada para el despliegue de la caballería, la única ventaja que poseían frente a la imponente masa de guerreros muiscas que los acosaban.

Parecía que la fortuna podría conceder a las mal equipadas fuerzas muiscas la oportunidad de expulsar a los castellanos, una hazaña que había sido negada a las valientes huestes de los mexicas y los incas. Sin embargo, el destino tenía aún otros giros reservados. En ese crítico momento, los panches, feroces bárbaros que habitaban en el curso medio del Magdalena, irrumpieron en las tierras fronterizas del Zipa, desatando el caos. Al mismo tiempo, muchos de los reyes que anteriormente se habían sometido a los bogotaes vieron en la situación una oportunidad para rebelarse.

Presionado por las insuperables dificultades que se le presentaban, Sagipa tomó la decisión de someterse a los castellanos. Ataviado con sus más espléndidos ropajes y acompañado por una multitud de cortesanos que portaban ricos presentes, llegó ante Quesada. En un acto de sumisión formal, el nuevo líder muisca admitió su vasallaje al emperador Carlos V, tras haber sido informado por un intérprete de que numerosos monarcas de Europa también se habían sometido a la autoridad del emperador.

Luego del vasallaje de Sagipa, las tropas muiscas y españolas marcharon juntas contra los panches; el encuentro tuvo lugar en los alrededores de Tocarema junto a un riachuelo. El ejército de los panches resultó vencedor, quedando tendidos en aquel campo gran cantidad de guerreros muiscas y diez castellanos. Quesada destacó entonces a la caballería, que, con la protección de la oscuridad cruzó el riachuelo y se emboscó en unas espesuras que había en la ribera. A la mañana siguiente los muiscas se lanzaron de nuevo al ataque intentando cruzar el río. Tras una corta refriega, se replegaron fingiendo una retirada, seguidos de cerca por los panches. Cuando estos últimos se hallaban metidos en medio del río, la caballería de Quesada surgió de los bosques donde se encontraba y cargó por la retaguardia de los panches, causando gran confusión en sus filas y decidiendo aquella jornada.

Luego de su derrota, los panches aceptaron las órdenes de Quesada de someterse a la voluntad del Zipa Sagipa. Pero en la alegría de la victoria sobre los panches, alguien rebeló a los castellanos que Sagipa no era el legítimo heredero de Thisquezusa, quien había sido apartado del trono por parecerle a su pueblo incapaz de liderarlos en la guerra. Aprovechando esta información, el pérfido Quesada, violando el derecho de gentes y los tratados convenidos con el Zipa, dio orden de arrestarlo, y le pidió a cambio de su liberación los tesoros que había ocultado Thisquezusa. Pero Sagipa se negó a entregar las riquezas de sus mayores, y la tropa castellana, rabiosa por no conseguir tan rico botín, condenó al Zipa a los peores tormentos, hasta que finalmente sus dioses lo liberaron mediante la muerte. Este fue el último Zipa, y con su muerte se selló el sometimiento de toda su

nación y de todos los reinos que se le habían rendido en las pasadas generaciones.

Luego de la muerte del Zipa, Quesada resolvió fundar una ciudad en aquella sabana, y el 6 de agosto de 1538 formalizó la fundación de Santa Fe y la toma de posesión de todas aquellas comarcas por el reino de España. Y como le parecía a Quesada que la sabana se asemejaba sobremanera a las del valle del Genil en Andalucía, decidió darle a toda la región el nombre de Nuevo Reino de Granada.

Pero no disfrutó mucho Quesada de su reciente conquista, pues pronto le llegaron noticias de que huestes castellanas avanzaban desde el valle de Neiva, mientras otras desde oriente, a través del páramo de Sumapaz y se dirigían hacia la sabana de Bogotá. Eran los ejércitos de Belalcázar que venía del Perú, y de Federmann que llegaba desde Venezuela respectivamente. Temeroso Quesada de que los dos recién llegados unieran fuerzas contra él, decidió ganarse a Federmann y a su grupo de guerreros, que eran quizá de los conquistadores que más habían pasado penurias vagando durante tres años por las soledades de los llanos. Mediante el pago de 10000 pesos de oro aceptó Federmann la alianza con Quesada. Al final los 3 comandantes acordaron viajar juntos a España para que fuese el emperador Carlos quien decidiera los límites de los territorios que serían adjudicados a cada cual, así como los títulos y riquezas que cada uno recibiría. Del encuentro de aquellos 3 ejércitos en la sabana quizá la consecuencia más importante fue la introducción de los primeros pollos y cerdos, traídos por Federmann y Belalcázar respectivamente.

Entre los 3 comandantes también decidieron la fundación de una ciudad en el territorio que ocupaba el reino de Hunza, y se comisionó a Gonzalo Suárez Rendón, que era un destacado militar que se había distinguido en las guerras de Italia, para tal cometido. De esta forma, el 6 de agosto de 1539 Gonzalo Suárez fundó a Santiago de Tunja, un año exacto después de la fundación de Santa Fe.

Hasta aquí he relatado con cierto detalle la exploración y conquista del interior del país por las fuerzas españolas, y especialmente el sometimiento del reino del Zipa, a quien estaban sujetos los nativos y las tierras de lo que hoy es Chiquinquirá. Esta empresa, que demandó gran esfuerzo y sacrificio, fue llevada a cabo con la firme convicción de expandir la civilización y la cultura en tierras remotas.

En cuanto al Zaque, el hermano de Quesada, Hernán Pérez de Quesada, cuyo carácter bárbaro y sanguinario sobrepasaba incluso al de su hermano, lo hizo ejecutar bajo la acusación de que pretendía sublevar a los muiscas. No sólo cayó el Zaque, sino también los reyes de Samacá, Turmequé y Boyacá, víctimas de una justicia que, bajo el pretexto de mantener el orden, mostró su rostro más cruel y despiadado.

La conquista de estas tierras aún no estaba del todo lograda, y muy pronto los indígenas de Tausa, Suta y Cucunubá alzaron la bandera de la rebelión y se hicieron fuertes en el boquerón de Tausa, a donde trasladaron sus familias y penates. También los simijacas, hombres de gran valor y determinación, se habían declarado en rebelión, haciéndose fuertes en una colina rodeada por un espesísimo bosque. Así, todos los pueblos de los valles de

Ubaté y Simijaca se declararon insurrectos, mostrando su espíritu indomable y su deseo de libertad.

La causa de estas rebeliones no fue otra que la barbarie e inhumanidad de los encomenderos que habían recibido el beneficio de aquellas regiones vecinas a Chiquinquirá. Sin embargo, estos alzamientos pronto fueron aplastados por fuerzas llegadas de Santa Fe que, en un acto de brutalidad sin límites, no tuvieron piedad con los rebeldes y causaron tal cantidad de crímenes y matanzas entre aquellas poblaciones que incluso los tártaros se horrorizarían de haberlas presenciado. Este episodio, testimonio de la ferocidad humana, nos obliga a reflexionar sobre la verdadera naturaleza del poder y la justicia.

Pronto estallaron otros problemas en las recién adquiridas colonias. Los muzos, que por muchos años habían realizado incursiones en las tierras de los muiscas, se habían soliviantado con la desaparición del reino del zipa y, en consecuencia, sus ataques y saqueos cobraron mayor frecuencia y ferocidad. Entre los años 1539 y 1551, derrotaron sucesivamente a Luis Lanchero, Diego Martínez y Melchor Valdés, a quienes se había comisionado para someterlos. Los oidores de Santa Fe, comprendiendo la urgente necesidad de restablecer el orden, decidieron encomendarle a Pedro de Ursúa tan peligrosa tarea, por ser este un guerrero esforzado y valiente que se había distinguido en el sometimiento de las tribus indígenas de la región de Pamplona.

Con una tropa de 105 hombres y muy bien provisto de pólvora, Ursúa preparó la campaña, comenzando por someter a la tribu de los saboyaes, quienes también se habían declarado en rebelión y

asolaban continuamente las tierras de la recién fundada Vélez. A través de la diplomacia, logró ganarse a los saboyaes y se internó en el territorio de los muzos. Realizó numerosas correrías por el valle de Pauna, sin conseguir una victoria decisiva. Agotados ambos bandos, Ursúa fingió buscar la paz y pidió que los líderes de los muzos fueran hasta su campamento para acordarla.

Violando la santidad de los tratados y del derecho de gentes, Ursúa apresó a los líderes muzos y los ejecutó sumariamente. Creyendo que, tras perder a sus jefes, los muzos pronto se someterían, decidió fundar Tudela. Sin embargo, esta ciudad no tuvo larga existencia, pues los muzos, lejos de rendirse, continuaron con sus ataques hasta que en 1552 fue abandonada por sus habitantes. Durante cinco años, nadie se atrevió a penetrar en las tierras de los muzos; no fue sino hasta 1559 cuando finalmente fueron derrotados por Luis Lanchero, quien fundó la villa de la Santísima Trinidad de los Muzos. Cuentan que de las tribus más difíciles de doblegar fue la de los muzos y que fue menester la introducción de perros rabiosos, quienes realizaron una feroz carnicería de indescritibles escenas.

Capítulo III

SUMARIO

Llegada de Antonio Santana a la Nueva Granada. – Recibe en encomienda las regiones de Suta y Chiquinquirá. – Fabricación del cuadro de la virgen de Chiquinquirá por Antonio de Narváez. – Relato del milagro de la renovación. – Destrucción del templo del dios Fu en la laguna de Fúquene a manos de los misioneros dominicos. – Primera capilla levantada en Chiquinquirá por los indígenas. -Construcción de la primera iglesia en el sitio de la moderna urbe. Primer viaje del cuadro de la virgen. – Disputa entre Santa Fe y Tunja por la posesión de la reliquia. -Asignación del beneficio de la parroquia a la orden dominica.

No encuentro en ningún autor noticia o mención alguna a los indios que habitaban las tierras de lo que hoy es Chiquinquirá en todas aquellas rebeliones y combates que se dieron entre 1540 y 1560. Sin duda, por su corto número, los cocas se mantuvieron sometidos a la recién fundada Tunja. En el año 1556, se nombró encomendero de Suta y Chiquinquirá a Antonio de Santana, quien había residido en la ciudad de Tunja desde su llegada al Nuevo Reino de Granada con Quesada cuando éste regresó de España en 1549⁵.

Este Antonio fundó el 14 de diciembre de 1556 lo que hoy se conoce como Sutamarchán. Allí, en el nuevo asentamiento, el encomendero, con gran devoción y fervor, construyó una capilla de bahareque. Para adornarla, encargó un cuadro de la Virgen María al pintor Alonso de Narváez en la ciudad de Tunja. Dado que la tela era más larga que ancha, Narváez añadió las imágenes

⁵ Algunos dicen que llegó con Gerónimo Lebrón en 1539; otros que llegó en enero de 1529 con García de Lerma.

de San Andrés⁶ Apóstol y de San Antonio de Padua. Este cuadro fue ubicado en el altar de la capilla de Suta y se convirtió en un valioso recurso para los primeros misioneros, facilitando la evangelización de los indios del lugar.

La tradición nos ha legado los nombres de los dos primeros doctrineros que se dedicaron a la evangelización en Suta y Chiquinquirá: Bartolomé de Ojeda y Diego Godoy. Ocho años más tarde, en 1564, la pintura estaba ya tan deteriorada que fue retirada de la capilla. En su lugar, se colocó una imagen de Cristo crucificado traída de México. El cuadro con la imagen de la Virgen y los otros santos fue enviado al entonces pueblo de Chiquinquirá, un humilde caserío indígena en la sierra de Coca, donde la única insignia del poder español y eclesiástico era una cruz de madera con unas estampas de papel.

En aquel pueblo tenía el encomendero una casa solariega, ubicada *en un valle de tierra muy llana y espaciosa, rodeada por todas partes de altas sierras pobladas de espesos montes de árboles muy crecidos cuya hermosura con el verdor en que se conservan sirven de recreo a la vista; no menos se regala en la amenidad de un río que tiene su origen en una sierra y que pasa corriendo por el llano detrás de la casa a distancia de una cuadra; y media legua entra en otro río caudaloso que tiene su origen en la afamada laguna de Fúquene de donde trae muchos peces, al que llaman Capitán, pescado de buen gusto y fino. Llámase este río de la Balsa, porque en ella se pasa, y pocas veces a vado, porque*

⁶ Algunos cronistas han incluido en esta historia al fraile dominico Andrés Jadraque; pero como el más antiguo historiador de estos acontecimientos, el padre Tovar y Buendía, no lo menciona, parece ser una invención posterior.

es peligroso y más en tiempo de crecientes. Junto a la casa solariega del encomendero se había edificado una choza que hacía las veces de capilla, donde fue ubicado el cuadro en 1564.

Tenían los nativos de toda esta zona por dios tutelar al espíritu que creían reinaba en la vecina laguna de Fúquene. Los muiscas y demás indígenas, al igual que los antiguos griegos, creían que cada río, cada lago y cada arboleda tenía su propio dios, y lo veneraban en consecuencia. No debe imaginarse el lector a la laguna de Fúquene de entonces en el penoso estado en que se encuentra hoy; en aquellos remotos tiempos se extendían las aguas por los municipios de Ráquira, Guachetá, Susa, Simijaca, San Miguel y Chiquinquirá, estando sumergidas en este último buena parte de las tierras de las modernas veredas de Hato de Susa y la Balsa. En el centro de la laguna, sobre una de las nueve islas que emergían de sus aguas, en la llamada isla del Santuario, se alzaba un majestuoso templo, atendido por cien sacerdotes, al cual peregrinaban anualmente miles de personas desde las poblaciones vecinas, testimoniando la profunda devoción y religiosidad de estos pueblos. Se ha atribuido el nombre de Fu al dios tutelar de aquellas aguas, y según las más antiguas creencias indígenas tenía cuerpo de hombre y cabeza de zorro.

El celo de los misioneros católicos no había logrado desterrar de las mentes de los indígenas la devoción por los dioses de sus mayores. Por lo tanto, resulta razonable pensar que el milagro de la renovación del cuadro de la Virgen de Chiquinquirá facilitó notablemente el proceso de conversión pacífica entre los nativos. Según la crónica del padre Tovar y Buendía, quien escribió más

de un siglo después de los hechos, María Ramos⁷, cuñada de Antonio de Santana, fijó su residencia en la casa de su cuñado en Chiquinquirá. Allí, al descubrir el estado deplorable en que se encontraba el cuadro de la Virgen, lo ubicó en el altar de la improvisada capilla y lo veneró como imagen bendita, ante la falta de otro objeto al cual dedicar su devoción.

Un cierto día⁸, una india llamada Isabel, habitante del pueblo de Turga, llevando de la mano a un niño llamado Miguel de 4 años, pasaba en frente de la capilla; el niño le dijo a su madre: *Madre, mira a la madre de Dios, que está en el suelo*. La india volvió a mirar y vio *que la imagen de la madre de Dios del Rosario estaba en el suelo parada, despidiendo de sí un resplandor celestial y tan grande de luz que llenaba toda la capilla. Quedose asombrada la india viendo aquel prodigio y muy despavorida y asustada le dijo en altas voces a María Ramos estas razones: “Mira, mira señora, que la madre de Dios se ha bajado de su lugar y está allí en su asiento parada y parece que se está quemando”*. De esta forma se contó por primera vez el milagro de la renovación del cuadro de la virgen de Chiquinquirá.

El milagro pronto llegó a oídos del cura de la región, Juan de Figueredo quien vivía en Suta. Inmediatamente viajó a Chiquinquirá y según dice Tovar y Buendía, *viendo la milagrosa imagen tan sumamente hermosa y con tan vivos colores renovada en el roto lienzo se quedó asombrado; y habiéndola adorado con*

⁷María Ramos era de la villa de Guadalcanal, en las cercanías de Sevilla, España.

⁸ 26 de diciembre de 1586.

mucha devoción y contemplado en el milagro, hizo de él información en Chiquinquirá a diez de enero de 1587.

El padre Figueredo ordenó al cacique de los indios cocas, Alonso Indio, y a sus vasallos construir una capilla más adecuada para la imagen renovada. Según cuentan, al ver el cuadro con los colores fulgurantes, los indios cayeron de rodillas y, dándose golpes de pecho, prometieron terminar la construcción en un breve plazo. Cinco meses más tarde, la capilla estaba terminada y allí se ubicó la nueva reliquia, que pronto se convirtió en un imán para atraer masas de peregrinos de los pueblos vecinos. La tradición señala que la capilla se completó en mayo de 1587.

La fama del milagro de la renovación se esparció rápidamente, junto con relatos de otros prodigios menores que acaecían a cuantos visitaban el lugar: los ciegos recuperaban la vista, los tullidos caminaban, los mudos recuperaban el habla y sanaban los forúnculos. Ese mismo año, una devastadora peste de viruelas se declaró en el Nuevo Reino de Granada y la ciudad de Tunja sufrió terriblemente. La gente moría por millares y parecía que no había remedio para detener la mortandad que se cebaba en las calles de la urbe.

Se pidió entonces trasladar el cuadro de la Virgen de Chiquinquirá a Tunja como último recurso ante la feroz pestilencia. Aunque el padre Figueredo mostró cierta resistencia, temiendo perder una reliquia que auguraba tiempos más prósperos para su parroquia, y el cacique Alonso, seguramente buscando parecer devoto de la fe de los conquistadores hizo otro tanto, al final el cuadro fue llevado en procesión hasta Tunja, entrando en esa ciudad el 5 de diciembre de 1587.

Se atribuyó la desaparición de la peste al efecto bienhechor de la milagrosa imagen, y se cuenta que Tunja permaneció libre de la peste todo el periodo de 1587 a 1590, año en que se declaró a salvo la nación entera. Aunque el milagro llegó tarde, pues la mayor parte de la población de Tunja ya había sucumbido a la enfermedad, los efectos de la reliquia, aunque tardíos, llevaron al arzobispo Zapata a nombrar el primer cura en Chiquinquirá. Así, en junio de 1588, se nombró al padre Gonzalo Gallegos como primer cura de Chiquinquirá, separando su feligresía de Suta, y marcando el inicio de una nueva era para el pequeño villorrio, cuyo crecimiento e importancia no tardarían en hacerse evidentes.

Pasado un corto espacio de tiempo el arzobispo Zapata, deseando gozar personalmente de los efectos benéficos de la milagrosa reliquia, decidió visitar la población de Chiquinquirá en compañía del presidente del reino, don Antonio González, con la intención de trasladar el cuadro a la catedral de Santa Fe. Enterados los principales de Tunja, que también habían razonado como el arzobispo, se presentaron todos en Chiquinquirá y, para evitar la disputa que inevitablemente surgiría entre ambas ciudades por la posesión del venerado cuadro, se acordó dejarla en Chiquinquirá.

El nuevo encomendero de la región, Pedro de Ribera Santana, hizo la donación de la casa que originalmente estaba en aquel paraje, con la intención de que se construyera allí una iglesia más monumental que la capilla levantada por los cocas. También donó extensas tierras para proveer de pan y ganado a la iglesia, reservándose un lote de tierra para edificar su casa en la cercanía de la nueva iglesia. Esta donación se efectuó ante el mismo

presidente el 17 de agosto de 1588, dato que puede tenerse por fecha del nacimiento de la actual urbe.

Se inició entonces la construcción de la iglesia, que tenía 41 metros de largo por 10 de ancho; se usaron como materiales de construcción ladrillo y piedra, siendo necesario traer lo último desde una cantera que había a más de legua y media de distancia⁹. Durante la construcción de la nueva iglesia, se encontró un pozo de agua, que se tuvo por bendita. Pronto se estableció el comercio de esta agua, y también de la tierra del lugar, que se usaba a modo de cataplasma, y cuyas propiedades curativas eran capaces de combatir las fiebres, los dolores, las hemorragias, las llagas, las heridas, las picaduras de las víboras y, cuesta creerlo, los incendios y las tormentas.

El padre Gallegos, al ver tan gran cantidad de fieles que de todas partes acudían para sacar tierra y agua del lugar, temió que pronto se agotaría el recurso, por lo que mandó construir una bóveda debajo del altar colateral, que se cerraba bajo llave. Dentro de esta bóveda se levantó un pozo en ladrillo del cual los peregrinos sacaban una pequeña muestra de agua para llevar a sus lugares de origen. En cuanto a la tierra, pronto se atestiguó otro milagro aún mayor que el de la renovación misma si se quiere, pues con haber sacado de aquella bóveda tierra durante muchos años para alegría de los peregrinos que ansiaban adquirirla, no se verificó que se agrandase el agujero o que se socavasen los cimientos de la iglesia. Pronto comenzaron a surgir las artesanías en el naciente poblado; *De esta tierra se hacen muchas y primorosas imágenes de relieve de la madre de Dios de Chiquinquirá de las cuales hace*

⁹ No hay seguridad total, pero parece que la obra se terminó en 1610.

la devoción mucho aprecio. También se hacen panecillos en que se estampa la imagen de nuestra señora. La continua ocupación que tienen muchas mujeres pobres que hay en el pueblo es hacer curiosas gargantillas de cuentas de esta tierra, y muy preciosos rosarios.

A pesar de los numerosos y variados milagros que se atestiguaron tras la renovación del cuadro, los indígenas de toda la región se mostraban renuentes a abandonar los ritos y los dioses de sus mayores, manteniendo constante la peregrinación al templo de la laguna de Fúquene. Los padres dominicos, buscando una conversión más activa, decidieron pasar a la ofensiva. En el año de 1594¹⁰, intentaron derribar el templo sagrado, mas los indígenas, llenos de fervor y determinación, lograron resistir y mantenerlo en pie.

Sin embargo, cuatro años más tarde, en 1598, con la ayuda de muchos conversos, el templo fue finalmente destruido. El fraile dominico Gonzalo Méndez dirigió aquella hueste destructora. La escena de su destrucción fue dramática y conmovedora: los sacerdotes dominicos avanzaron resueltos acompañados de los indígenas conversos, mientras los fieles a la antigua religión, aferrados a sus creencias ancestrales, intentaron en vano proteger el santuario. El crujir de la madera sagrada, el derrumbe de las

¹⁰ Al año siguiente, 1595, los indios cocas fueron trasladados desde su aldea original al sitio de Teusabita, cerca de la iglesia de Chiquinquirá. El gobierno español intentó resarcirlos por los vejámenes que habían sufrido a manos del padre Gallegos, quien según se cuenta les exigía numerosos trabajos sin ninguna remuneración.

pedras milenarias y los lamentos de los devotos formaron un espectáculo de profunda tristeza y trascendencia. El templo, que había sido el corazón espiritual de la región durante milenios, sucumbió ante la nueva fe, y las tradiciones culturales de los muiscas finalmente fueron silenciadas, pues ya no quedaba nadie que pudiera o quisiera recordarlas.

El padre Gallegos, quien murió en Chiquinquirá, fue sucedido por el padre Alfonso Macías. Este continuó la construcción de la iglesia, concluyéndose bajo su dirección el techo de la misma. En 1598, tomó su lugar el padre Gabriel Rivera Castellanos, quien fue el último sacerdote del clero secular a cargo del santuario de Chiquinquirá. En el año de 1602, Francisco Aguilar de Santana recibió la encomienda de Chiquinquirá, siendo sucedido en 1628 por Pedro Merchán de Velasco. Había en aquel entonces en Chiquinquirá (1628), 45 indígenas varones, cada uno de los cuales pagaba cuatro pesos de plata al año a su encomendero, y 38 pesos en total al cura. La encomienda le fue disputada a Velasco por un tal Pedro Suarez Lanhero, encomendero de Susa, en 1629 pero la corona falló a favor de Velasco, por haber sus antepasados recibido el beneficio de dicha encomienda por varias generaciones.

En 1633 murió María Ramos; en su testamento, fechado el 26 de abril de 1618¹¹ en el sitio de Chiquinquirá, dejó constancia de los

¹¹ En el testamento de María Ramos se menciona a los siguientes habitantes de Chiquinquirá por aquel entonces: Alonso Rodríguez, García Varela, Juan de Mesa, Matías Ramos y Juan de La Vega.

bienes que legaba a su hija¹², no siendo estos más que un cuadro de Nuestra Señora del Pópulo, una casa de bahareque y una cama. Puede imaginarse el lector la riqueza material de los demás habitantes del lugar a juzgar por los de esta beata mujer. Su cuerpo fue sepultado en la recién levantada iglesia, pero su tumba no ha podido ser localizada después de tan gran número de años.

Ese mismo año de 1633 se desató otra epidemia de peste en todo el nuevo reino de Granada, tan desoladora que se la llamó la “peste grande”. Nuevamente fue Tunja víctima de los estragos de la pestilencia, y resolvieron los principales de esa ciudad armar una procesión e ir a Chiquinquirá a solicitar les prestaran la imagen de la virgen para llevarla a la afligida Tunja como remedio último contra el azote de la enfermedad. Pero el padre Castellanos se negó en redondo a entregar el cuadro, y no valió ni siquiera una autorización que consiguieron los tunjanos, firmada por el arzobispo, para convencerle. Al final, viendo el padre Castellanos que los atribulados peregrinos de Tunja iban a sacar el cuadro a la fuerza, cedió, y les entregó la preciada reliquia.

Después de un largo periplo por varios pueblos de la región, donde la gente salía a montones para ver la santa reliquia, finalmente entró en Tunja el 22 de agosto de 1633 y se ubicó en la capilla mayor. Al poco tiempo fue llevado el cuadro desde Tunja a Santa Fe, pues no querían sus ciudadanos privarse de los efectos salubres de la reliquia. Salió el cuadro de Tunja, cargado en andas por el arzobispo Almanfa, el 12 de septiembre de 1633

¹² Esta hija la había tenido en su primer matrimonio con el señor Alonso Hernández. Su nombre era Ana de los Reyes. Años después se casaría con un tal Gonzalo de la Puerta.

y tras 5 días de viaje, el 16 del mismo mes entró en la capital y fue ubicada en el convento de San Diego. Al día siguiente se reanudó la procesión, y el cuadro fue depositado esta vez en la iglesia de las Nieves. Al tercer día se reanudó de nuevo el ritual, y esta vez fue conducida hasta la iglesia de San Francisco. Al cuarto día fue llevada a la iglesia del convento de nuestra señora del Rosario. Finalmente, al quinto día, la condujeron a la catedral.

Estando el cuadro en Bogotá, estalló una disputa a cuatro bandas por la posesión del mismo; en efecto, había el arzobispo Almanfa decidido entregar el beneficio de la reliquia a los padres dominicos, quizá en agradecimiento por el celo desplegado por aquella orden en la destrucción de los templos muiscas. El arzobispo emitió un decreto el 19 de septiembre de 1633, pero vino a morir de peste a los pocos días en villa de Leyva, sin que la bendita imagen pudiera hacer nada para salvar a uno de sus más fieles ministros.

Quedaron pues defraudados en sus esperanzas los dominicos, ya que tenían que iniciar prácticamente de cero las negociaciones para adquirir el beneficio del cuadro. Ofrecieron entonces al Deán y al cabildo de Santa Fe intercambiar las parroquias de Boyacá y Gachetá, que estaban en poder de aquella orden, por la de Chiquinquirá. Se encargó de realizar esta petición el padre Maestro Francisco de León, ofreciendo además la construcción de un convento adjunto a la iglesia. El cabildo y el Deán de Santa Fe aceptaron, y se les concedió a los dominicos la posesión de la

reliquia, la iglesia, las tierras y los habitantes el 26 de marzo de 1634¹³.

Pero poco duró el contento de la Orden de Predicadores, porque algunos clérigos de Santa Fe, viendo el flujo de feligreses que acudían todos los días a ver la bendita imagen, pensaron que su ciudad, como capital del reino, era un lugar más a propósito para recibir los efectos milagrosos del cuadro, y propusieron que se dejara allí. Inmediatamente se comenzó la construcción de una capilla en la catedral, para la que se llegó a reunir la crecida suma de doce mil pesos oro.

Cuando la noticia llegó a Tunja, causó gran impacto en sus autoridades eclesiásticas la enorme cantidad que se había recaudado en tan poco tiempo para la nueva capilla y, en consecuencia, decidieron también presentar la solicitud de que la reliquia esparciera su hálito milagroso desde su provincia (a la que pertenecía Chiquinquirá). Los enviados de Tunja pidieron que se examinaran todos los documentos del año 1588, donde se ordenaba que se construyera una iglesia en Chiquinquirá para guardar de la reliquia. También allegaron una carta del padre Castellanos que decía: *“Toda esta tierra se ha esterilizado de manera que ya no da fruto, ni el cielo ofrece su rocío y todos los naturales de esta comarca perecen y no hay sino trabajos y desconsuelos de muchos devotos que, viniendo a visitar la virgen se vuelven sumamente desconsolados: y yo mismo me he visto tan desconsolado que he estado dos veces por consumir el santísimo sacramento; pero hasta que su majestad determinase otra cosa*

¹³ Varias otras ordenes ya habían realizado con anterioridad la solicitud, siéndoles negada.

lo he apuntalado lo mejor que he podido. Pues no hay cera ni aceite ni vino con qué decir misa, ni de dónde le venga; y yo me veo falto de salud y con suma pobreza y privado de la renta de mi beneficio a los ojos de V.S de quien juzgo que, pues lo permite así, debe convenir; y a quien suplico que perdone mi prolijidad y sea servido de condolerse de esta tierra, permitiendo que la virgen santísima vuelva a su casa, pues en ella ha sido servida de obrar sus maravillas, como es notorio y público en todo el mundo.”

Las pruebas entregadas por los tunjanos, y la conmovedora carta del padre Castellanos decidieron a los oidores de la real audiencia de Santa Fe a devolver la imagen a Chiquinquirá, quedando muy desconsolados los clérigos santaferños por haber perdido aquella joya que no habrían cambiado por los conocimientos de los más grandes alquimistas. La capilla que se edificaba en la catedral de Santa Fe, y que ya estaba bastante avanzada se dedicó a San Pedro, aunque sin la posibilidad de tener la más mínima reliquia del pescador de Galilea, pues éstas eran custodiadas con mayor celo en la Urbs Aeterna. Casi dos años después de haber salido de Chiquinquirá, en 1635, el cuadro se preparó para retornar a su hogar; la procesión avanzó por los pueblos de Suba, Chía, Cajicá, Zipaquirá, Cogua, Sutatausa, Ubaté, Fúquene, Susa, Simijaca y finalmente Chiquinquirá.

Los más contentos entre todos por el resultado de la pendencia por la posesión de la reliquia fueron los dominicos, que no perdían la esperanza de apoderarse de ella. Volvieron entonces a presentar solicitud ante el arzobispo, Cristóbal Torres, que también era dominico, ofreciendo nuevamente las parroquias de Boyacá y Gachetá a cambio de Chiquinquirá. No obstante, el

padre Castellanos se opuso a cambiar su iglesia de Chiquinquirá por las que se le ofrecían, y porfió hasta que los dominicos aceptaron entregarle la de Siachoque junto con la de Gachetá, que eran las más rentables que tenían. Aunque, como dice el padre Tovar, la orden le hubiera entregado gustosa todas las parroquias que tenía a cambio de la posesión de Chiquinquirá. En tanto valor se tenía la tenencia del cuadro.

Finalmente, vencidos los inconvenientes terrenales, se remitió la permuta al presidente del nuevo reino de Granada, el marqués de Sofraga para que ratificara el intercambio, que fue concedido el 31 de marzo de 1636. En la actual Basílica de Chiquinquirá se encuentra un cuadro del dicho marqués con la siguiente inscripción:

“Don Sancho Girón, marqués de Sofraga, comendador de la petalada de la orden de Alcántara, gobernador y capitán general de este nuevo Reino de Granada, y presidente de la real audiencia de él, quien en su calidad de vice patrono regio ratificó el contrato de permuta por el cual la Orden de Predicadores tuvo la plena propiedad del santuario de Chiquinquirá, y su parroquia a los 15 días del mes de abril de 1636.”

El 30 de mayo del mismo año, tomó posesión de la iglesia de Chiquinquirá y del cuadro de la virgen el padre Bartolomé Núñez como primer vicario, presidente y doctrinero dominico de Chiquinquirá. Un censo realizado ese mismo año de los indígenas que quedaban en Chiquinquirá dio la cifra de 264. También se elevó a la categoría de municipio a Chiquinquirá aquel año.

En 1648 murió en Chiquinquirá Juan Serrano, maestro alarife (es decir maestro de albañilería mudéjar), que había nacido en

Extremadura y se había establecido en Pamplona (Nueva Granada). Probablemente se debieron a este hombre varias de las construcciones que se levantaron por entonces en nuestra urbe.

En 1652 el encomendero Pedro Merchán de Velasco renunció voluntariamente a la encomienda de Chiquinquirá, alegando que se había declarado una peste entre los indios y que dicha encomienda le quedaba muy lejos de las otras que tenía a su cargo. En consecuencia se declaró vacante la encomienda de Chiquinquirá, y el 18 de octubre de 1652 la corona otorgó la encomienda al capitán Bernardino Barrera, garantizándole el beneficio por dos generaciones (la de él y la de su hijo mayor), para que *“dé doctrina suficiente a los indios de esta encomienda, procurando que vengan en verdadero conocimiento de nuestra santa fe católica... haciéndoles todo buen tratamiento, no cargándolos y echándolos a minas, ni exigiendo de ellos ningún género de servicio personal, defendiéndolos de quien les hiriere, oprimiere o hiciere mal”*.

Capítulo IV

SUMARIO

Construcción del primer convento dominico en Chiquinquirá. -Descripción del convento a finales del siglo XVII.

Casi inmediatamente después de la toma de posesión de la iglesia de Chiquinquirá y de la reliquia en ella guardada se dio inicio a la construcción del monasterio (1640)¹⁴, siendo formalmente autorizada la conformación del convento el 12 de mayo de 1658. Esta edificación, hoy desaparecida, tenía la apariencia que nos relata el padre Tovar: *“Tiene muy buen claustro, alto y bajo, todo en cuadro, con buenos fundamentos y bien fundada arquería de ladrillo y cal sobre grandes pilares de piedra: el claustro bajo tiene cubiertas las paredes con retablo igual de obra de pilastras con cornijas y pedestales, en que se ajustan lienzos grandes, en que de buen pincel está figurada la vida de nuestro padre Santo Domingo, y en cada esquina hay un altar, colocado en cada uno un santo doctor de la iglesia de excelente pintura. Tiene una portería con división de una capilla muy aseada, en que está una imagen devota de cristo señor crucificado de admirable estatura, en un lúcido retablo de obra de columnas bien torneadas y doradas. En las paredes ajustan lienzos grandes en marcos bien dorados, en que están pintados los misterios de la pasión de nuestro redentor. En el claustro alto hay bastantes celdas, con muy buena librería que nos donó el padre Gabriel de Rivera Castellanos cuando hicimos la permuta; hay un reloj bien concertado con buena campana, y finalmente*

¹⁴ Ese mismo año se cuenta que se nombró el primer alcalde y se organizó el primer cabildo.

tiene, el convento, refectorio, sala de profundis y todas las demás oficinas que son necesarias para su servicio y el de los religiosos que en comunidad asisten continuamente cumpliendo con las obligaciones de su sagrado instituto...”

La iglesia fue completada por los dominicos, a quienes se debió la construcción de la cúpula, la capilla mayor, las laterales, la sacristía y la torre. Leamos la descripción que nos hace el padre Tovar de iglesia de la virgen de Chiquinquirá casi un siglo después de iniciada su construcción (1694), y hoy completamente desaparecida: *“El milagroso lienzo está colocado en un tabernáculo de columnas enteras curiosamente torneadas: tiene dos cuerpos, el primero de tres nichos: en el medio ajusta el cuadro de la milagrosa imagen, en el lado derecho está nuestro padre San Francisco y en el izquierdo nuestro padre Santo Domingo, de primorosa escultura. En el segundo cuerpo, en el nicho del medio ajusta un grande espejo, que sirve de respaldo a un cristo de marfil enclavado en una cruz de carey; en cuyos lados hay dos tableros en que de obra de media talla está en el uno Santa María Magdalena y en el otro Santa Catharina virgen y mártir. El sagrario es de obra muy primorosa tan sutil y delgada, que siendo, como es de madera, no pudiera ser tan preciosa si fuera de filigrana de plata: en la puerta ajusta una bellísima lámina de la Madre de Dios de la Concepción, pintura Romana que admira a cuantos la ven. El remate del sagrario con excelente disposición, sirve de urna al milagroso cuadro: el cual tiene cuatro velos de riquísimas telas de oro y plata pendientes de una curiosa cornija cuyas goteras son de grandes puntas de plata labradas con primor. Desde el altar mayor hasta la puerta de la iglesia, por un lado y otro de arriba abajo, están cubiertas*

todas las paredes de eminente retablo igual de madera bien labrado, con cornijas, pedestales y columnas entre las cuales en la capilla mayor sobresalen de primorosa obra de relieve veinticuatro tableros grandes en que se veneran los misterios de nuestra redención con la vida de la madre de Dios. Y en el cuerpo de la iglesia, treinta y cinco grandes lienzos en que están pintados treinta y cinco grandes milagros de los que ha hecho esta soberana señora. El arco toral es todo de madera muy garboso, con sobrepuestos de lazos, florones y tarjetas de obra crespada bien cortada; y en cada lado del púlpito, en cuyos tableros ajustan en uno los cuatro evangelistas, y en otro los cuatro doctores de la iglesia, obra toda de artificioso relieve. En la capilla mayor al pie de las gradas, por donde se sube al presbiterio, en el frente, que hace a los lados hay dos aseados altares y otros dos en el frente, que le corresponde debajo del coro, y en medio del cuerpo de la iglesia, en cada lado hay un altar, de manera que están todas las paredes de la iglesia cubiertas de obra muy curiosa, toda hecha un ascua de oro, no quedando en blanco más parte que la que ocupan las pilastras de piedra, sobre que está fundada toda esta obra con igual correspondencia. Está embebido el presbiterio en un arco, que tiene de hueco doce pies, y sus paredes están cubiertas con retablos, en que ajustan por un lado San Pedro Apóstol y San José, y por otro San Pablo y San Joaquín, de cuerpo entero de bulto: está el embovedado todo cubierto de lazos y florones de madera muy curiosos. No siendo menos los que adornan toda la capacidad que hay del arco para arriba. El techo de la capilla mayor es obra de media tijera de artesones bien librados, con sobrepuestos de lucidas estrellas de oro en campo blanco y azul. Tiene la iglesia coro muy capaz, con sillería de nogal muy bien labrada y facistol de lo mismo con

curiosos embutidos de otras maderas, y un órgano muy bueno con muchos y varios instrumentos de música. Debajo del coro penden muchos cuerpecitos de cera, corazones, cabezas, brazos, piernas, pechos, madejas de cabellos, muletas, sombreros, mortajas, navíos, barcos y finalmente tanta suma de estas memorias, que son de milagros que ha obrado esta señora. Al lado derecho ha fabricado el convento una sacristía de excelente arquitectura de piedra, ladrillo y cal, que en grandeza y hermosura corresponde a la de la iglesia: tiene cinco arcos, los cuatro embebidos en la pared en que se ajustan cajones labrados de buena madera, embutidos de lazos bien cortados de ébano y marfil y amarillo de buen lustre y color. Hay muchos y muy ricos ornamentos de ternos enteros de finas telas de oro y seda de varios colores, y muchas casullas sueltas, unas bordadas, y otras de tela de oro muy costosas: no siendo menos las albas de Holanda y Bretaña, con deshilados y cortados de soles y puntas grandes de Flandes, de las cuales son las caídas de los manteles de los altares. Tiene la sacristía muchas y ricas alhajas de plata, y entre ellas dos cálices de finísimo oro, y de plata muchos, unos sobredorados con preciosos esmaltes y otros en blanco”

Leamos ahora la descripción que hace el padre Tovar de los adornos con que la generosidad de todos los habitantes de la Nueva Granada engalanaba a la venerada reliquia: “*En la cabeza de la virgen ajusta con primor media corona de oro, en que resplandecen muchas, grandes y finísimas esmeraldas; y de la misma materia y primor es la que tiene el niño Jesús. La de la virgen están amagando a tenerla dos preciosos ángeles de cuerpo entero y proporcionado, cuyas alas son de verdes plumas de esmeraldas con engastes de oro. En la mano derecha tiene un*

cetio de la misma materia, y pulseras muy ricas, y un resplandor todo de oro con perlas y pedrería muy costosa: y sobre el rosario que tiene pintado, asienta uno de grandes y buenas perlas, de que tiene también dos hilos en la garganta; y una madeja de hilos menudas, con cuentas grandes de oro de filigrana, le cuelga del cuello en forma de rosario, sirviéndole de cruz una de finas esmeraldas. Todo el ropaje de túnica y manto tiene lleno y poblado de muchas rosas y tachones, de esmeraldas unas, y otras de perlas, con tan buena disposición compuestas que a la vista parece el ropaje bordado de labor primorosa, cuya guarnición es de filigrana de oro con esmeraldas. Y en la misma disposición está el ropaje del niño: el cual tiene en la mano izquierda un canastillo de oro de preciosa hechura con un pajarillo, cuyo pecho forma una finísima esmeralda. Tiene a sus pies, la virgen, una media luna ovada toda de oro, con sobrepuestos primorosos, y gran cantidad de esmeraldas, amatistas, rubíes y otras preciosas piedras; y a más de lo dicho tiene muchas sortijas de diamantes y otros adornos de inestimable valor.”

En 1651 Chiquinquirá fue elevada a la categoría de ciudad; en aquellos años también se construyeron 4 capillas en la plaza, una en cada esquina.

Capítulo V

SUMARIO

Relación de los trabajos del Padre Tovar y Buendía para la reconstrucción de la primigenia historia de Chiquinquirá. -Se publica la primera historia de la ciudad en Madrid en 1691. -Se realiza una segunda edición de la obra en 1735. -Elogio del padre Tovar.

Corría el año de 1681, cuando el reverendo padre Tovar y Buendía, investido con la dignidad de prior del convento de Chiquinquirá, se sintió movido a emprender la búsqueda de aquellos documentos que pudieran revelarles los misterios del sagrado cuadro de la Virgen de Chiquinquirá. Mas, ¡ay!, qué hondo fue su pesar al descubrir que nadie había tenido la caridad de conservar ni un solo papel, ni siquiera el más humilde pergamino, de cuantos debieron haber circulado al proclamarse el milagro de la renovación y levantarse la iglesia, y no pudo hallarse en el archivo del convento vestigio alguno de tan preciosas memorias. No obstante, el fervoroso padre no se dejó abatir por tal adversidad y, con corazón firme en su propósito, persistió en su intento de escribir la primera crónica de nuestra venerable ciudad. Fue así como, tras largas y pacientes horas de búsqueda en la biblioteca del convento, sus ojos se posaron sobre una carta del padre Castellanos, el último cura secular de Chiquinquirá, en la que se narraba que todos los documentos referentes a la historia anterior al año de 1636 habían sido enviados a Santa Fe en aquel mismo tiempo.

Pero el padre Tovar, hombre de recia virtud y de alma iluminada por la fe, pertenecía a esa casta de monjes que, en la soledad de los monasterios y bajo la tenue luz de las velas, conservaron para

la posteridad las grandes obras de Grecia y Roma, así como las gestas gloriosas de César y Alejandro. Con tal espíritu, en febrero del año 1682, emprendió su camino hacia Santa Fe. Allí, se dirigió con humildad al canónigo de la catedral, su propio hermano, Agustín Tobar y Buendía, rogándole le ayudase en la búsqueda de aquellos documentos. ¡Y cuán misericordiosa fue la fortuna, pues resultó que Agustín, en su celo por el saber, había descubierto, apenas el año anterior, los documentos que atestiguaban el milagro de la renovación, los cuales se hallaban ocultos en un viejo cajón, cerrado bajo llave por más de treinta años!

Así fue que, desde aquel providencial hallazgo, hasta que el padre Tovar¹⁵ vio culminada su obra, titulada *Verdadera histórica relación del origen, manifestación y prodigiosa renovación por sí misma, y milagros de la imagen de la sacratísima Virgen María, madre de Dios nuestra señora del Rosario de Chiquinquirá, que está en el Nuevo Reino de Granada al cuidado de los religiosos de la Orden de Predicadores*, transcurrieron nueve años, siendo la primera edición publicada en la ciudad de Madrid en 1691. Más adelante, en 1735, el fraile Masustegui, natural de Ibagué y procurador de las provincias ante las cortes de Madrid y Roma, logró que se imprimiera una segunda edición de la obra.

¡Oh, noble padre Tobar y Buendía! Tú que, con incansable labor y fervoroso empeño te alzaste como el primer cronista de la gloriosa historia de Chiquinquirá, mereces ser recordado con el más alto elogio. No sólo recogiste, en las páginas de tu obra

¹⁵ El padre Tovar murió siendo Prior en 1713, a los 64 años de edad.

inmortal, los relatos de los primeros dos siglos de esta ciudad bendita, sino que, con tu pluma inspirada, diste vida a la memoria de los milagros y hazañas que forjaron su alma.

Tu afán por preservar la verdad y la justicia te llevó a hurgar en archivos polvorientos, a desenterrar documentos olvidados y a seguir el rastro de nuestra historia hasta confines insospechados. No te desanimaron los obstáculos ni la falta de documentos, pues en ti ardía la llama de la devoción y el deber. Con paciencia y determinación viajaste, preguntaste, indagaste, hasta que finalmente hallaste aquellos preciosos testimonios que nos legaron el relato de la renovación prodigiosa y los orígenes de nuestra venerada urbe.

Hoy, al evocar tu nombre, no podemos sino agradecerte desde lo más profundo de nuestro ser, pues gracias a tu esfuerzo, los primeros siglos de Chiquinquirá no se han perdido en el olvido. Has dejado a las generaciones venideras una herencia imperecedera, una crónica que, con el paso del tiempo, se convierte en el pilar sobre el cual descansan los recuerdos y las glorias de esta tierra. Sin duda, eres el más ilustre de entre quienes han llevado el título de ciudadanos de Chiquinquirá.

Capítulo VI

SUMARIO

Guerra de sucesión española. -Felipe de Anjou rey de España. El gran ruido en Santa Fe en 1687. -Se firma el primer concordato entre España y la Santa Sede en 1737. – Segundo Concordato de 1753. El virrey Solís y el obispo José Arauz secularizan el convento de Chiquinquirá en 1757. – Batalla legal de la orden dominica por recuperar el convento. – El rey Fernando VI falla a favor de los dominicos en 1763.

Despertaba el siglo XVIII bajo el ominoso presagio de una gran conflagración en Europa, suscitada por la muerte de Carlos II, último monarca de la augusta casa de Habsburgo que había gobernado España. El rey había muerto sin herederos, y de inmediato Luis XIV, el rey Sol, decidió hacer valer los derechos de la casa de Borbón al trono español. Pues en efecto, la madre de Luis XIV, Ana de Austria, era hija de Felipe III y abuela de Carlos II; también la esposa del gran rey francés, María Teresa, era hermana del difunto monarca. Sin embargo, al final, el enredo dinástico era cuestión menor; lo que verdaderamente impulsaba al monarca francés era su ambición de apoderarse de España y de sus vastas posesiones en el Nuevo Mundo, alentado por la debilidad y la decadencia en que había caído el otrora glorioso imperio español.

Por su parte los Habsburgo, que en otros tiempos habían sostenido el cetro de un imperio donde el sol nunca se ponía, no estaban dispuestos a ceder tan valiosos dominios al francés, aunque el mismo Carlos II, conocido por muchos como *"el hechizado"*, había nombrado heredero a Felipe de Anjou, segundo hijo del delfín de Francia. Pronto se hicieron evidentes las intenciones del abuelo de Felipe en las palabras que le dirigió antes de partir hacia

su nuevo reino: *"Sé buen español, ese es tu primer deber, pero acuérdate de que has nacido francés, y mantén la unión entre las dos naciones; tal es el camino de hacerlas felices y mantener la paz de Europa"*.

En el año de 1701, Felipe fue coronado en Madrid como Felipe V, y todos los españoles, tanto en la península como en las vastas tierras ultramarinas, recibieron con júbilo al nuevo monarca, cansados ya del largo y doloroso declive bajo el cojeante reinado de Carlos II. Pero la unión de Francia y España no sólo encendió la ira de los Habsburgo, príncipes poderosos de Austria, sino también de las potencias protestantes —Inglaterra, Holanda, Prusia y una multitud de principados alemanes—, que temían ver surgir en Europa un poder tan grande como no se había visto desde los días de Teodosio.

En mayo de 1702, la Gran Alianza, compuesta por casi todas las naciones de Europa, excepto Francia y España, declaró la guerra a Luis XIV y a Felipe V. Esta guerra, prolongada y desgastante, no encontró su fin sino hasta 1714, con la firma del tratado de Utrecht. Como consecuencia, España se vio despojada de casi todas sus posesiones en Europa: Bélgica, el sur de Italia, la isla de Cerdeña y el Milanesado. Incluso territorios tradicionalmente españoles, como Menorca y Gibraltar, se perdieron. Felipe V por su parte, se vio obligado a renunciar a todos sus derechos al trono de Francia, con el propósito de asegurar que las coronas de ésta y de España no quedaran nunca bajo el mismo cetro. Sin embargo, Felipe logró conservar el trono español y así, todos los vastos territorios americanos, entre ellos el Nuevo Reino de Granada, pasaron a ser propiedad de la casa de Borbón, tras siglo y medio de pertenecer a la casa de Habsburgo.

Tan dramáticos y violentos acontecimientos, sin embargo, no lograron quebrantar la serenidad del Nuevo Reino de Granada, cuya única contribución a esta contienda, y a las numerosas guerras que libraba el imperio español a lo largo del siglo XVII, fue la defensa de la plaza de Cartagena. Esta plaza, comparable en su fortaleza y resistencia a la mismísima Constantinopla, soportó con firmeza la furia de los asedios enemigos. No obstante, el interior del país se mantenía en una paz inquebrantable y en un letargo casi eterno. Durante todo el siglo XVII, la única perturbación que alteró la quietud de sus habitantes fue el llamado "*ruido*" de 1687, un episodio que muchos, aterrados por la fama de las armas francesas, confundieron con la llegada de la artillería gala a las puertas de Santa Fe.

Durante la primera mitad del siglo XVII, la calma que reinaba en la villa de Chiquinquirá era tan profunda que ningún registro histórico se digna a mencionar suceso alguno que rompiera su serenidad. Así lo testimonia un historiador de épocas posteriores, al declarar que "*el gobierno de Chiquinquirá fue pacífico y monótono hasta el año 1757.*" Con tal sentencia, que en su gravedad resume medio siglo de historia de nuestra ciudad, parece que el destino había concedido una pausa prolongada en la narrativa de su historia.

Sin embargo, pronto el curso de los acontecimientos en tierras distantes trastornó la paz y tranquilidad de aquella villa. En el año 1709, el Papa reconoció al archiduque Carlos como rey de España, en lugar de a Felipe V, lo que desencadenó una ruptura de relaciones entre la Santa Sede y la corona española. Este cisma se tradujo en la independencia de los obispos españoles respecto a Roma. El conflicto con la Iglesia, prolongado y complicado, no

comenzó a resolverse hasta 1737, con la firma del primer concordato entre España y los Estados Pontificios. Entre las disposiciones de este tratado se encontraban las siguientes cláusulas:

“ARTÍCULO XI: Suponiéndose que en las órdenes regulares hay algunos abusos y desórdenes dignos de corregirse, diputará su santidad a los Metropolitanos con las facultades necesarias y convenientes para visitar los monasterios y casas regulares y con instrucción de remitir los autos de la visita a fin de obtener la aprobación apostólica, sin perjuicio de la jurisdicción del Nuncio apostólico, que entre tanto, y aún mientras durare la visita quedará en su vigor en todo, según la forma de sus facultades y del derecho; y establecido a los visitadores término fijo para que la deban concluir dentro del espacio de 3 años.

ARTÍCULO XIII: El concurso de todas las iglesias parroquiales aun vacantes juxta decretum et in Roma se hará in partibus en la forma ya establecida; y los obispos tendrán la facultad de nombrar a la persona más digna cuando vacare la parroquia en los meses reservados al Papa. En las demás vacantes, aunque sean por resultas de las ya provistas, los ordinarios remitirán los nombres de los que fueren aprobados, con distinción de las aprobaciones en primero, segundo y tercer grado, y con individuación de los requisitos de los opositores al concurso.”

Poco después, en 1753 se firmó otro concordato, que expandía el de 1737, reconociendo la autoridad absoluta del rey de España para nombrar cargos eclesiásticos en sus tierras. Entonces el arzobispo de Santa Fe, José Javier de Arauz, en conjunto con el virrey Solís se valieron de estos dos artículos del concordato de

1737, del poder que tenía la corona para nombrar a placer los cargos eclesiásticos y de un decreto del rey Fernando VI, hijo y heredero de Felipe V, que establecía que se pasaran al clero secular todas las parroquias que fueran quedando vacantes, para usurpar el beneficio del cuadro de la Virgen de Chiquinquirá

Así pues, investidos de autoridad por el concordato y el decreto real de 1749, el arzobispo y el virrey de la Nueva Granada, con una mezcla de piedad y avaricia, se dispusieron a redirigir el flujo de riquezas que la imagen de la Virgen de Chiquinquirá vertía, hacia sus propios cofres. Los dominicos, conscientes de la amenaza que se cernía sobre ellos, al ver en peligro la posesión de tan preciada reliquia, no permanecieron inactivos. Decidieron adelantarse a las intrigas legales de sus adversarios, y en el año 1756, propusieron al virrey la renuncia al derecho de la parroquia, sugiriendo que los pocos indios cocas que aún subsistían fueran incorporados a la parroquia de Saboyá, mientras que los españoles se agregaran a la de Simijaca. Esta petición, firmada por el maestro provincial de la orden, Agustín Manuel Camacho, el 26 de febrero de 1756, revela la astucia con la que los dominicos intentaban preservar para sí la bendita imagen.

Tan grande era su celo por conservar lo suyo que incluso lograron persuadir al cacique Juan Enacio García para que, en una carta al virrey, solicitara la referida merced, bajo la excusa de que sus tierras estaban siendo arrebatadas por el hacendado Miguel Páez y el alcalde local. Pero, en realidad, el verdadero propósito de estas solicitudes no era otro que resguardar para los dominicos la posesión de la sagrada reliquia.

El virrey, al recibir las súplicas de los dominicos y del cacique de Chiquinquirá, despachó sin demora a Andrés Verdugo, visitador, y a Juan Francisco Pey, fiscal protector de indios, con la misión de esclarecer la situación en esas tierras. De los informes que estos dignatarios presentaron queda constancia de que, en aquel año de 1756, los indios cocas, aunque reducidos en número a apenas cien personas, permanecían fieles a sus tierras ancestrales, situadas más allá de la sierra de Coca.

En cuanto a los demás habitantes de Chiquinquirá, su número ascendía a 1,959 almas, organizadas en 341 familias, distribuidas en tres asentamientos. El primero, compuesto por 726 individuos, se encontraba en los alrededores de la iglesia, erigida en el siglo XVI como símbolo de la fe y del poder de Roma. El segundo grupo se ubicaba en los límites de los territorios con Simijaca y Saboyá. Así, el informe revela no solo la disposición geográfica de estas comunidades, sino también la resistencia de los cocas para mantener su presencia en tierras que les pertenecían por derecho ancestral, a pesar de las adversidades que enfrentaban.

Tras la inspección minuciosa de la situación, el visitador, hombre prudente y sensato, recomendó no proceder con las agregaciones propuestas por los dominicos, alegando que las parroquias de Saboyá y Simijaca quedaban demasiado distantes para los habitantes de Chiquinquirá. Sin embargo, en un gesto que delata su inclinación hacia la piedad, también sugirió al virrey que se permitiera a los dominicos conservar la posesión del cuadro de la Virgen. Pero el virrey, firme en su determinación, desoyó esta última recomendación, pues su voluntad estaba decidida a transferir tan valiosa posesión al clero secular, en beneficio de sus propios intereses.

En el año 1757, la muerte de Bernardo Valderrama¹⁶, prior del convento de Chiquinquirá, brindó la ocasión esperada por el virrey y el obispo para actuar. Sin demora, el virrey designó a Antonio Javier Menafelices con la misión de viajar a Chiquinquirá y llevar a cabo la secularización de la parroquia y el convento. Así, el 15 de febrero de 1757, se declaró vacante la parroquia de Chiquinquirá y se procedió a su traspaso al clero secular, terminando más de un siglo de dominio dominico sobre estos santos lugares.

Sin embargo, la fortuna, caprichosa como siempre, volvió a sonreír a los dominicos. En junio de 1757, el rey Fernando VI, conmovido por las necesidades de las órdenes religiosas, emitió un nuevo decreto en el que decidía entregar a cada orden dos conventos, permitiéndoles así mantener sus noviciados y continuar su labor misionera. El decreto también especificaba que se devolvieran los conventos confiscados, siempre que no se hubieran secularizado formalmente.

Apenas llegó a oídos de los dominicos la noticia de tan favorable decreto, el maestro provincial no perdió tiempo y se presentó con celeridad ante el virrey, reclamando la devolución del convento, la iglesia y el sagrado cuadro de la Virgen de Chiquinquirá. No obstante, como los dominicos, siempre astutos y previsores, ya habían enviado un delegado a la corte de Madrid para defender sus derechos, el fiscal civil Urrea dictaminó que debían aguardar la resolución del rey. Finalmente, el 9 de septiembre de 1763, el rey se pronunció en favor de los dominicos, una decisión que fue

¹⁶ Fue sucedido como Prior por el padre Ignacio Leuro, quien conservó el título de Prior a pesar del cierre del convento.

ratificada el 17 de marzo de 1764 por el nuevo virrey, Messia de la Cerda.

Sin embargo, la batalla no estaba aún concluida. Al año siguiente, el 11 de septiembre de 1765, el poder real volvió a hacerse sentir en Chiquinquirá cuando el rey ordenó que se nombrara un cura secular que ejerciera sus funciones en alguna capilla de la iglesia. Los dominicos, celosos de sus privilegios, se resistieron con firmeza a compartir su iglesia y sus beneficios con nadie. En su afán por conservar lo que consideraban propio, el maestro de la orden logró en 1766 que el juez apostólico José Díaz Quijano retirara los edictos que convocaban al nombramiento de un sacerdote secular en Chiquinquirá.

Pero la maniobra fue tan evidente que el virrey se vio obligado a intervenir cuando el clero secular, agraviado, llevó sus quejas hasta el trono virreinal. En un esfuerzo por restaurar la paz, se acordó una permuta: la parroquia de Guatavita, en manos de los dominicos, sería entregada al clero secular a cambio de la posesión de Chiquinquirá. Este acuerdo fue finalmente avalado por el rey Fernando VI el 27 de diciembre de 1767, marcando el final de la lucha que durante doce años habían sostenido los dominicos para recuperar la iglesia, el convento y la reliquia de Chiquinquirá.

Seguramente, al reflexionar sobre este largo y arduo proceso, el maestro de la orden dominica no pudo evitar recordar las palabras del rey Enrique de Borbón: *“París bien vale una misa”*, pensando que, en el curso de 150 años, tres de las parroquias más ricas fueron entregadas a cambio de conservar aquella dichosa iglesia y convento.

Capítulo VII

SUMARIO

Guerra de independencia de las colonias británicas. – España y Francia se unen como aliadas de los Estados Unidos. – Captura de un convoy británico por Luis de Lángara. – Situación ruinoso de las finanzas españolas por cuenta de la guerra. – Nuevos impuestos; el visitador Gutiérrez de Piñeres exprime a la nueva granada. – Agitación a causa de los impuestos en varias ciudades. – Levantamiento comunero en la villa del Socorro. – Participación de Chiquinquirá en el alzamiento de los comuneros. – Capitulaciones de Zipaquirá. -Construcción del puente de la Balsa.

En el año 1776, en la villa de Chiquinquirá, fueron elegidos como alcaldes pedáneos los señores Joaquín García y Tomás de Vargas. Este año se hizo célebre en la historia por la declaración de independencia de las colonias británicas de norte América, un suceso que dio origen a la poderosa nación de los Estados Unidos, la cual, con el tiempo, extendió sus fronteras hasta el océano Pacífico y sometió a casi todos los imperios de Europa. Incluso antes de este acontecimiento, el imperio español, buscando debilitar la posición de Inglaterra en América, ya había comenzado a apoyar en secreto a los rebeldes norteamericanos.

Tres años después, en 1779, durante el gobierno de los alcaldes José Ignacio Páez y José de Vergara, al observar España que la posición de Inglaterra en la guerra contra los rebeldes se hacía cada vez más débil, decidió unirse abiertamente a la contienda, aliándose con Francia mediante el tratado de Aranjuez, firmado el 12 de abril. Ese mismo año se inició el asedio de Gibraltar, una fortaleza estratégica entre África y Europa, ocupada por los británicos desde la guerra de sucesión española, casi ochenta años atrás.

En 1780, siendo alcaldes pedáneos de Chiquinquirá Juan Nepomuceno Cifuentes y Laureano Montero, se libró la célebre batalla del cabo de San Vicente; una flota británica de veinte naves, comandada por Rodney y destinada a abastecer a los sitiados en Gibraltar, sorprendió a la armada española bajo el mando de Juan de Lángara; los ingleses salieron victoriosos, capturando cuatro navíos españoles. Sin embargo, los españoles no tardaron en responder, y el 9 de agosto, en la batalla del cabo de Santa María, Luis de Córdova capturó un convoy de sesenta naves de transporte que se dirigían hacia América y la India con provisiones para el ejército británico.

Tras estos eventos, en 1781, ejerciendo como alcaldes Joaquín Casas y Francisco Camelo, se desató la famosa revolución de los comuneros en el Nuevo Reino de Granada, que casi logró expulsar a los españoles de estas tierras. Y es que, aunque la guerra contra Inglaterra no marchaba del todo mal para España y sus aliados, las finanzas del imperio español se hallaban en crisis, pues el mantenimiento de un ejército numeroso y de las flotas desplegadas en los siete mares exigía gastos considerables. Como consecuencia, se decidió aumentar la presión fiscal sobre las colonias, enviando a la Nueva Granada al visitador Gutiérrez de Piñeres, quien incrementó los impuestos sobre el tabaco y el aguardiente, productos de exportación, entre otras medidas que provocaron la rebelión.

“Fuera de varios de menor importancia, los impuestos más pesados llegaban a 29. Con razón se decía que el régimen español descargaba su dura mano contra las gentes de la colonia desde el mismo bautismo. Les seguía en su casamiento, les perseguía hasta el entierro y les seguía cobrando más allá de la

tumba. Todo estaba gravado, el capital y la renta, la industria y la agricultura, la vida y la muerte, el pan y el hambre, la alegría y las penas.”

Por estas medidas comenzó a extenderse una inquietud profunda en toda la Nueva Granada. En diversas partes de Santander, estallaron tumultos contra los recaudadores de impuestos. Pero fue el 16 de marzo, en la villa del Socorro, cuando el pueblo, al conocer los nuevos tributos y la suma que cada uno debía aportar, cayó en un estado de consternación. Uno, preocupado por su hogar; otro, por su ganado; aquel, cavilando cómo ocultar el producto de su última cosecha; y este, persignándose al pensar en las cargas fiscales que podrían imponerse el año próximo. En ese momento, una voz se alzó en medio de la multitud; al principio, débil, apenas perceptible, pero pronto se tornó clara y atronadora: “¡Viva el rey, y abajo el mal gobierno!”

Entre aquel clamor, se destacó una figura digna de los antiguos tiempos, una nueva Artemisia: Manuela Beltrán. Con paso firme, se dirigió hacia la pared donde estaba fijado el edicto de los nuevos impuestos, lo arrancó con resolución y lo arrojó al suelo, pisoteándolo con indignación. Alentó al pueblo a la rebelión con el grito: “¡No queremos pagar la armada de Barlovento!” No tardaron los insurrectos en organizarse, conscientes de que debían enfrentarse a la formidable España, nación que por siglos había sido poderosa en tierra y mar. Sin embargo, ignoraban que, desde hacía años, esa grandeza no era más que una sombra, una cáscara vacía, tras la cual la gloria de los Habsburgo se había convertido en polvo, disipada por tres siglos de esplendor.

El regidor local, Juan Francisco Berbeo, fue aclamado como general de los revolucionarios, y pronto aquella multitud, que ya alcanzaba los seis mil hombres, se dirigió hacia Santa Fe. Las autoridades virreinales, atónitas ante las noticias que les traían los mensajeros que llegaban a la capital al galope, apenas pudieron creer lo que oían. Confiados en que la revuelta no era más que un tumulto pasajero, enviaron tan solo ochenta hombres para contener a los revolucionarios en Puente Nacional, el 18 de abril. No obstante, la fuerza rebelde pronto creció hasta los catorce mil, y al pasar por Chiquinquirá, la población los recibió con vítores, adhiriéndose al Común y eligiendo como representantes municipales en la junta a Juan Francisco Melgarejo y José García¹⁷.

En Santa Fe, el pánico se apoderó rápidamente de la ciudad, pues el virrey y la mayor parte de sus tropas se encontraban en Cartagena, ocupados en la defensa de aquella plaza ante una posible ofensiva británica. En el altiplano sólo quedaban fuerzas simbólicas bajo el mando de Gutiérrez de Piñeres. Sabiendo que él era el principal blanco del odio de los neogranadinos, Gutiérrez de Piñeres decidió huir, descendiendo apresuradamente al Magdalena, desde donde se embarcó rumbo a Cartagena. En respuesta a la situación, se decidió formar una comisión para

¹⁷ La tradición afirma que estos dos hombres lograron escapar a la venganza virreinal contra los comuneros; supuestamente, mantuvieron una guerra de guerrillas en la región de Gámbita. Si hacemos caso a los historiadores Chiquinquireños, Melgarejo y García habrían mantenido aquella guerra hasta 1810. En todo caso, dicha acción guerrillera no causó mayores trastornos al gobierno virreinal durante aquellos casi treinta años. Lo más probable es que aquellos hombres simplemente se mantuvieran ocultos por temor a las represalias del gobierno español.

negociar con los insurrectos, encabezada por el arzobispo Caballero y Góngora.

La comisión encontró a los rebeldes en Zipaquirá el 27 de mayo; para entonces, gran cantidad de indígenas se habían unido a la revuelta, proclamando a Ambrosio Pisco como rey de Chía y príncipe de Bogotá. Parecía como si la sangre derramada de los antiguos zipas volviera para reclamar venganza, y que el dominio español sobre las tierras de los muiscas estaba llegando a su fin. Ante la grave situación, el arzobispo accedió a casi todas las demandas de Berbeo y sus seguidores, consignando los acuerdos en las conocidas “capitulaciones de Zipaquirá”. Entre aquellas “capitulaciones”, se leía en la número 29:

“Que el puente de Chiquinquirá quede con la pensión de un cuartillo, para que del producto se construya un puente de calicanto en el mencionado río, y que esta contribución y construcción del puente corra por orden del cabildo de Tunja, y que la que hoy existe se deba restablecer por los vecinos y comarcanos”.

Los comuneros, satisfechos por haber alcanzado sus objetivos, regresaron alegremente a sus tierras, dispersándose así la fuente de su poder, que no era otra que su número. A finales de ese año terminó la guerra contra Inglaterra, al capitular el ejército de Cornwallis ante los rebeldes norteamericanos y sus aliados franceses y españoles en octubre. Con el fin de la guerra, las autoridades españolas de la Nueva Granada decidieron que ya podía reestablecerse plenamente el orden virreinal, y se ordenó anular las capitulaciones de Zipaquirá y perseguir a los principales cabecillas del movimiento. Entre otros, José Antonio

Galán, natural de Charalá y que era uno de los más aguerridos líderes de los comuneros fue condenado a *“sea sacado de la cárcel, arrastrado y llevado al lugar del suplicio, donde sea puesto en la horca hasta que naturalmente muera; que, bajado, se le corte la cabeza, se divida su cuerpo en cuatro partes y se pase el resto por las llamas. Su cabeza será conducida a Guaduas, teatro de sus escandalosos insulto; la mano derecha puesta en la plaza del Socorro; la izquierda en la villa de San Gil; el pie derecho en Charalá, lugar de su nacimiento, y el pie izquierdo en el lugar de Mogotes. Declarada por infame su descendencia, ocupados todos sus bienes y aplicados al Real Fisco, assolada su casa y sembrada de sal para que de esta manera se dé olvido a su infame nombre, y acabe con tan vil persona tan detestable memoria, sin que quede otra que la del odio y espanto que inspira la fealdad de su delito”*. Pero en todo caso la capitulación que hacía referencia al puente sobre el río en el punto conocido como la balsa, se reconoció de utilidad para el reino, y se dio continuidad a la obra, culminándose unos años más tarde.

Este año de 1781 se instaló en la iglesia de Chiquinquirá un nuevo sagrario, obra de José Joaquín Franco de la Cruz, por orden del prior Francisco Huelga.

Capítulo VIII

SUMARIO

Se construye el primer acueducto en Chiquinquirá en 1791. – José de la Parra levanta en su hacienda de Mata Redonda el Castillo del Olimpo. – Terminase de construir el puente de la Balsa en 1793. – Terrible terremoto de 1794 que destruye la iglesia y buena parte de las casas de Chiquinquirá. -Planes para construir un nuevo templo. – Inicia la construcción el Padre José María Granados, con la ayuda del arquitecto Petrés. – Disputa con los vecinos de Chiquinquirá por la ubicación del nuevo templo. – En 1799, Petrés es retirado de la obra, al frente de la cual queda el prior Miguel Garnica. – Comienzo de la veneración a San Martín de Porres en Chiquinquirá, por su intervención durante la construcción del templo.

Después de los tumultuosos eventos de la revolución de los comuneros, volvió la habitual calma a las tierras de Chiquinquirá, sin que se registrara ningún hecho de importancia entre 1782 y 1791. Mientras en Europa se gestaban los más grandes acontecimientos políticos y militares como consecuencia de la gran revolución francesa de 1789, en nuestras tierras la paz y la tranquilidad eran tales que no dejaron labor alguna a los cronistas.

En 1791, por la liberalidad de la orden dominica se construyó en Chiquinquirá el primer acueducto, que funcionó hasta principios del siglo XX; también se canalizó el río Chiquinquirá para evitar las frecuentes inundaciones que asolaban al municipio. En 1792, José de la Parra se hizo con el control de varias haciendas de Chiquinquirá, entre otras la famosa Mata Redonda; en aquel lugar se inició la obra ese año de un castillo, de cuya construcción se encargó el ingeniero español Domingo Asquite. El castillo se culminó casi 30 años después, en 1820, y desde entonces ha

dominado el paisaje de los alrededores. Aún hoy pueden verse sus imponentes ruinas en la carretera que de Chiquinquirá conduce a Tunja. Subsisten numerosas leyendas alrededor del castillo, como la del supuesto túnel que conduce desde él hasta el centro mismo de Chiquinquirá; o la de los supuestos tesoros que se encuentran escondidos en su interior. Pero sobre este tema, baste lo dicho.

En 1793, el puente sobre el río la Balsa, iniciado de resultas de la revolución de los comuneros, fue concluido; al año siguiente, en 1794¹⁸, ocurrió un gran cataclismo que alteró la historia de nuestra urbe de manera definitiva. Durante el mandato de los alcaldes pedáneos Mariano Páez y Fernando Olarte, un terrible terremoto asoló Chiquinquirá, devastando miles de casas y derribando la Iglesia, que contaba ya con casi dos siglos de antigüedad. Desde el primer estremecimiento, la calma se transformó en un caos indescriptible. Los habitantes, tomados por sorpresa, huyeron de sus hogares con el terror reflejado en sus rostros, mientras la tierra temblaba bajo sus pies con una furia incontenible. Las casas, que hasta entonces habían ofrecido refugio y seguridad, se desplomaban en cuestión de segundos; sus muros cedían como si fueran abatidos por el pesado ariete, enterrando a muchos bajo los escombros. Se escuchaban por doquier los gritos desgarradores de las madres buscando a sus hijos, de los hombres clamando por sus familias, de los ancianos invocando a Dios en su desesperación. Los animales, igualmente aterrados, chillaban en sus corrales sintiendo la muerte inminente, y sus lamentos se mezclaban con los gritos de los hombres.

¹⁸ Algunos cronistas sitúan este terremoto en 1790.

Al contemplar la iglesia semiderruida el temor se apoderó por completo de los fieles. Aquella estructura sagrada, que había resistido casi dos siglos de viento y tempestad, ahora se tambaleaba; su campanario semiderruido, amenazaba con desplomarse en cualquier momento. Las campanas, que hasta entonces habían llamado al rezo, permanecían mudas, como si se lamentaran de la general desgracia. Los primeros que se acercaron al templo lo hicieron con lágrimas en los ojos, creyendo que su fe había sido puesta a prueba por un poder más allá de la comprensión humana.

En los días que siguieron al desastre, la consternación se apoderó de todos. Los escombros cubrían las calles, las viviendas estaban en ruinas, y el aire estaba cargado con el polvo de la destrucción. Aquellos que habían sobrevivido caminaban como espectros, sus rostros marcados por la desesperanza, incapaces de entender cómo su tranquila existencia había sido transformada en un escenario de devastación. Muchos miraban al cielo, buscando alguna señal o explicación divina, mientras otros susurraban entre ellos sobre la posibilidad de que el fin de los tiempos fuera inminente.

Pero pronto se repuso el ánimo tanto de los chiquinquireños como de los monjes dominicos, y se decidió reedificar la iglesia de forma aún más grandiosa que antes. Se buscaba construir una Basílica de tres naves que, a semejanza del antiguo templo de Éfeso, hiciera exclamar *“He posado mis ojos sobre la muralla de la dulce Babilonia, la calzada para carruajes, la estatua de Zeus de los alfeos, los jardines colgantes, el Coloso del Sol, la enorme obra de las altas Pirámides y la vasta tumba de Mausolo; pero cuando vi la casa de Artemisa, allí encaramada en las nubes, esos*

otros mármoles perdieron su brillo, y dije entonces: fuera de lo que se contempla desde el Olimpo, el Sol jamás ha parecido tan majestuoso.”

El ilustre padre José María Granados, prior del convento allí establecido, tuvo el honor de emprender la grandiosa tarea de erigir la nueva Basílica. Dado que en Chiquinquirá y sus alrededores no se hallaba un arquitecto con las cualidades necesarias para tan ambicioso proyecto, se hizo menester recurrir a los servicios del padre capuchino Domingo de Petrés, oriundo de Valencia, España, quien desde el año de 1792 había encontrado su hogar en la tierra de la Nueva Granada. Sin lugar a duda, la obra de Domingo de Petrés, que ha dejado para la posteridad algunas de las más excelsas construcciones de nuestra patria, rivaliza con la de otro monje ilustre de aquellos tiempos, el sabio José Celestino Mutis. En efecto, a Domingo de Petrés se deben, entre otras notables edificaciones, la catedral de Bogotá, la de Zipaquirá, la de Santa Fe de Antioquia, y la que constituye el culmen de la arquitectura de su siglo en nuestra tierra: la Basílica de Chiquinquirá.

Así, bajo el liderazgo del eminente Granados y la sagaz dirección del venerable Petrés, comenzó la magna obra en el año de 1796. No faltaron entonces las disputas entre los vecinos de Chiquinquirá y el arquitecto, pues aquellos insistían en que el templo debía erigirse en el mismo lugar donde había estado la antigua iglesia. Por el contrario, el padre Petrés sostenía que ello era imposible, dado que el terreno era demasiado pequeño para albergar tres naves y sumamente inestable para soportar el peso de la estructura que deseaba el prior. Finalmente, se convencieron todos de que el padre Petrés tenía razón, y se aceptó la propuesta

de iniciar la construcción en el emplazamiento que hoy ocupa la Basílica, el cual en aquellos tiempos era una espesísima arboleda.

En 1797, aprovechando las obras de reconstrucción de la Basílica y de numerosas casas derruidas por el temblor, los alcaldes Juan Antonio Páez y Tomás Cifuentes solicitaron a Tunja poderes para el arreglo y alineación de las calles de la ciudad, otorgando a los vecinos un plazo de 40 días para realizar la labor. Quizá desde entonces data la planta regular del centro de nuestra urbe.

La obra de la Basílica, que avanzaba a buen paso, pronto se vio entorpecida por un nuevo conflicto, esta vez entre los dominicos y los capuchinos. Fray Andrés de Aras, superior de Domingo de Petrés, acusaba a este de dedicar excesivo tiempo a la construcción de la Basílica de Chiquinquirá, en detrimento de otros proyectos importantes que tenía a su cargo. A pesar de la presión de los dominicos para mantener a Petrés en sus servicios, la autorización para continuar en Chiquinquirá le fue finalmente revocada en el año de 1799 por su orden.

La partida de Petrés habría podido significar el fin de la más grande obra de construcción jamás emprendida en nuestra ciudad, de no haber sido por el padre Miguel Garnica, quien, prior del convento y nacido en Chiquinquirá en 1769, tomó las riendas del proyecto a partir del año 1801¹⁹. El padre Garnica²⁰ contó con la valiosa asesoría de Manuel Zamorano y Nicolás León,

¹⁹ La tradición atribuye el inicio simbólico de la construcción de la Basílica a este año, con la bendición de la primera piedra. Pero las obras ya se habían iniciado años antes.

²⁰ Fue nombrado Prior en 1803, y permaneció en el cargo 12 años, uno de los periodos más largos en la historia del convento de Chiquinquirá.

colaboradores y discípulos del genial Petrés. Y ahora que hemos nombrado a las principales mentes detrás de tan magno proyecto, no podemos olvidar a los miles de trabajadores anónimos, cuyas manos diligentes y corazones abnegados imprimieron en cada piedra de esta monumental construcción la esencia del sacrificio y la dedicación. ¡Que su labor incansable sea dignamente celebrada, pues sin su esfuerzo desmedido, la obra no habría alcanzado el esplendor que hoy ostenta!

En aquellos tiempos en que el padre Garnica lideraba las obras, emergió una leyenda que adornaba sus píos esfuerzos. Se decía que el prior solía orar ante un cuadro en su celda, un cuadro que mostraba a un mulato, ataviado con el hábito de dominico, en compañía de dos ángeles que sostenían antorchas encendidas. La tradición sostiene que, cuando los fondos para la obra escaseaban, el padre Garnica realizaba este ritual y pronunciaba las siguientes palabras con firmeza y determinación:

“¡Oh pícaro mulato! Si para mañana no me provees de los recursos necesarios para saldar las deudas con los obreros, te haré descender del lugar que ocupas.”

Y, como refiere la tradición, los recursos para la obra surgían como por encantamiento. Décadas después, el mulato representado en ese cuadro fue elevado a la dignidad de beato, y el cuadro fue colocado en 1837 en uno de los altares de la Basílica, en honor a San Martín de Porres. En la actualidad, el cuadro ha sido reemplazado por una estatua, y se conserva un fragmento de hueso del venerado santo.

En 1803 el padre Domingo Barragán hizo copiar el proceso de renovación de la Virgen de Chiquinquirá; la transcripción se

debió al escribano José María Mutienx, y la copia se conservó junto con el original en el convento dominico.

Capítulo IX

SUMARIO

Invasión francesa de España. -Levantamientos en las capitales de América y formación de juntas de gobierno. -El levantamiento del 20 de julio en Santa Fe. – Mariano Garnica es el único Chiquinquireño que firma el acta del 20 de julio. -Expedición de un ejército Chiquinquireño en ayuda de la junta de Santa Fe. -El virrey Amar es desterrado por la junta de Santa Fe. – Lucha entre federalistas y centralistas. – Chiquinquirá es ocupada por tropas de Cundinamarca en 1811. Proclamación de villa republicana en Chiquinquirá. – Participación Chiquinquirá en el gobierno de Cundinamarca. -Guerra de Cundinamarca contra el congreso. – Campaña de Simón Bolívar contra Cundinamarca y sometimiento final de ésta al congreso. – Preparativos para la guerra contra España. – Solicitud del gobierno al convento de Chiquinquirá de un donativo para el esfuerzo de la guerra. -Invasión de Pablo Morillo. – Llegada de Morillo a Chiquinquirá. -Castigo impuesto al prior Miguel Garnica y a otros monjes por su apoyo a la causa independentista. – La guerrilla de Rafael García hostiga a las fuerzas realistas. - Campaña libertadora. – Muerte del prior Garnica y culminación del nuevo templo. – Visitas del libertador a nuestra urbe. – Visita del obispo de Mérida a Chiquinquirá, famoso por haber realizado el viaje entero a pie. Solicitud del obispo de Mérida a Roma de una fiesta de la virgen. Primer robo de las joyas de la virgen. – Indulgencias concedidas por el Papa a quienes visiten la Basílica de Chiquinquirá.

***E**n este punto de mi obra tengo derecho a decir por adelantado lo que muchos historiadores manifiestan al inicio del conjunto de la suya: que voy a narrar por escrito la guerra más memorable de cuantas se llevaron jamás a cabo, la que libraron los americanos españoles por su independencia durante casi veinte años. En efecto, pocas han sido las guerras en los tiempos recientes que hayan alcanzado una duración tan prolongada, y que se hayan extendido por un teatro de operaciones tan vasto como la América española de principios del siglo XIX. Fue mayor el encono que las fuerzas con que se*

enfrentaron, llenos de indignación los españoles por la beligerancia de unos súbditos rebeldes, y los hispanoamericanos espoleados por tres siglos de insultos y opresión.

Así, mientras las obras de la Basílica avanzaban bajo la dirección del padre Garnica, en Europa acontecimientos telúricos iban a producir un cataclismo político en la Nueva Granada como no se veía desde la conquista. En efecto, Napoleón Bonaparte, luego de reestablecer el absolutismo y proclamarse emperador de los franceses, había reanudado la guerra contra Gran Bretaña luego de la brevísima paz de Amiens de 1802. Con el fin de enfrentarse a la armada británica, reestableció el emperador la tradicional alianza entre Francia y España desde 1800, ganándose de esta forma a la armada española, único pilar en que por entonces se apoyaba España para ser considerada una gran potencia.

El emperador planeaba la invasión de las islas británicas, empresa en la que sólo habían triunfado César y Guillermo el Conquistador; pero tan mal precedente no lo disuadió y, por el contrario, se aplicó con la meticulosidad que lo caracterizaba a preparar un plan mediante el cual la flota francesa al mando de Villeneuve debía viajar hacia el Caribe, donde se uniría con la armada española y con otra francesa que saldría del puerto de Brest, y tras saquear las posesiones británicas en aquellas aguas, debía regresar al Canal de la Mancha para cubrir el paso del ejército francés desde Boulogne a los blancos acantilados de Dover.

Sin embargo, la coordinación de las tres armadas falló, y los navíos que venían de Brest no llegaron a tiempo; en cambio, los británicos, bajo el mando de Nelson se presentaron en el Caribe

antes de lo previsto, forzando a Villeneuve a partir de nuevo hacia Europa con gran antelación. Ya en aguas europeas, el almirante francés desoyó las órdenes de Napoleón de dirigirse inmediatamente hacia el canal, y en su lugar se refugió en Cádiz (1805), quizá pensando que el asedio de aquella plaza debilitaría lo suficiente a los ingleses como para darle a él la ventaja en un futuro combate naval.

Napoleón, furioso con Villeneuve por haber desobedecido sus instrucciones, le ordenó ahora dirigirse hacia Nápoles, batiendo a los ingleses que osaran hacerle frente. Pero nuevamente el almirante permaneció inactivo en Cádiz. El emperador, decidido a reemplazarlo, envió en sustitución de Villeneuve a otro almirante, pero Villeneuve, al enterarse de que su reemplazo ya se encontraba en camino, decidió arriesgarse y salir a enfrentar a la armada británica. El combate se dio el 21 de octubre de 1805, y fue quizá la mayor derrota que sufrieran tanto la armada española como la francesa. En total, de los 33 navíos de guerra franceses y españoles con que inició Villeneuve el combate, 23 fueron capturados o hundidos por los ingleses; la joya y el orgullo de la armada española, el navío de línea de 4 puentes Santísima Trinidad fue el trofeo más grande que habían capturado los británicos en toda su historia naval. El hundimiento de este pesado buque en la tormenta que se desencadenó tras la batalla no fue más que el augurio del hundimiento del propio imperio español.

Perdida gran parte de la armada, interrumpida la comunicación entre España y sus colonias americanas, hundida la moral de la marinería, era poco lo que España podía aportar a Francia. Pronto se decidió el emperador a sustituir a la podrida rama de los

Borbones españoles con su propia sangre, planeando sentar a su hermano José en el trono de Carlos V. De esta forma, en 1807, bajo la excusa de un acceso militar para invadir a Portugal, aliada de Gran Bretaña, 20000 soldados franceses al mando del mariscal Junot ingresaron en España, y disimuladamente fueron tomando posesión de todo el país. Este año se concluyó la cúpula de la Basílica de Chiquinquirá, y se realizó la decoración a cargo de Carlos Camargo.

Al año siguiente, 1808, Napoleón reveló a los monarcas españoles sus verdaderas intenciones. Por entonces Fernando VII, príncipe de Asturias y heredero del imperio español había arrebatado la corona a su propio padre, Carlos IV. El emperador francés ordenó al ingrato hijo devolver la corona a su padre, y a éste entregársela a él para pasarla a José Bonaparte. El 2 de mayo de 1808, los borbones abandonaron definitivamente Madrid, abdicando sin luchar un imperio que se gloriaba de haber capturado al rey Francisco II de Francia. Pero el pueblo español, que había resistido heroicamente en Numancia y Lusitania a las legiones de Escipión y de Pompeyo, se alzó en armas contra el invasor francés al grito de *“muerte a los franceses”*.

A pesar de las trifulcas y de la gran agitación que se vivía en toda España, José Bonaparte fue proclamado rey el 6 de junio de 1808. La renuncia de los borbones había dejado al pueblo español sin un líder, así que pronto empezaron a surgir juntas de gobierno en todas partes. En septiembre, las juntas se coaligaron en la llamada Junta Central, dirigida por el conde de Floridablanca; muy pronto la situación comenzó a salirse de control para los franceses, al ser derrotados en la batalla de Bailén por el general español Francisco Javier Castaños y posteriormente perder la mismísima Madrid.

Las noticias de la invasión francesa de España pronto llegaron a la Nueva Granada; en septiembre de 1808 llegó a Santa Fe Juan José Pando y Sanllorente, comisionado por la junta de Sevilla para hacer jurar al nuevo reino de granada lealtad a Fernando VII como legítimo rey de España. El virrey era por entonces Antonio José Amar y Borbón, y decidió que se proclamara a Fernando VII como rey, y que se declarara la guerra a Napoleón. Tras lograr su cometido, partió Juan José de vuelta a España, llevándose medio millón de pesos para el esfuerzo de la guerra.

En enero de 1809, la Junta Central decretó que todos los territorios americanos eran parte inalienable de la nación española y que, en consecuencia, debían tener representantes ante la Junta Central. Como representante de la Nueva Granada se designó a Antonio de Narváez, nacido en Cartagena. Pero con la debilidad notoria de España, con el rey Fernando VII preso en Francia, y con las actividades secretas de franceses e ingleses apoyando las independencias de las colonias españolas en América, pronto surgieron brotes revolucionarios por todo el continente. En agosto de 1809 los quiteños se alzaron contra el poder del presidente Manuel de Urriez e instauraron una junta suprema de gobierno. Pronto enviaron un comunicado a Santa Fe, urgiendo a los ciudadanos de allí a hacer otro tanto. El cabildo de Santa Fe presionó al virrey para que convocara una reunión a fin de tratar el asunto; el virrey, temeroso de que lo destronaran, aceptó y el 6 de septiembre del 1809 *“se hizo la junta general en palacio, de Oidores, canónigos, cabildo, oficiales, curas, priores y provinciales, capellanes, hacendados y vecinos notables. Entraron a las 8 de la mañana y desde esta hora se formó el Regimiento Auxiliar, una escolta de 200 hombres con una*

bandera, y se pusieron centinelas dobles en todo el palacio, y salieron hasta la una de la tarde, y no se concluyó nada, y lo dejaron para el lunes siguiente.”

El 11 de septiembre se hizo evidente que la idea de los quiteños contaba con numerosos partidarios entre lo más granado de la sociedad santafereña. El virrey, ahora consciente de que si no tomaba medidas drásticas sería derrocado, decidió imponer la ley marcial, con guardias nocturnos por las calles y un control estricto de quien entraba y quien salía. También despachó un ejército hacia Quito para aplastar a la junta de gobierno de esa ciudad.

Pronto la persecución contra los simpatizantes de la revolución se hizo más fuerte; al recibir refuerzos de Cartagena, el virrey ordenó excomulgar y ejecutar a todos los que tuviesen en su poder copias del manifiesto de la junta de Quito. Sámano, tristemente famoso en los anales de nuestra patria, llegó también como refuerzo con tropas de la Guajira. Antonio Nariño, quien había sido perseguido tiempo atrás por las autoridades españolas por haber publicado los derechos del hombre, fue puesto bajo grilletes sin ninguna explicación, y enviado a Cartagena. Pero Nariño, a quien la Fortuna le reservaba mayores triunfos y adversidades, logró escaparse en el Banco, y de ahí paso a Santa Marta, donde nuevamente fue capturado y conducido a Cartagena.

El ambiente de represión sin embargo no hizo sino soliviantar lo ánimos de los rebeldes, y en noviembre, Camilo Torres, de cuya voz se dijo que *“no oyó ni el areópago de Atenas ni el senado de Roma una más elocuente”* redactó el memorial de agravios, donde se criticaba duramente a la Junta Central por reducir la representación de las vastísimas colonias americanas a 12

diputados, teniendo la España peninsular un total de 36 representantes. El tono del famoso memorial deja entrever los más profundos pensamientos de Torres:

“Si queréis inclinar la balanza al otro lado, entended que diez o doce millones de almas con iguales derechos pesan otro tanto que el plato que vosotros formáis. Más pesaban sin duda siete millones que constituían la Gran Bretaña europea, que tres que apenas formaban la Inglaterra americana; y con todo, la justicia cargada de su parte inclinó la balanza.”

Ese año de 1809, la construcción de la Basílica de Chiquinquirá estaba casi concluida, y completamente cubierta. Al año siguiente, 1810, la Junta Central, que se había refugiado en la isla de León, estableció el concejo de Regencia, que era reconocido como la autoridad en toda la España no ocupada por los franceses. Este concejo de regencia pidió a las colonias que nombrara representantes para las cortes de España, a razón de uno por cada virreinato, y proclamó en un tono bastante revolucionario:

“españoles americanos, os veis elevados a la dignidad de hombres libres; vuestros destinos ya no dependen ni de los ministros, ni de los virreyes ni de los gobernadores; están en vuestras manos.”

El virrey Amar pronto ordenó reconocer al concejo de regencia como la única autoridad legítima de España. Al poco tiempo llegaron a Cartagena dos comisarios enviados por el concejo para afirmar su autoridad en la Nueva Granada: Antonio Villavicencio y Carlos Montúfar. Los criollos de Santa Fe decidieron aprovechar la llegada de Antonio Villavicencio a su ciudad para dar el golpe y deponer al virrey, instaurando una junta de

gobierno. El mismo Torres nos cuenta el espíritu de los conspiradores: *“Disuelta la monarquía y perdida España, nos hallamos en el mismo caso en que estarían los hijos mayores después de la muerte de un padre común”*. Aprovecharon entonces Torres y sus copartidarios el desprecio mayúsculo del comerciante español José González Llorente por los españoles americanos, para generar una trifulca que fuera la chispa que prendiera el polvorín en el que se había convertido Santa Fe luego de las medidas represivas del virrey. José Acevedo y Gómez, uno de los conjurados, nos cuenta los acontecimientos del veinte de julio de 1810: *“Ayer 20 fueron a prestar un ramillete a don José González Llorente para el refresco de Villavicencio, a eso de las 11 y 30 del día, en su tienda, en la primera calle real, y dijo que no lo daba y que se cagaba en Villavicencio y en todos los americanos; al momento que pronunció estas palabras le cayeron los Morales, padre e hijo; se juntó tanto pueblo que si no se refugia en casa de Marroquín, lo matan.”*

Pronto la pelea en el almacén de Llorente se convirtió en motín y en revolución; la masa de santafereños, empuñando cuchillos, machetes y otras improvisadas armas, gritaba amenazadoramente hacia el palacio virreinal “cabildo abierto, cabildo abierto”. El virrey, temiendo por su vida y sus bienes, decidió conceder cabildo extraordinario, presidido por el oidor Juan Jurado en nombre de la autoridad real. Pero cuando se inició el cabildo extraordinario, la turba invadió la sala donde se celebraba, y de extraordinario se convirtió en abierto de hecho.

La autoridad del virrey se tambaleaba, y la principal discusión en aquel cabildo abierto era la instalación de una junta de gobierno; algunos criollos, todavía temerosos del poder virreinal, porfiaban

en que debía consultarse con el virrey la instalación del nuevo gobierno; Miguel de Pombo, uno de los más acérrimos antimonárquicos neogranadinos interpelló a los que vacilaban: “¿*Qué hay que temer?, los tiranos perecen, ¡los pueblos son eternos!*”. Naturalmente, el oidor Jurado se oponía Ferreamente al establecimiento de la junta de gobierno, porque sabía que eso sería el fin de su cargo y el de su patrón; entonces José Acevedo y Gómez se lanzó al balcón y pronunció su famoso discurso: “*Si perdéis estos momentos de efervescencia y calor, si dejáis escapar esta oportunidad única y feliz, antes de doce horas seréis tratados como insurgentes. ¡Ved los calabozos, los grillos y las cadenas que os esperan!*”. El pueblo, animado por aquellas potentes palabras comenzó a gritar “*la Junta, la Junta*”. De esta forma finalmente se acordó la creación de la junta de gobierno; como presidente de la misma se eligió al virrey. La conformación de aquel nuevo variopinto gobierno se consignó en un acta, en la cual, entre otras cosas, se reconocía como legítimo monarca a Fernando VII, aunque se hacía la salvedad, quizá de forma maliciosa, de que debía venir a reinar en la Nueva Granada. Cincuenta y tres prohombres de los allí presentes aquel 20 de Julio firmaron la dichosa acta, entre otros el fraile Mariano Garnica, hermano de Miguel Garnica, quien por entonces estaba a cargo de la obra de la Basílica de Chiquinquirá. Este Mariano había nacido en Chiquinquirá en 1770 y luego había ingresado, igual que su hermano, a la orden de los dominicos. Es el único chiquinquireño que figura entre los firmantes de la memorable acta del 20 de Julio del 1810.

Así terminó aquel día 20. Al día siguiente se vivió gran temor cuando llegó la noticia de que una tropa de trescientos negros

esclavos venía armada de machetes a acabar con los revolucionarios. La noticia propagó el temor entre los conjurados, y el pueblo se precipitó al cuartel para tomar posesión de los fusiles y cañones que allí se almacenaban. Sin embargo, pronto cesó el alboroto al saberse que los 300 esclavos eran en realidad 300 campesinos de Soacha que venían a apoyar a la nueva Junta de gobierno.

Sin embargo, como el lector puede imaginarse, una revolución antimonárquica que dejaba en su puesto al antiguo virrey era ridícula por decir lo menos. La desconfianza de muchos criollos y mestizos hacia Antonio Amar y Borbón crecía día tras día; finalmente se armó otra trifulca, y el pueblo comenzó a exigir con malas maneras la prisión del virrey. Parecía que la junta sería derribada si no accedía a las demandas populares, por lo que de la forma más decorosa posible decidieron llevar al virrey preso al edificio del tribunal de cuentas, y a su esposa al monasterio de monjas de la Enseñanza. Poco después se acordó desconocer al concejo de regencia de España, manteniendo aún el reconocimiento como monarca de la Nueva Granada a Fernando VII. De esta forma, cuando Antonio Villavicencio, por cuya visita se había iniciado toda aquella revolución, llegó finalmente a Santa Fe, si bien fue recibido con las debidas muestras de hospitalidad, no se le reconoció ninguna autoridad.

Días más tarde, el 30 del mismo mes, el alcalde de Chiquinquirá, Miguel Silva envió a SantaFe un pequeño ejército de mil hombres para defender a la junta de gobierno de un posible ataque contrarrevolucionario. Sin embargo, los santafereños, luego de darles las gracias a los chiquinquireños por el desinteresado gesto, les pidieron comedidamente que volvieran a sus casas. Fue esta

quizá la primera acción de armas de los chiquinquireños en toda la historia universal, y culminó sin ningún muerto ni herido.

El 15 de agosto el virrey y su esposa, obedeciendo el mandato severo de la junta de gobierno hubieron de abandonar la ciudad de Santa Fe, consolidando con este acto el fruto de aquella revolución que pocos días antes, el veinte del mes precedente, había tenido su principio. Pero no vino tras ello la calma, ni se apaciguaron las aguas agitadas de los tiempos sino que, por el contrario, sobrevino una época de gran anarquía y desconcierto en la cual, como en una tierra fecunda en plantas amargas, surgían de cada valle y de cada pueblo nuevas repúblicas, pequeños estados que, llenos de un espíritu feroz y altivo se negaban a ceder en lo más mínimo por la causa de la unidad, necesaria en extremo para enfrentar la inminente amenaza de la guerra contra España.

Antes de que todo esto ocurriera, el 29 de julio, la junta suprema de Santa Fe, movida por un deseo de concordia y de prudente consejo, había dirigido una carta a todas las juntas de las provincias, pidiendo con urgencia y sin dilación el envío de un diputado por cada una de ellas, para que juntos conformaran un congreso, el cual habría de regir los destinos de la naciente patria. Mas estas provincias, celosas de la libertad recién adquirida, miraban con desconfianza la preeminencia de Santa Fe, capital del Nuevo Reino de Granada, y temían que, bajo su sombra su propia autonomía fuese pronto anulada. En respuesta a tal invitación, la junta de gobierno de Cartagena, con no menor celo y astucia, remitió otra carta a las provincias, proponiendo que el número de diputados fuese calculado según la cantidad de habitantes, a razón de uno por cada cincuenta mil almas, y que la sede del congreso se estableciera en Medellín, ciudad de aire

benigno y ventajosa situación que favorecía el acceso de los representantes de Guayaquil y Maracaibo.

Grande era el prestigio de Cartagena, plaza fuerte y puerto principal del reino, guardiana de notables reservas de armas y municiones. Desde el principio, esta importancia estratégica minó la propuesta de Santa Fe para ser la sede del congreso y la capital de la nueva nación. Entretanto, en todo el territorio, comenzaba a crecer el enfrentamiento entre realistas y patriotas, pues no todas las ciudades habían decidido romper los vínculos que las ataban a la metrópoli ultramarina. En medio de esta contienda, surgieron muchos pueblos que, deseosos de librarse del yugo de las capitales provinciales, proclamaron su independencia.

Así, el 23 de agosto, Sogamoso, animada de un nuevo espíritu rebelde se declaró independiente de Tunja. Y como queriendo debilitar aún más el poder de Tunja, y prevenir cualquier represalia armada, la nueva provincia invitó a sus vecinos de Chiquinquirá a seguir su ejemplo. El 28 de agosto, una carta enviada por la junta de Sogamoso llegó a Chiquinquirá, incitándolos a levantarse contra la autoridad de Tunja. Apenas unos días más tarde, el primer día de septiembre, se convocó en Chiquinquirá un cabildo abierto para deliberar sobre la propuesta de Sogamoso y la solicitud de Tunja, que había pedido a los chiquinquireños el envío de un diputado para representarlos en la capital de la provincia. Allí se resolvió no enviar diputado alguno a Tunja y asumir un gobierno autónomo, proclamándose villa y adhiriéndose al gobierno de Santa Fe. Uno de los presentes, lleno de fervor y entusiasmo, salió al balcón de la casa donde se había reunido el cabildo y, alentando al pueblo a seguirle, logró que este ratificara la decisión. Fueron entonces elegidos como primeros

alcaldes de la recién declarada villa, Miguel Silva y José María Páez.

No tardó Santa Fe en ratificar el título de Villa y la separación de hecho de Tunja, lo cual se verificó el sexto día de septiembre. Así, la voluntad del pueblo, firmemente declarada, se transformó en hecho consumado; y de este modo se consolidó un nuevo paso hacia la libertad, aunque sembrado de incertidumbres y retos, como lo es siempre todo camino que se aparta de lo conocido en busca de un destino más alto y noble.

A pesar de la desunión que imperaba en el reino, exacerbada por el manifiesto de Cartagena, algunas provincias —las más pequeñas y de menor importancia— decidieron enviar sus diputados a Santa Fe para la instalación del congreso. El 30 de octubre llegaron a la capital los diputados de Chiquinquirá, ofreciendo con generosidad hombres, dinero y joyas, para la conformación de un ejército que resistiera a las fuerzas realistas que, desde el norte y el sur, amenazaban con poner en peligro la libertad de las provincias recientemente emancipadas. Fue entonces, el 22 de diciembre, cuando finalmente se instaló el congreso, presidiéndolo con autoridad Miguel Pey. Aquel día estuvieron presentes los diputados de Santa Fe, Pamplona, Mariquita, Nóvita, Socorro y Neiva.

No obstante, la autoridad del congreso pronto halló resistencia en la propia Santa Fe, y las discordias no tardaron en surgir; algunos diputados, como Torres, abandonaron el congreso, disgustados porque se recibiese en él a representantes de lugares que no ostentaban la dignidad de capital provincial. Finalmente, en el mes de febrero del año de 1811, el congreso se disolvió, sin haber

alcanzado ningún logro digno de ser recordado, víctima de las ambiciones y rencores que dividen a los hombres, aún en la hora de mayor necesidad.

Disuelto el congreso, la junta suprema de Santa Fe, reconociendo la necesidad de establecer el orden interno, se abocó a la ardua tarea de organizar el estado que comprendía a esta ciudad y a los pueblos vecinos. El primer paso en tan magna empresa fue la redacción de una constitución que guiara y rigiera las vidas de los recién nacidos ciudadanos, estableciendo para ello un Colegio Constituyente. Su primera sesión tuvo lugar el 27 de febrero del año de 1811, bajo la presidencia de Jorge Tadeo Lozano, y reunió a representantes de Bosa, Espinal, Santa Fe, Zipaquirá, Ubaté, Funza, Chocontá, Ubaque, Guaduas, Tocaima, la Mesa, Ibagué y la Palma. De la presencia de estos representantes puede deducirse, con cierta claridad, cuáles eran en aquel momento las fronteras del naciente estado. No figura en la lista de las poblaciones consideradas Chiquinquirá, quizá debido a la deferencia y al temor de despertar recelo en la vecina provincia de Tunja, que tradicionalmente había extendido su jurisdicción sobre aquella población. No obstante, hallo en otras fuentes que fueron elegidos representantes de Chiquinquirá ante el Colegio Constituyente Miguel Bermúdez Olarte, Juan Pablo Páez y Miguel Bermúdez Rojas. Pero, en todo caso, si estos hombres fueron elegidos por sus vecinos como diputados, su voz no fue oída, pues no figuran sus nombres en el catálogo de los miembros admitidos al Colegio Constituyente.

La constitución que fue redactada por el Colegio Constituyente se comprometía, entre otras disposiciones, a la *defensa del misterio de la Inmaculada Concepción de María Santísima*, y

también a sostener y defender los derechos que, por los votos de la nación, corresponden a la corona del señor don Fernando VII. El nuevo estado tomó el nombre de Cundinamarca, queriendo así evocar el antiguo nombre amerindio de estas tierras, en un intento de vincular la nueva empresa con las raíces profundas del suelo que habrían de gobernar.

No había pasado mucho tiempo cuando, el 1 de abril, Jorge Tadeo Lozano fue elegido primer presidente de Cundinamarca. Lozano anexionó a Cundinamarca la provincia de Mariquita, y en julio de 1811 tropas de Cundinamarca ocuparon Chiquinquirá, arrebatándosela al control de Tunja. Pero el gobierno de Lozano en política interna, lejos de ser un tiempo de calma y concordia, fue breve y turbulento, acosado sin tregua por la feroz oposición de Antonio Nariño, quien, a través de las páginas de su periódico, *La Bagatela*, atacaba constantemente al gobierno de Lozano. Finalmente, con todo el pueblo vuelto en su contra, Lozano tras reconocer el peso de la adversidad, renunció a su cargo el 19 de septiembre y en su lugar fue elegido Antonio Nariño.

Nariño había nacido el 9 de abril de 1765 en Santa Fe; de noble linaje y de excelente educación, desde su juventud se mostró inclinado hacia el estudio y la contemplación de las verdades eternas que los sabios del mundo ofrecían a la humanidad. Educado en el venerable Colegio Mayor de San Bartolomé y nutrido de las enseñanzas de la Ilustración, Nariño se convirtió en ferviente defensor de los ideales de libertad y justicia. En el año 1793, tradujo el venerable documento de los derechos del hombre y del ciudadano, sembrando así la semilla del cambio en el fértil suelo de su patria, aunque por ello fue encarcelado y despojado de sus bienes por las autoridades virreinales. En 1799 escapando

de su prisión en Cádiz, regresó a su tierra natal; convencido por sus familiares, se entregó a las autoridades virreinales, que lo mantuvieron en prisión hasta 1803, cuando le permitieron retirarse a una hacienda en la sabana, donde en secreto continuó su incansable labor por la libertad, a pesar de las sombras de la opresión.

Siendo manifiesto que la constitución de Cundinamarca en su esencia representaba un sinsentido y una discordancia, pues mantenía una forma de monarquía constitucional con el rey de España como cabeza de un estado que buscaba afirmarse en su independencia, Antonio Nariño, en su afán de establecer una organización más coherente y justa, convocó en el mes de noviembre de 1811 al Colegio Revisor y Electoral. Este notable cuerpo, compuesto por hombres de visión y discernimiento, incluyó entre sus miembros a Pedro Groot y Juan Agustín Matallana como electores de Chiquinquirá en su empeño de reforma. Aunque parece ser la región de Chiquinquirá había quedado de facto bajo la autoridad de Cundinamarca luego de la anexión llevada a cabo por el presidente Lozano, Nariño expidió formalmente un decreto el 13 de noviembre que incluía en el colegio electoral de Cundinamarca a los dos representantes de Chiquinquirá. Esta acción acrecentó aún más las ya tirantes relaciones con el gobierno de Tunja.

El Colegio Revisor y Electoral culminó en abril de 1812 la redacción de una nueva constitución, que marcaba un hito en la evolución del estado. En esta nueva carta fundamental, se proclamaba la república, estableciendo la división de poderes en legislativo, ejecutivo y judicial, con un diseño más acorde a los principios de la igualdad y la justicia. Aunque la sumisión a la

corona española era desestimada, la declaración de independencia, sin embargo, permanecía ausente, como si aún se titubeara ante el paso definitivo hacia la soberanía plena.

Nariño quería anexionar a Cundinamarca todos los territorios de la provincia de Tunja, incluyendo la propia ciudad. Para ello despachó a Baraya al frente del grueso del ejército, con la intención de sembrar el caos en las tierras de Tunja y facilitar su anexión. Baraya logró mediante maniobras diplomáticas que Sogamoso se separara de Tunja y se anexionara a Cundinamarca, pero pronto el mismo Baraya, seducido por el gobernador de Tunja Juan Nepomuceno Niño y otros influyentes representantes de las provincias, desertó junto con sus tropas y se unió al bando de los llamados federalistas, el 25 de mayo de 1812.

La desertión de Baraya, junto con las fricciones entre Cundinamarca y Tunja por las anexiones que había realizado Cundinamarca de Leiva, Chiquinquirá y Muzo, llevó a ambas provincias a la primera guerra civil que registran nuestros anales. En Cundinamarca se suspendió la constitución y se nombró dictador a Nariño; este pronto reunió un nuevo ejército de 800 hombres, con el que partió rumbo a Tunja. El presidente de Tunja y sus tropas abandonaron la ciudad y se acuartelaron en Santa Rosa. De este modo, Nariño ocupó sin resistencia a Tunja; pero después de tan fácil victoria, no hizo nada de provecho, mientras Baraya conseguía la victoria en Paloblanco, cerca de San Gil, logrando la secesión de la antigua provincia del Socorro.

Las desalentadoras noticias llegadas del norte decidieron a Nariño a entrar en negociaciones con Juan Nepomuceno Niño; estas negociaciones se llevaron a cabo en Santa Rosa y, entre otras

cosas, se acordó la instalación inmediata del Congreso, la unión de Sogamoso y Tunja, y la alianza de Cundinamarca y Tunja para enfrentar a los ejércitos realistas que amenazaban a ambas desde el norte y el sur. Vuelto a Santa Fe, Nariño abandonó la dictadura y se reestableció el imperio de la constitución; y como sabía que los federalistas lo odiaban, decidió renunciar también a la presidencia. Ante la renuncia de Nariño, ocupó el puesto de presidente Manuel Benito de Castro, sexagenario totalmente inadecuado para el tiempo y las circunstancias. En efecto, Baraya, que había regresado a Tunja, amenazaba con marchar sobre Santa Fe; la población santafereña, temerosa de la invasión de las fuerzas de Tunja, exigió al presidente que Nariño ejerciera nuevamente el poder, pues pensaban que era el único capaz de salvar la ciudad. El 12 de septiembre, llevado en triunfo por el pueblo, fue proclamado nuevamente Nariño dictador; al poco tiempo, el 4 de octubre, se estableció el congreso general de las provincias unidas de la Nueva Granada, y de inmediato iniciaron las disputas entre Nariño y el Congreso, presidido este último por Camilo Torres.

La principal disputa entre ambos era que el congreso exigía a Cundinamarca que Nariño abandonara la dictadura y retornara el gobierno representativo. Pero en Santa Fe se decidió ratificar a Nariño como dictador, y se proclamó que Cundinamarca no haría parte de las Provincias Unidas de la Nueva Granada. El congreso por su parte declaró a Nariño usurpador y tirano de Cundinamarca, y comenzó a preparar su ejército para la guerra.

Por su parte, Nariño, tras reunir una fuerza de 1500 hombres, salió nuevamente en dirección a Tunja, seguramente pensando en repetir la toma de aquella ciudad que había llevado a cabo en la

pasada campaña. Esta vez el ejército federalista le salió al encuentro en Ventaquemada, y el 2 de diciembre se libró el combate. Las fuerzas federales eran muy superiores en número, y pronto forzaron la huida del ejército de Nariño.

Tras la derrota de Ventaquemada, Nariño se replegó a Santa Fe y tomó algunas disposiciones para la defensa de la capital; al mismo tiempo despachó mensajeros ante Baraya para acordar la capitulación, pues sabía que no podía enfrentarse en campo abierto al ejército del congreso. Esta comisión encontró a Baraya y a su ejército en Chocontá, el 10 de diciembre, y luego de ser recibida con gran frialdad, retornó cuatro días más tarde, el 14, con una respuesta altanera y poco caballeresca, como correspondía a quien ya se sentía vencedor absoluto.

Tras el fracaso de la delegación, Nariño escribió una carta personal a Baraya el 19 de diciembre, ofreciendo dejar la presidencia, si se le brindaba una rendición con honor. Pero Baraya, cegado por el cebo de la victoria se decidió a cercar a Santa Fe para rendirla por hambre. A este efecto estableció su cuartel general en Fontibón y completó el cerco de la ciudad el 25 de diciembre.

Debido a las difíciles circunstancias, Nariño decidió entrevistarse con Baraya, para lo cual se desplazó el día 26 de diciembre a la hacienda de los religiosos de San Juan de Dios. La conferencia, no obstante, fue infructuosa pues Baraya se mantuvo en sus demandas de que la ciudad debía rendirse incondicionalmente. No obstante, se acordó un armisticio hasta el día 29 de diciembre. De este modo terminó aquel año, en medio de una guerra civil entre Cundinamarca y el congreso.

Aparte de los conflictos entre federalistas y centralistas, la anexión a Cundinamarca, el nombramiento de diputados y otros acontecimientos políticos y militares, aquel año de 1812 fue famoso en Chiquinquirá por la donación que hizo Antonio Paniagua Valenzuela Fajardo, de una hacienda llamada Hato Chico, al dominico Agustín Matallana; dicha donación tenía el fin de ser destinada a obras de la caridad. El padre Agustín, en un destello de clarividencia, decidió usar el usufructo de aquella hacienda para fundar “*una casa pública de estudios de latinidad, filosofía, derecho canónico y teología moral, para que los estudiantes se puedan ordenar*”. Este primer centro de estudios de Chiquinquirá parece que abrió sus puertas casi una década después, en 1825, siendo su primer rector Andrés Bermúdez. Recibió la institución el pío nombre de “*Casa de estudios de Jesús, María y José*”. Pero sobre esto, baste lo dicho.

En el inicio del año 1813, las armas tronaron nuevamente entre las fuerzas del Congreso y los nariñistas. El 5 de enero, Atanasio Girardot, al mando de un batallón de quinientos soldados del Congreso, ordenó el ataque sobre el cerro de Monserrate, defendido por una guarnición de Nariño. Tras una batalla de hora y media, en la que ambos bandos mostraron una resistencia tenaz, las fuerzas de Cundinamarca, incapaces de sostener su posición, se retiraron. Las tropas de Baraya tomaron el control del cerro, asegurando una posición ventajosa para el Congreso.

La caída del cerro de Monserrate sembró el terror en los corazones de los santaferreños, quienes temían que la ciudad sucumbiera bajo un implacable bombardeo. Pero Nariño, siempre astuto, logró que el triunfo de Girardot fuera inútil mediante una astucia digna de los estrategas más célebres de la antigüedad.

Ordenó a un pequeño destacamento cruzar el puente de San Francisco en repetidas ocasiones, doblando una esquina unas cuadras más adelante, para, regresando sin ser vistos, volver a cruzar por el mismo punto, de manera que pareciesen ser un regimiento innumerable. Con esta treta, convenció a Girardot de que una gran fuerza se le oponía. A esta farsa añadió el envío de un emisario, pretendiendo ser de parte de Baraya, quien le ordenaba a Girardot no moverse de Monserrate, pues así lo dictaba el plan de batalla.

El 6 de enero, un espía del Congreso, disfrazado de humilde comerciante, fue apresado por las tropas de Cundinamarca y, tras ser interrogado, reveló que el ataque decisivo sobre Santa Fe ocurriría dentro de tres noches. Armado con esta información, Nariño ordenó al capitán Bailly marchar contra las tropas federalistas que estaban en Usaquén bajo el mando de Antonio Morales. La batalla que siguió fue encarnizada, pero las fuerzas de Bailly salieron victoriosas, capturando treinta prisioneros y causando catorce bajas al enemigo. Esta pequeña victoria restauró la confianza de los santafereños, quienes, en su renovado fervor, vieron en Nariño a un líder de inspiración divina. Elevó a nuestro Señor Jesucristo a la dignidad de generalísimo de los ejércitos de Cundinamarca, sacando su imagen de la iglesia de San Agustín, vestida con el uniforme militar. Así fue paseada por las calles de la ciudad, bajo el clamor de un pueblo que se creía invencible al mando de aquel que antaño venció a los filisteos.

Al amanecer del 7 de enero, las fuerzas del Congreso avanzaron en dirección a San Victorino. A las once, las tropas de Cundinamarca se encontraron con los federalistas en Puente Aranda. En el enfrentamiento, la artillería de Cundinamarca hizo

retroceder a los federalistas hacia Techo, donde lograron detener el avance de 400 soldados santafereños. Al caer la tarde, los santafereños, incapaces de romper la línea defensiva, se retiraron de nuevo a Puente Aranda. Así terminó el día, sin una victoria decisiva, pero con las posiciones de ambos bandos claramente definidas.

El día 8 de enero transcurrió bajo el inquietante silencio de una tensa vela de armas. Las calles de Santa Fe, que tantas veces habían conocido el bullicio de la vida cotidiana, resonaban con gritos dispersos de '¡a las armas!', mientras la ciudad se preparaba para la inminente tormenta. Nariño, pese a su genio, sólo podía contar con dos mil hombres, mal armados y con escasos recursos, para hacer frente a los casi cinco mil que Baraya comandaba bajo el estandarte del Congreso. Finalmente, cuando llegó el día 9, Baraya, confiado en su superioridad, decidió lanzar el ataque. A la tercera hora de la noche, la primera señal de la batalla se escuchó cuando los centinelas nariñistas en el puente de San Victorino vieron las sombras avanzando y dispararon la alarma. Dos horas después, un regimiento de tres mil soldados federalistas cruzó el mismo puente, donde fueron recibidos por la valerosa resistencia de trescientos tiradores de Cundinamarca. Pero, como era previsible, aquella tropa no pudo soportar la abrumadora superioridad numérica de los atacantes, y tuvieron que retirarse. El regimiento federalista avanzó, decidido a tomar el corazón de la ciudad; pero, cuando llegaron a la esquina de la Carnicería, un milagro inesperado alteró su curso. Se dice que la mismísima Virgen María se les apareció, indicándoles que no siguieran hacia el centro, sino que se dirigieran a la plaza de San

Victorino y así lo hicieron, como si la voluntad divina guiara sus pasos.

Al llegar a la plaza de San Victorino, las tropas del Congreso se enfrentaron a los nariñistas, y el combate continuó durante dos horas. A las siete de la mañana, cuando la batalla estaba en su momento más intenso, un pelotón de Cundinamarca logró posicionar una pieza de artillería detrás de la Capuchina, cubriendo la calle de la Alameda. El cañón, disparando metralla, desorganizó las filas del Congreso, provocando el pánico y la desbandada. Los federalistas, incapaces de mantener la cohesión, huyeron en desorden y muchos fueron aplastados, en la confusión, por sus propios compañeros. En medio de esta retirada caótica, mujeres que salían de las casas cercanas, armadas con palos y utensilios de cocina, se unieron al combate, lo que provocó la rendición de varios batallones del Congreso, completamente desmoralizados.

El resultado de aquella sangrienta jornada fue devastador para los federalistas, con un saldo de seiscientos muertos y mil doscientos cincuenta y cinco prisioneros entre las filas de Baraya, mientras que las pérdidas de los nariñistas no llegaron a cinco caídos. Jamás se había presenciado una derrota tan inesperada y aplastante. Entre los trofeos capturados por las victoriosas tropas de Cundinamarca se encontraban el estandarte personal del general Baraya y el sable de Antonio Ricaurte, símbolos del poder y la dignidad de aquellos caudillos ahora humillados. Además, veintisiete cañones, tres mil fusiles, treinta cajones de metralla y seis mil cartuchos pasaron a manos de los vencedores, junto con innumerables provisiones y municiones. Entre los prisioneros,

destacaba el gobernador de Tunja, Nepomuceno Niño, cuya intervención había encendido las llamas del conflicto.

La gloriosa victoria de Nariño y las fuerzas de Cundinamarca puso fin, finalmente, a la cruel contienda con el Congreso, que durante tanto tiempo había dividido a la patria. Poco después, se selló la paz mediante un tratado, por el cual Cundinamarca, firme en su propósito independentista, acordó enviar ayuda militar a Simón Bolívar y a los patriotas del Cauca, con el objetivo de frenar la temida invasión española que, como una tormenta del sur, amenazaba con arrasar toda la Nueva Granada. El 28 de junio, el colegio electoral de Cundinamarca, en reconocimiento a sus múltiples victorias y al ardor con que defendió la libertad, nombró a Nariño teniente general del ejército, confiándole la dirección de la gran campaña del sur. No mucho después, el 16 de julio, Cundinamarca proclamó solemnemente su independencia absoluta de España, sellando así su destino con la libertad y reafirmando su lugar en la historia entre los pueblos libres.

Sin embargo, la campaña de Nariño en el sur, tras algunas victorias iniciales, terminó en desastre, siendo definitivamente derrotado en los ejidos de Pasto el 10 de mayo de 1814. Aprovechando la ausencia del caudillo centralista, el Congreso, bajo el liderazgo de Camilo Torres, ordenó a Simón Bolívar, quien acababa de regresar derrotado de Venezuela, que atacara y tomara Santa Fe. La orden se cumplió el 12 de diciembre de 1814, cuando Manuel Bernardo Álvarez, dictador de Cundinamarca, se rindió. A pesar de la rendición de la ciudad, Bolívar no pudo controlar a sus tropas, y Santa Fe fue saqueada durante dos días por el ejército del Congreso. Luego, el 19 de diciembre,

Cundinamarca fue incorporada como provincia en la Unión Federal. José Miguel Pey fue nombrado gobernador interino de Cundinamarca, y el Congreso estableció su sede en la antigua sede del virreinato, que se convirtió en la capital de las Provincias Unidas de la Nueva Granada. A pesar de la derrota, Cundinamarca retuvo gran parte de su territorio, incluyendo el cantón de Chiquinquirá.

Pero una vez más, acontecimientos de gran trascendencia en el otro lado del océano iban a perturbar la recién establecida paz en estas comarcas. En el año de 1812, Napoleón había lanzado su ambiciosa campaña en Rusia, con la intención de forzar a esta nación a someterse a su denominado sistema continental. Aunque los inicios de la campaña se vieron acompañados de algunas victorias, la tenaz resistencia de los rusos en Borodinó, el incendio deliberado de Moscú y el implacable frío del invierno en la estepa resultaron en la aniquilación del ejército francés, hundiendo así el imperio napoleónico, que finalmente capitularía el 11 de abril de 1814. Aunque casi un año después el temor a Francia y a Napoleón resurgiría con su regreso de Elba, por el momento parecía que la calma empezaba a restablecerse en Europa. España, liberada ya de la ocupación francesa, se preparaba para recuperar las colonias que había perdido en el fragor de la guerra.

Aunque España, abatida por la desgracia y las largas guerras había quedado devastada, el rey, haciendo uso de la fuerza y el ingenio que el destino concede a los soberanos en los tiempos de mayor necesidad, logró reunir una fuerza expedicionaria de 11,000 hombres, con 18 piezas de artillería a caballo y dos imponentes cañones de asedio. Al frente de esta armada marchaba

el navío de línea San Pedro de Alcántara, escoltado por dos fragatas, seguido de innumerables buques de transporte que llenaban el horizonte con la esperanza del monarca puesta en ellos.

El mando de la expedición fue confiado a Pablo Morillo, un general curtido en el fuego de las guerras napoleónicas, cuya pericia militar le había hecho merecedor de la confianza del soberano. Sin embargo, aunque sus tropas parecieran numerosas ante los ojos de un observador desprevenido, pronto se evidenciaría la magnitud de la tarea que se le encomendaba: la reconquista de la Capitanía General de Venezuela y del vasto Virreinato de la Nueva Granada, territorios que se extendían como un mar inmenso y agreste, difíciles tanto por su geografía como por el ánimo inquieto de sus poblaciones.

Pero no fue sólo la extensión de las tierras lo que habría de poner a prueba a Morillo, sino su propia dureza inflexible. Pues si el comandante hubiera mostrado moderación y clemencia, castigando sólo a los principales cabecillas y tratando con benevolencia al pueblo, muy pronto este habría vuelto a inclinarse ante el cetro real. Entre los mestizos, esclavos y los indígenas, los conceptos de libertad y república eran aún como tiernos brotes en terreno inhóspito, sin haber echado raíces profundas. Tres siglos de obediencia a la Iglesia y a la monarquía habían adormecido sus espíritus, haciéndolos más propensos a seguir los dictados de los obispos y de los reyes que a abrazar las nuevas ideas de la revolución francesa.

La armada, zarpó de Cádiz en los primeros días del año 1815, surcó el océano con celeridad, y en el mes de abril arribó a las

costas de Venezuela. Apenas desembarcado, Morillo, con el mismo rigor con que había conducido sus tropas, organizó el gobierno de la provincia y se preparó para avanzar hacia la Nueva Granada. En el mes de julio, al mando de 5,000 hombres, llegó a Santa Marta, ciudad que se había mantenido leal al rey en medio de las agitaciones que sacudían el virreinato.

Así, al no encontrar oposición en Santa Marta, volvió su atención a Cartagena, una plaza de suma importancia estratégica para la Nueva Granada. Decidido a someterla, se dispuso a ponerle sitio con la misma resolución que lo había caracterizado en otras campañas. Entretanto, los cartageneros, conscientes del peligro que se cernía sobre ellos, no se dejaron abatir por el temor. Con el vigor que a menudo despiertan las causas desesperadas, lograron reunir 3,700 hombres y emplazaron 66 cañones en las murallas y bastiones que protegían el puerto, preparándose para resistir el embate del ejército realista.

Como un asalto directo hubiera traído consigo grandes pérdidas para los españoles y acaso una derrota irreparable, Morillo, prudente en la adversidad, decidió cercar la ciudad, confiando en que el hambre, esa arma silenciosa y cruel, doblegaría el espíritu de los sitiados. Y no fue sólo el hambre quien azotó a los cartageneros, sino también la peste, su inseparable compañera en los asedios, que extendió su sombra sobre la ciudad, cobrando innumerables vidas. No obstante, la resistencia fue llevada hasta los límites de lo posible, y no fue sino el 6 de diciembre cuando la plaza, exhausta y arruinada, cayó finalmente en manos de Morillo.

El aspecto de la ciudad en nada difería de la visión dantesca que los romanos hallaron en la legendaria Numancia, arrasada por su propia determinación. Por las calles y en las casas, los cadáveres yacían abandonados, algunos de los cuales acababan de sucumbir al implacable rigor del hambre, mientras otros, muertos días antes, se apilaban en tal número que no había manos suficientes para sepultarlos. Aún caminaban entre ellos algunos desdichados, apenas sostenidos por un hilo de vida, próximos a caer en el abismo de la muerte por necesidad. El aire estaba tan corrompido que apenas podía respirarse, y la atmósfera se tornaba insoportable para quienes intentaban aún sobrevivir. No quedaba en estos miserables habitantes sino el llanto y la desolación, y en la ciudad no se percibía otra cosa que la huella de la desesperanza y la ruina total.

La victoria en el sitio de Cartagena, si bien proporcionó a Morillo un valioso botín de guerra —366 cañones, 9,000 bombas, 4,000 fusiles y una ingente cantidad de pólvora requisada en el arsenal—, tuvo un costo elevado en vidas humanas. Cerca de 3,000 de sus hombres perecieron, una pérdida que, en la práctica, era irreparable. No se trataba de soldados comunes, sino de veteranos endurecidos por las largas campañas contra Napoleón, militares que, tras años de batallas, habían aprendido los secretos de la guerra, y cuya experiencia y valentía les hacían equivaler a cinco o seis reclutas recién alistados.

El año 1815, memorable en los anales de la historia de Chiquinquirá, fue señalado por un hecho que vincula a la comunidad dominica con el destino de las Provincias Unidas de la Nueva Granada. En aquellos días aciagos, cuando la patria buscaba desesperadamente sostener sus fuerzas ante la amenaza

que la cercaba, los dominicos, lejos de permanecer ajenos a las necesidades de la nación, contribuyeron con sus recursos a las arcas vacilantes del joven Estado. José Acevedo y Gómez, hombre de gran ardor patriótico y firme en su determinación de salvar a la república naciente, dirigió una carta al prior de Chiquinquirá, Miguel Garnica, el 19 de enero de 1815. En dicha misiva, confiaba en que el espíritu religioso, guiado por los principios de caridad y deber, socorriera las necesidades del pueblo, y que los tesoros del convento se unieran al sacrificio que los ciudadanos de Nueva Granada ofrecían por la libertad:

“Ya se removió el obstáculo que oponía el gobierno de esta provincia al gobierno general de las demás que componen la confederación de la Nueva Granada, para que pudiese salvarse el estado y asegurar su independencia de cualquier autoridad extranjera. Pero los bandidos que han assolado la rica y bella Venezuela; estos caníbales sedientos de sangre americana, no contentos con haber convertido aquellos países en un desierto espantoso, cubierto de escombros y cadáveres de nuestros hermanos, amenazan de cerca a nuestra patria, acosados por las armas republicanas, victoriosas en las provincias orientales de la misma Venezuela. El gobierno general ha hecho marchar los ejércitos de la Unión por diversas vías para contener la impetuosidad de esos bárbaros; pero exhausto el tesoro nacional y en la necesidad de proveer la caja militar para sostener a los valientes defensores de la libertad, ha pedido al gobierno de Cundinamarca un suplemento de trecientos mil pesos. El gobierno de Cundinamarca me comisionó para que solicitase una cantidad considerable por vía de préstamo forzoso en los partidos municipales que hacen el distrito confiado a mi

administración; he dado las providencias conducentes para exigir lo que creo pueden contribuir estos países, más nunca será lo que se necesita. La venerable comunidad del convento de predicadores de esta villa sobre haber dado siempre pruebas de patriotismo, así como toda esa benemérita religión, tiene un interés muy especial en que se salve el estado, y con el precioso santuario de nuestra Señora, cuyo templo, por la fama de sus riquezas, sería el primero que profanaría la impiedad y la avaricia de los asesinos del Norte. Por tanto, ocurro a vuestra paternidad muy reverenda y a la venerable consulta, pidiéndoles un préstamo voluntario, en numerario o alhajas preciosas, en la inteligencia de que el Gobierno, a más de responder con la hipoteca de las rentas generales, que consisten en el producto de las aduanas, de los puertos, alcabalas de lo interior, salinas, casas de moneda, quintos de oro y otros muchos ramos, pagará religiosamente, mientras pueda redimir el capital, los réditos que sean justos. Si vuestra paternidad muy reverenda puede prestar tan importante servicio a la patria, se sentará la partida en la tesorería con la expresión correspondiente y se dará certificación para resguardo y constancia del crédito.”

Ese mismo día, el prior y los demás monjes del convento acordaron de forma unánime entregar todas las posesiones que tenían al gobierno para la defensa de la nación. La respuesta que se despachó a Acevedo y Gómez no puede ser más contundente: *“Nuestra señora del Rosario de Chiquinquirá está pronta a desnudarse de las alhajas que adornan su venerable imagen, siempre que el gobierno general destine su producto para sostener la independencia de la Nueva Granada y la libertad de sus pueblos, a cuya piedad debe esos adornos.”* Las riquezas que

se entregaron por parte de Chiquinquirá y de su comunidad religiosa al gobierno de las provincias unidas de la nueva Granada fueron: 1233 pesos²¹, 18 marcos de plata, un pisis de oro, un collar de oro con cuarenta esmeraldas y peso de 18 castellanos²²; una cruz de oro con 17 esmeraldas y peso de 4.5 castellanos; unos zarcillos de oro con dos aguacates y diez esmeraldas chicas con peso de cuatro castellanos. Un lazo de oro con cruz de lo mismo y seis esmeraldas, peso de 2 castellanos. Un alfiler de oro con una gran esmeralda y doce chicas alrededor, peso de 1.5 castellanos. Un aguacate de esmeralda engastado en oro; una sortija de oro con una esmeralda cuadrilonga en el centro y dos pequeñas a los lados, con peso de un castellano; otra idéntica con 8 esmeraldas pequeñas al relé y un diamante rosa en el centro; otra idéntica con 18 esmeraldas pequeñas; otra idéntica con once diamantes chicos. Otra idéntica con una esmeralda pequeña; otra idéntica con una gran perla. Un cintillo de oro con 16 calabazas de media pulgada y seis cuentas de filigrana del tamaño de una avellana y 8 más pequeñas. Un rosario de oro de cinco dieces, su escudo, cruz y estampas de lo mismo; otro idéntico de cuentas desiguales y un relicario de la divina pastora. Un cintillo de oro de Nuestra Señora de los dolores, de peso de 5 castellanos. Un medallón de San Ignacio y siete perlas alrededor con peso de doce castellanos. Unos zarcillos de oro y granetes, y otros idénticos con pendientes de vidrio. Un corazoncito de oro con peso de un castellano. Una redomita de vidrio verde engastada en oro, con peso de 8 castellanos. Una cadena de oro con peso de 19 castellanos. Un fajón de brillantes y esmeraldas

²¹ Un peso de la época equivaldría hoy día a un valor entre 50 y 100 USD.

²² Un castellano equivalía aproximadamente a 4.6 gramos.

consagrado por la duquesa de Alba por valor de 25000 pesos. Un conjunto de brillantes, rubíes, jacintos, esmeraldas y perlas, valoradas en 70000 pesos.

Un tesoro tan vasto, acumulado a lo largo de tres siglos por la devoción y el celo de generaciones, nunca fue devuelto a las manos de la Iglesia. Y mientras las riquezas se dispersaban, los destinos del reino seguían el curso de la guerra. A principios del año 1816, habiendo sometido por completo la provincia de Cartagena bajo su dominio, Morillo, no satisfecho con esta victoria, decidió extender su campaña hacia el interior del país. Dejando una guarnición sólida en las costas para asegurar lo ya conquistado, fragmentó el resto de su ejército en cuatro divisiones.

La primera de estas avanzó hacia las tierras de Ocaña, con el propósito de someter el Socorro. La segunda fue enviada al lejano y áspero Chocó, región de difícil acceso pero de importancia estratégica. Una tercera, audaz y resuelta, remontó el curso del río Cauca, enfrentándose a las corrientes y las tierras montañosas. La cuarta, por último, siguió el curso del río Magdalena, como si el destino mismo la condujera por aquella vasta arteria hacia el corazón del país. Así, con orden y previsión, Morillo desplegaba sus fuerzas, decidido a no dejar rincón de Nueva Granada fuera del control del rey.

Mientras tanto, en el altiplano, la noticia de que las fuerzas del general realista Calzada habían derrotado a los patriotas en las tierras que hoy conocemos como Santander y se habían apoderado de Vélez, sembró el pánico entre la población. Camilo Torres, previendo el desastre, actuó con prontitud y nombró a

Manuel Serviez como general de los ejércitos de la Unión, colocando a Francisco de Paula Santander como segundo al mando. En marzo del año 1816, Serviez asumió el mando supremo y estableció su cuartel general en Puente Real, el cual, los siglos posteriores llamarían Puente Nacional.

Sin embargo, la desproporción de fuerzas entre ambos ejércitos era tan grande que el general neogranadino, comprendiendo la magnitud del peligro, decidió replegarse hacia Santa Fe, temiendo que los realistas, con su ímpetu, pudieran adelantarse y tomar la capital antes de que él pudiera defenderla. A su paso por Chiquinquirá, Serviez requisó el venerado cuadro de la Virgen, con la esperanza de levantar el ánimo de sus tropas y usar la imagen sagrada como un talismán protector del ejército patriota. También, en un acto de previsión, destruyó el puente recién construido en La Balsa, con el propósito de dificultar el avance de las fuerzas españolas. Según este relato, el puente de la Balsa que hoy se puede apreciar, sería una reconstrucción posterior. Sin embargo, no encuentro en ningún historiador la fecha de esta restauración, y tampoco existe en el puente ninguna placa que atestigüe el año exacto de su construcción.

El 20 de marzo de 1816, a la hora nona, el cuadro fue arrancado de su altar, a pesar de las súplicas y reticencias de los monjes dominicos y de los habitantes de Chiquinquirá, quienes no querían separarse de su preciada reliquia. Algunos de los monjes, movidos por su devoción y sus votos sagrados, decidieron seguir el cuadro en su marcha con el ejército, dispuestos a soportar los rigores de la milicia antes que abandonar su deber sagrado.

El 5 de mayo, las tropas patriotas, junto con el sagrado cuadro, hicieron su entrada en Santa Fe, mientras que las fuerzas españolas ya habían ocupado la cercana Zipaquirá. En esos días críticos, José Fernández Madrid ocupaba la presidencia de la Unión pero, ante el peligro inminente y la sombra del enemigo avanzando, optó por abandonar la capital. A su ejemplo, el general Serviez decidió también retirarse, dirigiéndose hacia Cáqueza, donde prometió entregar la venerada imagen antes de que él y su ejército tomaran el rumbo hacia los inhóspitos llanos orientales.

Este audaz repliegue hacia las tierras salvajes, lejos de las comodidades y la seguridad, resultó ser una maniobra decisiva que, sin duda alguna, salvó la patria. En aquella difícil marcha se preservó un núcleo de ejército, pequeño pero resistente, que años más tarde, bajo el genio militar de Bolívar, expulsaría para siempre al invasor. Así, lo que entonces parecía una huida desesperada, fue en realidad el germen de la victoria futura.

Es indudable que la patria, en su ceguera, no ha rendido los honores debidos al general Serviez, aquel que, con su determinación y previsión, mantuvo viva una llama de esperanza cuando todo parecía perdido. A él, en gran parte, debemos que un hilo de vida permaneciera en la causa patriota, de donde más tarde brotaría la libertad.

En cuanto al cuadro de la Virgen de Chiquinquirá, después de la retirada patriota, fue encontrado por un pelotón español bajo las órdenes de Antonio Gómez en las inmediaciones de Samaná. Con gran júbilo, fue llevado en triunfo a Santa Fe. Finalmente, en el mes de junio del año 1816, la reliquia regresó a la Basílica de

Chiquinquirá. Según los testimonios de la época, nunca se habían visto en aquel lugar celebraciones tan grandiosas como las que acompañaron el regreso del sagrado cuadro. Los habitantes, impulsados por una mezcla de devoción y alegría, organizaron fiestas que duraron días, como si la Virgen misma hubiera concedido a su pueblo un nuevo destino.

Pocos días antes del regreso del cuadro, Morillo había pasado por Chiquinquirá en su marcha hacia Santa Fe. La mayoría de los principales del pueblo, temiendo las represalias, habían huido. Sólo José Joaquín Casas Novas, un hombre de edad tan avanzada que sus años parecían rozar lo legendario, permaneció en el lugar. Morillo, al verlo, no lo sometió al rigor de las armas, respetando su avanzada edad, una rareza en esos tiempos de furia y guerra. Sin embargo, el prior Garnica, firme partidario de la independencia junto a su hermano, no tuvo la misma fortuna. Morillo, inclemente, lo apresó y lo obligó a marchar a pie hasta Zipaquirá, sin mostrar compasión por su condición religiosa.

Mientras tanto, en Santa Fe, Francisco de Paula Ley, prior del convento dominico de esa ciudad, quien también había apoyado la causa de la independencia en los momentos más sombríos de la guerra, se retractó de sus acciones anteriores al ver el poder de los realistas restablecido. Con su arrepentimiento obtuvo el indulto del rey, aunque es posible que la vergüenza por su traición a la patria le pesara en la conciencia. No obstante, movido quizá por un remordimiento sincero, se dedicó a interceder por sus correligionarios. Entre ellos estaba el prior de Chiquinquirá, a quien finalmente salvó de la condena. El propio Francisco de Paula Ley relataba más tarde: *“He conseguido que los conventuales de Chiquinquirá que firmaron el Acta de donación*

a favor del ilegítimo gobierno hayan sido indultados mediante el amplísimo y Real indulto de nuestro Rey”. Así, gracias a los esfuerzos de Francisco de Paula Ley, los monjes de Chiquinquirá recibieron el perdón real a finales de 1817.

En Santa Fe, Morillo, como si se creyese ejecutor de los designios más crueles, se ensañaba con la sangre de los patriotas. No pasaba día sin que decenas de hombres fueran llevados al patíbulo, y se diría que los tiempos de las implacables persecuciones de Sila, tan temidas por Roma, habían regresado, mas esta vez a la capital de la Nueva Granada. Pero no sólo en la sangre se ocupaba Morillo, pues, ambicionando fortalecer su dominio, acometió impresionantes obras de infraestructura. A imitación de los antiguos romanos, ordenó la construcción de siete grandes vías, cuyo propósito era acelerar el movimiento de sus legiones. Para ello, gravosos tributos fueron extraídos del pueblo. Sin embargo, así como las hazañas de los hombres son efímeras frente al poder de la naturaleza, estas obras grandiosas no resistieron el paso del tiempo. Las fuerzas indómitas de los montes y selvas devoraron aquellas carreteras en pocas generaciones, dejando sólo el eco de una ambición fugaz. Finalmente, después de seis meses de incesante derramamiento de sangre, Morillo abandonó la capital el 15 de noviembre de 1816, dirigiéndose a Venezuela, donde la fortuna de España se tambaleaba.

Al partir Morillo, dejó al frente de la capital a Sámano quien aún no conoce el destino que el curso de los tiempos le ha reservado: el de ser el último virrey de esta patria que gime bajo su bota. Fiel a las órdenes de su superior, Sámano continúa con las ejecuciones y se cuentan ya por miles los ajusticiados bajo su mano implacable. Pero el descontento, que ya había prendido en todos

los rincones del país, no hace sino crecer y con él la actividad de las guerrillas. Apenas asumido el mando de su gobierno, estalla en Casanare una revuelta que ningún poder logra contener. Los jinetes llaneros, hombres indómitos, combaten con una fiera que trae a la memoria a la caballería nómada de Massinisa o a los temidos arqueros partos. Estos guerreros, acostumbrados a vivir a caballo y a enfrentar caimanes por simple entretenimiento, representan un desafío insuperable para los ejércitos regulares. Contra ellos, Sámano envía al coronel Bayer, cuyo valor se había demostrado en la reconquista del Chocó. Sin embargo, el destino de Bayer fue rápido y trágico: emboscado y ejecutado junto con muchos de sus hombres, selló con su sangre el dominio de los llaneros sobre Casanare, que pronto cayó enteramente en manos de los rebeldes.

El ejemplo de los llaneros del Casanare, junto con los patíbulos que, como oscuros presagios, cubrían toda la Nueva Granada, fue el germen que encendió nuevas llamas de insurrección. En el Cauca, en Anserma y en Tunja, se levantaron movimientos guerrilleros inspirados por la desesperación y la sed de libertad. Entre las montañas de Boyacá y Santander, la temida guerrilla de la Niebla sembraba el terror entre los enemigos, extendiéndose como una sombra sobre esas tierras. En la región de Güepa, Villa de Leyva y Samacá, Vicente Rafael García, natural de Chiquinquirá e hijo de José García, el líder de los comuneros, encabezaba otra partida rebelde. La tradición cuenta que esta guerrilla estaba formada por la juventud entera de Chiquinquirá, que, ante la llegada de Morillo en 1816, había abandonado su ciudad, buscando resistir antes que someterse. Aún resuenan los

ecos de su valentía entre los valles y montañas que fueron testigos de su lucha.

Sin embargo, entre todas, la guerrilla más renombrada fue la de los hermanos Almeida, quienes osaron levantar su bandera en la misma sabana de Bogotá. Su audacia les permitió ocupar Chocontá y amenazar con su presencia las tierras de Suesca y Nemocón, extendiendo el temor en los dominios virreinales. Frente a tal desafío, Sámano no vaciló en enviar tropas bajo el mando de Carlos Tolrá, con la misión de sofocar esta rebelión. El encuentro entre los guerrilleros y las fuerzas de Tolrá se dio en Chocontá, donde los rebeldes, superados por el poderío enemigo, se dispersaron. Los hermanos Almeida, luego de evitar la captura, huyeron a los refugios seguros del Casanare. Estos acontecimientos fortalecieron la posición de Sámano, y en 1818, cuando el virrey Montalvo presentó su renuncia, Morillo, confiando en la mano firme de su fiel sucesor recomendó que fuera Sámano quien ocupara el puesto de Virrey.

Destruída la guerrilla de los hermanos Almeida, el nuevo virrey, deseoso de restaurar el dominio de la Corona sobre el Casanare, se vio frenado por la falta de una caballería robusta y de un comandante digno de tal empresa. Ante esta carencia, Morillo envió a José María Barreiro, acompañado de varios oficiales de caballería, con el encargo de reorganizar el ejército del virreinato y preparar una expedición hacia los llanos. Barreiro llegó a Santa Fe en agosto de 1818 y, tan grande era su talento militar y su capacidad organizativa, que en solo cuatro meses había reunido bajo sus órdenes a 4,500 infantes y 600 jinetes. Con estas fuerzas, Barreiro trazó los planes para invadir el Casanare, y en abril de 1819 dio comienzo a su empresa. Sin enfrentar grandes

obstáculos, se apoderó de Pore y de allí se dirigió hacia el paraje conocido como la Laguna.

Durante la marcha, la caballería patriota hostigaba sin descanso a los realistas, evitando la confrontación directa. Pronto, los caballos españoles, desacostumbrados al clima y al terreno pantanoso, comenzaron a sucumbir. Como si los dioses mismos quisieran desafiar la voluntad del invasor, la temporada de lluvias se abatió sobre el ejército, añadiendo nuevas penurias a las ya sufridas tropas peninsulares. Barreiro, viéndose forzado por las adversidades, decidió replegarse a Pore. Allí, la situación se agravó aún más cuando varios de sus jinetes desertaron al bando patriota. Temeroso de que estas deserciones se multiplicaran, y con las provisiones y municiones menguando, Barreiro emprendió la retirada hacia el altiplano. Con ello, los patriotas se alzaron con una suerte de victoria tan necesitada, que sirvió para restaurar su moral en uno de los momentos más oscuros de su lucha.

El verdadero artífice de esta victoria fue el general neogranadino Francisco de Paula Santander. Este hombre, tras haber huido con Serviez a los llanos, se distinguió en numerosas ocasiones bajo las órdenes de Bolívar, quien, reconociendo su valor y pericia, le confió la comandancia del Casanare. Su misión, en palabras del propio Libertador, era *"crear cuanta infantería sea posible, disciplinarla e instruirla, de modo que el cuerpo de usted, que es la vanguardia del ejército, no sea inferior a los demás que no tienen el honor de precederle en las marchas."* A pesar de los escasos recursos y de la pobreza de aquellas tierras, donde los habitantes vivían casi exclusivamente del ganado para su

sustento, el genio organizador de Santander se manifestó de inmediato.

En pocos meses, había levantado un ejército de dos mil hombres, y con gran audacia, incluso estableció una casa de moneda, asegurando así los medios necesarios para sostener la causa patriota. De esta manera, en medio de la adversidad, Santander forjó una fuerza capaz de rivalizar con las mejores tropas, demostrando que el talento y la determinación podían superar cualquier obstáculo. Cabe anotar que este año de 1818, el 24 de diciembre, murió el padre Miguel Garnica, a quien en gran parte se debía la edificación del nuevo templo de Chiquinquirá, del que se puede sin duda afirmar que es la mayor joya arquitectónica del moderno departamento de Boyacá.

Luego de la retirada de Barreiro, Santander lanzó algunas incursiones en la cordillera oriental, ocupando Paya y amenazando Garagoa. Estas acciones forzaron a Barreiro a establecer guarniciones permanentes en los principales pasos de montaña para impedir un posible avance de los patriotas. También llevaron a Bolívar a emprender su más grandiosa campaña, aquella que dio la libertad definitivamente a la Nueva Granada. Escuchemos lo que el mismo Bolívar nos cuenta de sus andanzas luego de haber dirigido la toma de Bogotá por las fuerzas del congreso: *“Cartagena fue el sepulcro del ejército que debía dar vida a Venezuela. Yo lo abandoné todo por la salud de la patria: voluntariamente adopté un destierro que pudo ser saludable a la Nueva Granada y también a Venezuela. La providencia ya había decretado la ruina de estas desgraciadas regiones, y les envió a Morillo con un ejército exterminador. Yo busqué asilo en una isla extranjera y fui a Jamaica solo, sin*

recursos y sin esperanzas. Perdidas Venezuela y la Nueva Granada, todavía me atreví a pensar en expulsar a los tiranos. La isla de Haití me recibió con hospitalidad; el magnánimo presidente Alejandro Petión me prestó su protección y bajo sus auspicios formé una expedición de 300 hombres, comparables en valor, patriotismo y virtud a los compañeros de Leónidas. Casi todos han muerto ya. Al llegar a la isla Margarita, una asamblea general me nombró jefe supremo de la nación; mi ánimo fue convocar allí al congreso; pocos meses después lo convoqué en efecto; los sucesos de la guerra no permitieron sin embargo este acto abnegado de voluntad nacional.”

Tales fueron, pues, las acciones de Bolívar, que él mismo relata con una solemnidad que bien podrían envidiar los más grandes analistas latinos. Informado de los acontecimientos en el Casanare, el Libertador envió una misiva a Santander, advirtiéndole que se preparara para una operación de gran envergadura. El 23 de mayo de 1819, Bolívar convocó a sus comandantes a un consejo de guerra en la aldea de Setenta²³, a orillas del río Apure. Sentados sobre las blancas calaveras de reses sacrificadas para su sustento, aquellos improvisados magistrados deliberaron y aprobaron el plan del Libertador. Sin demora, se enviaron mensajeros a Santander y Páez, para que ambos se prepararan para las próximas operaciones.

La genialidad de la campaña planeada por Bolívar se resume en sus propias palabras: *"Hace mucho tiempo estoy meditando esta empresa, y espero que sorprenderá a todos, porque nadie está preparado para oponérsele."* Con estas palabras, Bolívar no sólo

²³ Venezuela

demostraba su audacia y su previsión, sino también su firme convicción en la victoria, confiando en que lo inesperado de su plan desbordaría toda resistencia que el enemigo pudiera ofrecer.

El 27 de mayo, el Libertador partió de El Mantecal²⁴, al frente de un ejército compuesto por 1,300 infantes y 800 jinetes, divididos en cuatro batallones de infantería y tres escuadrones de caballería. A la vista, el ejército ofrecía un espectáculo de gran diversidad. Los legionarios británicos marchaban envueltos en sus uniformes de paño, mientras que los jinetes, más ligeros, vestían apenas con pantalones que les llegaban a la rodilla y camisas de faldones largos y sueltos, de manga corta, que facilitaban el manejo de la lanza. La mayoría de la infantería americana avanzaba sin camisa, y sólo algunos llevaban un tosco morrión de cuero. A simple vista, aquella hueste se asemejaba más a una turba de pordioseros que al ejército destinado a liberar a cinco naciones.

Bolívar, astuto en el arte de la guerra, envió a Páez con una numerosa caballería a escaramucear en la región de Cúcuta, con el propósito de distraer a Morillo e impedirle enviar refuerzos a la Nueva Granada. Entretanto, el grueso del ejército cruzaba el río Arauca y penetraba en el Casanare, luchando no sólo contra el enemigo, sino también contra las implacables fuerzas de la naturaleza. Las lluvias, constantes y torrenciales, hacían que los ríos desbordaran sus cauces, transformando las sabanas en vastos mares. Las tropas avanzaban con el agua hasta la cintura, mientras las municiones eran transportadas en improvisadas chalupas de cuero, lo que ponía a prueba su resistencia y determinación.

²⁴ Venezuela

El 12 de junio, tras soportar grandes penalidades, las fuerzas de Bolívar y Santander finalmente se reunieron en Tame, en la provincia de Arauca. Desde allí, el ejército emprendió su marcha hacia Pore. El 22 de junio comenzó la ascensión de la cordillera, siguiendo el camino del páramo de Pisba, un sendero poco transitado durante el verano y completamente abandonado en el invierno. Este arduo paso se cobró la vida de innumerables hombres y caballos, no acostumbrados al severo clima de las montañas ni a los angostos senderos que serpenteaban sobre acantilados cortados a pico.

El 27 de junio, al llegar a Paya, el ejército libertador se enfrentó y aplastó a los 300 defensores españoles que allí habían sido apostados por Barreiro. El 6 de julio, las fuerzas de Bolívar arribaron a Socha, donde los habitantes, en un acto de valor y entrega, despojándose de sus vestiduras, vistieron a los hombres del ejército libertador. Usando Socha como un oasis para la recuperación de sus tropas, Bolívar, en pocos días, logró reunir nuevamente una abundante cantidad de caballos para sus llaneros, pues la mayoría de sus jinetes habían quedado desposeídos de montura tras las duras pruebas de las montañas.

Grande fue la sorpresa de Barreiro al saber que el ejército patriota había cruzado la cordillera y aparecido en el altiplano; inmediatamente se unió a los 1500 hombres que tenía concentrados en Sogamoso y avanzó sobre Corrales y Gámeza, situándose en una posición defensiva favorable en Tópaga, desde donde controlaba el paso del río.

Luego de una fuerte escaramuza el día 12 de Julio, Bolívar se ubicó en Tasco, a esperar a la legión británica y a otros

regimientos que venían rezagados. Tras agrupar sus fuerzas, se abalanzó sobre el valle de Cerinza, forzando a Barreiro a abandonar la posición de Tópaga y a atrincherarse en los llamados molinos de Bonza, cubriendo la ruta a la capital del virreinato. Aquella posición también era muy ventajosa por los parapetos y fosos que les proporcionaban a las fuerzas de Barreiro cobertura a la vez que la oportunidad de acribillar al atacante.

El 20 de Julio, Bolívar avanzó por el llano de Bonza, ofreciendo combate al general español, pero este último se negó a abandonar la excelente posición que ocupaba. Ante la imposibilidad de forzar al enemigo a un combate en campo abierto, Bolívar inició la marcha el día 25 de Julio por el camino del Salitre de Paipa. A primera hora, la vanguardia patriota cruzó el río Sogamoso, que corre sinuoso por la llanura de Bonza y hacia el mediodía, los exploradores informan a Bolívar que el ejército realista se ha movido, y ha ocupado las alturas que cierran el camino en el llamado Pantano de Vargas.

En aquellos aciagos días, corría por en medio de aquel campo la quebrada de Vargas, que al llegar a aquel terreno se desparramaba formando innumerables humedales y bajíos, a los cuales debía el nombre el lugar. A las 12:00 Bolívar ordenó a Santander tomar las alturas en el flanco izquierdo, el denominado pico de La Guerra, mientras Anzoátegui, con la retaguardia patriota, intentaba tomar el cerro del Cangrejo.

En tres oportunidades los batallones patriotas Rifles, Barcelona y Cazadores fueron repelidos por los españoles Primero del Rey, Tambo y Numancia. Entonces Bolívar envió, como refuerzo, a los Bravos de Páez y a la legión británica, al mando de James

Rooke. La victoria se inclinaba hacia Barreiro, tanto, que a las 5:00 el español gritó: “Viva España, ni Dios me quita la victoria”. Como la situación de los patriotas se tornaba difícil, y existía la posibilidad de que la caballería española acabara envolviendo a todo el ejército republicano, Bolívar ordenó al coronel Rondón atacar con su caballería. Esta caballería contaba con monturas de refresco, recién traídas de la hacienda Niño; este factor inclinó la voluntad de la fortuna en favor de las armas patriotas, pues la famosa carga de Rondón y sus jinetes pararon en seco la ofensiva española, y lograron que desalojaran el cerro del Cangrejo, pereciendo en la acción casi todos los Húsares de Fernando VII. Entonces comenzó un fuerte aguacero que terminó con la batalla. Leamos el parte de Barreiro al virrey Sámano de aquella desastrosa jornada para la causa española:

“La columna de reserva recibió la orden de flanquearlos y la caballería de cargarlos en el desfiladero por donde se hallaban precisados a retirarse. Su destrucción era inevitable y tan completa que ni uno solo hubiera podido escaparse de la muerte. La desesperación les inspiró una resolución sin ejemplo. Su infantería y su caballería, saliendo de los abismos en que se hallaban, treparon por aquellos cerros con furor. Nuestra infantería que por un ardor excesivo y por lo escarpado de la posición se hallaba desordenada, no pudo resistir sus fuerzas; sin embargo, les disputó a palmos el terreno y cedieron la posición al enemigo después de la más obstinada defensa. Reforzadas por otras dos compañías de la reserva, tres veces tomaron y perdieron a la bayoneta la misma posición. Por desgracia, otras cuatro compañías que debieron reforzar las anteriores se extraviaron y no llegaron a tiempo, por lo que me vi precisado a destacar los Granaderos, 6ª y 4ª de dragones para que contuviesen al enemigo, lo que verificaron echando pie a

tierra y unidos a la infantería, lo estrecharon nuevamente en su posición. Aún no desconfiaba de su total exterminio pues el batallón del rey debía caerles por su espalda; pero a éste le faltaron las municiones y no pudieron seguir por lo escabroso del terreno. Un fuerte aguacero impidió la continuación del fuego y sobreviniendo la noche, me vi precisado a reunir las tropas y, tomando posición sobre el mismo campo, esperar las municiones de que estaba enteramente la tropa desprovista.”

En aquella jornada cayeron trescientos españoles y cerca de cien patriotas. A la mañana siguiente Bolívar volvió a ofrecer batalla a los realistas, pero Barreiro se confesó vencido y evitó el combate. Luego de descansar unos días, necesarios para curar a los heridos y recomponer las tropas con reclutas de la zona, Bolívar ordenó el 3 de agosto avanzar sobre las posiciones enemigas. Barreiro, que se había atrincherado en Paipa, abandonó precipitadamente la ciudad y ocupó una colina que dominaba el camino hacia Tunja. El 4 de agosto, las fuerzas patriotas se presentaron ante el campamento realista, pero Barreiro se mantuvo en sus reales; al caer la noche, los patriotas fingieron regresar por donde habían venido, pero en su lugar, al amparo de la oscuridad, se dirigieron hacia Tunja, llegando a esa ciudad a las 11:00 del día 5 de agosto. La sorpresa fue tan grande, que toda la guarnición fue hecha prisionera, junto con un arsenal de 600 fusiles e innumerables uniformes, botiquines y otros implementos de campaña.

Por aquellas mismas horas se enteraba Barreiro del ardid jugado por Bolívar, y de la pérdida de Tunja. A toda marcha se encaminó hacia Santa Fe para proteger a la capital del virreinato de aquel nuevo Aníbal, que parecía imparable. El 6 de agosto en la mañana, las tropas de Barreiro entraron en Motavita, población

cercanísima a Tunja. Al amanecer del día siguiente, el glorioso 7 de agosto de 1819, Barreiro inició la marcha hacia Santa Fe. Inmediatamente, los exploradores patriotas informan de los movimientos realistas a Bolívar, quien anticipa que Barreiro pasaría por el puente de Boyacá; en consecuencia, ordena la marcha de las tropas hacia aquel punto, con la intención de emboscar al enemigo.

El punto en el que el riachuelo Boyacá, que separa Tunja de Ventaquemada, era cruzado por un puentecillo de madera, es un terreno muy desigual, que en aquella jornada estaba cubierto por innumerables arbustos y matorrales. A las 2:00 de la tarde, el ejército de Barreiro se encontraba en el cruce del puente, cuando los patriotas cayeron por la retaguardia al tiempo que el general Santander tomaba posesión de las alturas que dominaban la posición enemiga.

Los primeros intentos de los patriotas por cruzar el puente fueron infructuosos, hasta que algunos escaramuzadores, con la ayuda de una mujer de la zona encuentran un vado. El cruce de estas fuerzas desconcierta a los españoles, y en ese momento Santander y sus hombres se lanzan a una carga a la bayoneta y logran cruzar el puente, sembrando el pánico en las filas enemigas que, atemorizadas, huyen en gran desorden.

En la mañana del 8 de agosto del 1819, el coronel español Manuel Martínez Aparicio llegó a galope tendido a Santa Fe e informó al incrédulo virrey del desastre del día anterior. Luego de un primer momento en que el virrey no daba crédito a lo que escuchaba, pues por los partes de guerra de Barreiro creía a Bolívar vencido y en retirada, decidió evacuar la capital. En la madrugada del 9 de agosto, una discreta caravana abandonó Santa Fe rumbo a Honda. El último virrey de la Nueva Granada, según un testigo ocular, iba disfrazado con una ruana verde y un sombrero de hule colorado. Un día después, a las 5 de la tarde del 10 de agosto,

Bolívar entró en Santa Fe, llenando las calles de la capital de grandísimo júbilo. Leamos los recuerdos de un testigo que presencié los hechos de aquella apoteosis:

“Cuando llegó el libertador al palacio antiguo de los virreyes, se desmontó con agilidad y subió con rapidez la escalera. Su memoria era felicísima; saludaba por el nombre a todas las personas que había conocido en 1814. Sus movimientos eran airoso y desembarazados. Vestía casaca de paño negro, pantalón de cambrún blanco, botas de caballería, corbatín de cuero y morrión de lo mismo. Sus preguntas y respuestas eran concisas, claras y rápidas.”

De este modo culminó aquella campaña, y se vio el altiplano cundiboyacense libre de invasores ibéricos. Parece que la guerrilla de Vicente Rafael García, quien, como dijimos antes, dirigía una guerrilla en la zona de Samacá, hostilizó a las tropas realistas durante toda esta campaña, como se deduce del siguiente texto del historiador Leonidas Escarpetta:

“haciendo el señor García todo género de sacrificios, dineros, caballerías, víveres, entusiasmando a los patriotas, a fin de obtener, como obtuvieron gloriosa participación en la libertad de la Nueva Granada.”

Los historiadores chiquinquereños han pretendido que la participación de la guerrilla de Rafael García jugó un papel fundamental en la batalla de Boyacá, al derrotar a una partida de exploradores enviada por Barreiro el mismo 7 de agosto de 1819. Pero al no haber quedado ninguna evidencia de esa participación en el parte de campaña de Bolívar y de sus subordinados, y al no encontrar a ningún historiador de prestigio que apoye estas teorías, me atrevo a decir que la participación de esta partida

guerrillera en la batalla de Boyacá ha sido cuando menos exagerada.

En 1821 (2 de enero), Chiquinquirá tuvo el honor de recibir por primera vez a quien se reconocía como el libertador de la patria, Simón Bolívar, cuando regresaba de reunirse con Pablo Morillo en Venezuela para la firma del armisticio de Trujillo (26 de noviembre de 1820), con el cual se ponía fin al decreto de guerra a muerte y reconocía de facto a la nación colombiana por parte de España. Unos días después de la visita del libertador a Chiquinquirá, el 28 de enero de 1821, la ciudad de Maracaibo proclamó su independencia de España apoyada por las fuerzas patriotas del general Rafael Urdaneta. El nuevo comandante español, el mariscal Miguel La Torre exigió la devolución de la plaza, y al negarse Bolívar se reanudó la lucha el 8 de abril.

La Torre tenía su cuartel general en Carabobo, donde concentraba un ejército de 5000 hombres. Las fuerzas de Bolívar, unos 6500 hombres, se presentaron allí el 24 de junio; dicen las crónicas que este era el primer ejército patriota regular uniformado con decencia. La batalla de Carabobo duró menos de una hora, concediendo definitivamente la independencia a Venezuela.

Liberada Venezuela, el libertador concibió la idea de expulsar a los realistas del sur de la Nueva Granada. El ejército colombiano comenzó su concentración en Popayán, y a finales de ese año inició la marcha hacia el sur. Pero la llegada de refuerzos españoles a Quito hizo desistir al libertador de su plan inicial, que consistía en marchar sobre Guayaquil; en cambio decidió tomar primero Pasto. El 8 de marzo de 1822, el ejército volvió a partir de Popayán cruzando el 24 el Juanambú al frente de escasos dos

mil hombres. A principios de abril el ejército patriota alcanzó Cosacá donde lo esperaba el coronel español Basilio García al frente de un ejército de similares proporciones al patriota. El 7 de abril, ambas huestes se encontraron en Bomboná. Las fuerzas españolas, conscientes de la necesidad de una defensa sólida, habían establecido una posición ventajosa en la banda sur de la quebrada de Bomboná, que sólo podía cruzarse por un estrecho puente de madera, expuesto a la fusilería española. Era una posición de difícil asalto y Bolívar, al comprender la magnitud del reto, decidió acometer directamente.

Los batallones Vargas y Bogotá, con disciplina y valor, se lanzaron contra la defensa española, pero fueron repelidos por el poderoso fuego de la artillería realista quedando desbaratados. Al mismo tiempo, el batallón Rifles, bajo el mando de Valdez, inició un movimiento audaz: escalar la falda del volcán Galeras para sorprender al flanco derecho español. El ascenso fue penoso, y las dificultades resultaron casi insuperables debido al terreno escarpado; sin embargo, los hombres de Valdez, armados de bayonetas y gran determinación, lograron finalmente alcanzar las alturas. Al verse amenazados en su flanco, los españoles entraron en pánico y huyeron en desorden, dejando atrás doscientos muertos en el campo. En aquella gloriosa acción, que expulsó a los últimos realistas del territorio de lo que hoy es Colombia, murió el prócer Chiquinquireño Francisco Villamil.

Al año siguiente, 1823, el obispo de Mérida (Venezuela) Rafael Lasso de la Vega llegó en peregrinación a Chiquinquirá, luego de hacer el viaje entero a pie; aprovechó su visita para consagrar la recién construida Basílica, efectuándose ésta el 11 de septiembre. Fue célebre el obispo por haber conciliado a los vecinos de

Chiquinquirá con los padres de la orden dominica, por pretender los primeros que se siguiera venerando la santa reliquia en el lugar donde había estado la primitiva iglesia levantada en el siglo XVII. El acuerdo entre los chiquinquireños y los dominicos se selló con escritura firmada por el padre Barragán, provincial dominicano, y los señores José Miguel Bermúdez Rojas y Pedro José Quiñones, quienes actuaron en representación de la municipalidad; el acuerdo estipulaba que los habitantes de Chiquinquirá se comprometían a *“no disputar en ningún tiempo ni indirectamente a nuestra Orden los derechos que tenía a la milagrosa imagen de Ntra. Señora y a todas sus pertenencias.”*. También los dominicos se comprometían a no quitar jamás a los chiquinquireños a su excelsa patrona. Finalmente, la última acción del obispo de la Vega a su paso por Chiquinquirá fue celebrar el matrimonio de uno de los hombres más acaudalados del municipio, Felix Presentado Castillo.

Tiempo después, partió el obispo de la Vega hacia Roma para solicitar al papa una fiesta propia para la virgen de Chiquinquirá. Pero la Santa Sede solicitó el voto de los obispos de Colombia, junto con otros documentos necesarios para la concesión, siendo necesaria una espera de varios años.

En 1824 culminó definitivamente la guerra contra España, al caer derrotado el ejército del virreinato del Perú el 9 de diciembre en Ayacucho. Pero el proyecto del libertador de una nación que comprendiera al moderno Ecuador, Venezuela y Colombia no tuvo larga existencia. En 1827, Páez se sublevó en Venezuela, y Bolívar se vio obligado a acudir en persona para aplacar al furibundo llanero. A su regreso de tan tortuoso viaje, pasó por

segunda vez por Chiquinquirá, pernoctando en el municipio entre el 6 y el 8 de agosto.

Un año más tarde, en 1825, abrió sus puertas el colegio de matemáticas y ciencias físicas por inspiración del fraile Domingo Ortiz. Fue esta la primera institución educativa que hubo en Chiquinquirá y que impartía las artes liberales, en el espíritu de la recién nacida república.

1826 fue famoso en Chiquinquirá por haberse verificado el primer intento de robo de las joyas de la virgen. Naturalmente, luego del jugoso donativo que había hecho la iglesia a la causa de la independencia, la piedad de los fieles había repuesto las riquezas áureas del santuario, tentando a los facinerosos con los beneficios de una rápida ganancia. Un tal Ignacio Gutiérrez, valiéndose de una escalera que ubicó en una de las torres, logró colarse en la Basílica y robó varias de las joyas que adornaban el cuadro. Sin embargo, el malhechor no contó con suerte, y fue capturado poco después en Ubaté por los frailes Domingo Nieto y Buenaventura Forero y 8 hombres de la policía que los acompañaban; en el proceso judicial que siguió, el ladrón confesó que las joyas le habían sido entregadas por el prior Casimiro Antonio Landínez²⁵. El prior Landínez se defendió diciendo que todo fue orquestado por la familia García para desprestigiarlo, por haberse negado a venderles algunas tierras del convento.

En 1828 se celebró la convención de Ocaña, con el propósito de proporcionar a la nueva nación colombiana un gobierno que afianzara la unidad nacional y saneara las finanzas que se

²⁵ Fue prior entre 1826 y 1828.

hallaban en penosísimo estado. Pero en lugar de unidad, en dicha convención se desató la lucha política entre dos partidos nacientes: los amigos y los enemigos de Bolívar. Al final poco o nada se sacó de aquello, y el libertador, que había observado pacientemente el desarrollo de los acontecimientos desde Bucaramanga, retornó a Bogotá. Durante el viaje de regreso, pasó por tercera vez por Chiquinquirá, el 20 de junio. El historiador Groot nos cuenta esta visita:

“El libertador llegó a Chiquinquirá después de la malhadada convención de Ocaña. Apenas se había desmontado cuando dijo al cura: ¿Habría algún inconveniente para ir ahora a la iglesia? No, excelentísimo señor, y aunque lo hubiera ... vamos. Y así, sin quitarse siquiera el polvo del camino y acompañado del cura, de algunos vecinos notables y del que nos ha referido el relato, joven estudiante en el colegio de aquella villa, ilustrísimo señor don Bonifacio Toscano, Obispo de Centuria, testigo presencial, entró en la iglesia, se arrodilló ante la bendita imagen, puso devotamente las manos, dobló la cabeza y oró.” Este año se inició la construcción de una nueva iglesia en el sitio donde se había edificado la primitiva iglesia levantada a comienzos del siglo XVII. La obra fue debida al presbítero Andrés Bermúdez, quien habiendo muerto antes de verla concluida, dejó encargadas para terminar el techo a sus hermanas, condición forzosa para poder repartir la herencia que les había dejado.

Casi un año después, el 18 de julio de 1829 la Santa Sede confirió a la virgen de Chiquinquirá la fiesta que había solicitado el obispo de La Vega, junto con el título de Patrona principal de Colombia. El día de 17 de diciembre fue asignado por el vicario general de Bogotá, Pablo Francisco Plata como fiesta de Nuestra Señora de

Chiquinquirá. Un mes más tarde, el 28 de agosto, una bula papal concedió a la Basílica de Chiquinquirá las siguientes indulgencias: 1) Indulgencia plenaria los días 26 de diciembre; 2) Indulgencia plenaria en las fiestas clásicas de la Virgen; 3) Indulgencia de 7 años y 7 cuarentenas a los fieles que visitaren la Basílica en fiestas no clásicas de la virgen. Esta bula fue obtenida por solicitud del presbítero Pomares.

Capítulo X

SUMARIO

Muerto Sucre, el libertador abandona el poder y muere en Santa Marta. – El batallón Callao se amotina y pide el regreso del libertador. –Se instaura la dictadura de Urdaneta mientras se espera el regreso de Bolívar. – Disolución de la Gran Colombia. – Gobierno del general Santander. Cierre del convento de Chiquinquirá por tener menos de 8 religiosos. – A causa de la ley de los conventos estalla la guerra civil en Pasto. –Participación del general Obando en la guerra. – Levantamiento del coronel Manuel González en el Socorro. – Negociaciones entre González y el gobierno en Chiquinquirá. Derrota de González en la batalla de la Culebrera. –El cuadro de la virgen es llevado a Bogotá como remedio de la peste de 1841. –Reconstrucción de la cúpula de la Basílica.

La Gran Colombia, conocida en su época simplemente como Colombia, se encontraba en una profunda crisis desde la Convención de Ocaña. Tras ser proclamado dictador el 27 de agosto de 1828, Simón Bolívar se convirtió rápidamente en el objetivo de una conspiración liderada por su antiguo aliado y vicepresidente, Francisco de Paula Santander. Sin embargo, el complot fracasó: los conspiradores fueron juzgados, y Santander fue condenado al exilio. A pesar de ello, el vasto territorio de la Gran Colombia resultaba incontrolable para un gobierno central debilitado. Pronto estallaron rebeliones en Antioquia y el Cauca, encabezadas por generales veteranos de la guerra de independencia.

La muerte de Antonio José de Sucre, el 4 de junio de 1830, marcó un punto de inflexión. La pérdida de su hombre de confianza llevó a Bolívar a tomar la decisión final de retirarse del poder. Falleció mientras se preparaba para zarpar hacia Europa desde Santa Marta.

El cargo de presidente de Colombia recayó entonces en Joaquín Mosquera, quien asumió el 13 de junio de 1830. Sin embargo, su gobierno fue efímero. El batallón Callao, compuesto mayoritariamente por soldados venezolanos y enviado a Tunja para ser disuelto, protagonizó una insurrección. Durante el trayecto entre Bogotá y Tunja, los soldados se amotinaron, y su comandante, Florencio Jiménez, marchó de regreso a Bogotá con el objetivo de derrocar al gobierno.

El 27 de agosto de 1830, las fuerzas del gobierno enfrentaron al batallón Callao en el lugar conocido como El Santuario. La batalla terminó con la derrota del ejército gobiernista. Ante esta situación, se decidió recurrir nuevamente a Bolívar para que asumiera el poder, pero mientras se esperaba su regreso, el mando fue entregado al general Rafael Urdaneta. Sin embargo, la muerte del Libertador el 17 de diciembre dejó a Urdaneta al frente del inmenso desafío de gobernar Colombia.

Ese mismo año, en 1830, comenzó la construcción de la capilla de Santa Bárbara en Chiquinquirá, impulsada por la iniciativa del ciudadano Pedro José Quiñones. La obra fue concluida tres años después, en 1833.

Volviendo a Urdaneta, su gobierno pronto enfrentó una creciente rebelión en diversas regiones del país, lo que provocó el colapso del régimen. Finalmente, el 28 de abril de 1831, se acordó que el general Domingo Caycedo asumiría la presidencia, ya que Joaquín Mosquera había abandonado el país.

El 20 de octubre de 1831, se reunió la Convención Granadina, en la que Ignacio de Márquez fue elegido presidente y Francisco Soto vicepresidente. En esta convención se establecieron las

bases del nuevo estado que adoptó el nombre de Nueva Granada, abarcando las provincias centrales del antiguo territorio de la Gran Colombia, aproximadamente lo que hoy constituye la moderna Colombia. Los límites estado se definieron como los del antiguo Virreinato de la Nueva Granada frente a las capitanías de Venezuela y Guatemala, así como las posesiones portuguesas de Brasil.

El 29 de febrero de 1832, la convención aprobó el proyecto de constitución que puso fin oficialmente a la Gran Colombia de Bolívar y marcó el nacimiento de la Nueva Granada. Poco después, el 26 de marzo de 1832, se decretó la creación de la provincia de Vélez, anexando a ella el cantón de Chiquinquirá.

Cuando el vicepresidente Domingo Caycedo renunció al poder el día de la instalación de la Convención, se procedió a la elección de un nuevo presidente. El general Francisco de Paula Santander fue elegido para el periodo 1832-1833. En 1833, fue reelegido para el periodo 1833-1837, asumiendo nuevamente sus funciones el 1 de abril. Durante su gobierno tuvo lugar el cierre del convento de Chiquinquirá.

Desde el Congreso de Cúcuta en 1821, se había promulgado una ley que ordenaba el cierre de los conventos que no cumplieran con ciertas condiciones específicas. Leamos al general Joaquín Posada Gutiérrez: *“El primer congreso colombiano dictó una ley (6 de agosto de 1821) suprimiendo todos los conventos que el día de su sanción, no tuviesen por lo menos 8 religiosos de misa, y aplicó a la educación pública sus edificios, sus bienes todos, censos, derechos, acciones que la piedad de los fieles había dado a los citados conventos”*. El objetivo de esta ley era, sin duda,

generar recursos para la educación pública en una nación empobrecida por la larga guerra de independencia contra España. Sin embargo, la medida permaneció sin implementarse durante años. En 1824, se ratificó lo dispuesto por el Congreso de Cúcuta mediante una nueva ley que autorizaba al gobierno a suprimir los conventos existentes si se consideraba *“útil, conveniente y oportuno”* y a destinar sus rentas a otros fines.

Como dijimos, la ley tuvo poca aplicación en la mayoría del territorio nacional. Posteriormente, durante la dictadura de Bolívar, instaurada tras la Convención de Ocaña, esta y otras leyes fueron derogadas, dejando el tema en suspenso.

Tras la muerte del Libertador, la desmembración de la Gran Colombia y el restablecimiento del régimen republicano, la Convención Granadina de 1832 declaró nulos todos los actos de Bolívar, incluyendo la derogación de la llamada "ley de los conventos". Sólo se exceptuó de la aplicación de esta ley al territorio de Pasto, gracias a la intervención y el respaldo del general José María Obando.

Para entonces, la situación financiera del convento de los dominicos en Chiquinquirá era crítica. Al prior Landínez le había sucedido el prior Buitrago en 1828, quien, enfrentado a serias dificultades económicas tras los cuantiosos gastos en la construcción de la Basílica durante las décadas anteriores, trató de reducir al máximo los gastos. No obstante, su sucesor, el prior José de Jesús Saavedra, que asumió en 1831, halló las finanzas en tal estado de deterioro que se vio obligado a vender un cáliz, unos ciriales de oro y otras joyas de plata para cubrir las deudas más urgentes.

Finalmente, en septiembre de 1835, el prior Antonio Páez León asumió el cargo en un contexto aún más complicado. Fue sorprendido un día por comisionados de la provincia de Vélez, enviados para inspeccionar si el convento cumplía con los requisitos establecidos por la ley para continuar en funcionamiento. El prior entregó un detallado informe sobre las rentas del convento, sus fondos, deudas y otros documentos administrativos. La inspección reveló no sólo la quiebra financiera del convento, sino también que de los ocho religiosos que oficialmente lo habitaban, sólo el prior residía en el lugar, mientras los demás vivían en otros sitios.

Ante esta situación, en julio de 1836 se ordenó el cierre inmediato del convento y la adjudicación de sus propiedades remanentes a los colegios de Chiquinquirá y Vélez. Así, tras casi 80 años de haber sido recuperado por los dominicos, el convento de Chiquinquirá fue nuevamente perdido por la orden.

El edificio del convento fue entregado al colegio Jesús María y José, siendo prácticamente la única propiedad que les quedaba a los dominicos luego de la debacle financiera. Esta penuria contrastaba con el vasto patrimonio que habían tenido en décadas anteriores, que incluía tierras valoradas en 30,000 pesos de la época. Entre sus antiguas posesiones se contaban las haciendas Hato de Burras, La Balsa y Casa Blanca, además de numerosas casas en el casco urbano. Según algunas fuentes, la hacienda de Mirabuenos también fue adjudicada al colegio.

Cerrado el convento de Chiquinquirá, la orden dominica mantuvo el derecho de nombrar al cura para la parroquia. En consecuencia, se designó al fraile dominico Agustín Díaz, entonces prior del

convento de Tunja. Fue este religioso quien instaló en la nueva Basílica los antiguos altares de estilo churrigueresco que habían pertenecido a la primera iglesia.

En 1837, Ignacio de Márquez, oriundo de Ramiriquí, fue elegido presidente de la Nueva Granada. Ese mismo año, el 28 de agosto, la gobernación de la provincia de Vélez decretó la creación de un nuevo distrito parroquial en el cantón de Chiquinquirá, denominado Mercedes de Caldas. Este nuevo distrito incluía los partidos de Alisos, Boca de Monte, Cubo, Chingaguta, Carrizal, Quipe, Vueltas y Palmar, siendo estas tres últimas localidades previamente parte de Chiquinquirá. Así, el municipio de Caldas quedó oficialmente separado del de Chiquinquirá.

Dos años después, en 1839, el obispo de Popayán solicitó al gobierno central el cierre de cuatro conventos en Pasto, argumentando que entre todos no sumaban más de 18 monjes. Las cámaras aprobaron el proyecto ese mismo año, lo que provocó una chispa de rebelión en Pasto. El padre Francisco Villota, un sacerdote profundamente respetado por su virtud y ascetismo, interpretó el cierre de los conventos como un ultraje a la fe católica. Pronto lideró a los rebeldes, quienes sitiaron al gobernador en el convento de San Francisco, forzándolo a capitular. La provincia quedó así en abierta desobediencia frente al gobierno nacional.

El presidente Márquez, en lugar de enviar al general José María Obando, quien contaba con amplia simpatía e influencia en la región, comisionó al general Pedro Alcántara Herrán para sofocar la rebelión. Al mando de 400 hombres, Herrán avanzó hacia Pasto y derrotó a las fuerzas insurgentes en Buesaco el 31 de agosto,

ocupando la ciudad de Pasto al día siguiente, el 1 de septiembre. El padre Villota fue capturado y exiliado al Ecuador, lo que pareció restaurar la calma en la nación.

Sin embargo, a pesar de la contundente victoria de Herrán y la ocupación de Pasto, la situación estaba lejos de ser controlada. Numerosas guerrillas, lideradas por el coronel Estanislao España y alentadas por el padre Mariano Rodríguez, hostigaban sin cesar a las tropas gubernamentales, manteniendo la región en un estado de constante agitación.

En medio de aquellos combates fue capturado un tal José Eraso, un personaje de reputación dudosa que había comenzado como militar realista, luego se había pasado a los patriotas y ahora jugaba a dos bandas entre las guerrillas pastusas y las fuerzas de Herrán. Eraso no tardó en señalar al general José María Obando como cómplice en la muerte del mariscal Sucre, la mano derecha del Libertador. Estas acusaciones provocaron la apertura de un nuevo proceso judicial contra Obando en Pasto.

Obando, que se encontraba en Bogotá defendiendo su inocencia ante las acusaciones de haber instigado la rebelión pastusa, decidió abandonar la capital y dirigirse al sur escoltado por algunos soldados. Sin embargo, el rumor de un posible atentado contra su vida lo llevó, tras pasar por Popayán, a refugiarse en su hacienda de Timbío bajo el pretexto de buscar documentos indispensables para su defensa. Desde allí, el 26 de enero de 1840, declaró la guerra al gobierno central.

Con 350 hombres reclutados apresuradamente en los alrededores, Obando puso sitio a Popayán el 1 de febrero. No obstante, tras un enfrentamiento de resultado incierto con las fuerzas de Herrán,

optó por entablar negociaciones de paz y se presentó ante el juez en Pasto para responder por las acusaciones de su supuesta implicación en el asesinato de Sucre. El proceso judicial se extendió durante varios meses, pero el 6 de junio Obando volvió a escapar y se declaró nuevamente en rebelión contra el gobierno. Esta vez asumió los títulos de Supremo Director de la Guerra en Pasto, General en Jefe del Ejército Restaurador y Defensor de la Religión del Crucificado.

La respuesta del gobierno fue enérgica. Se enviaron refuerzos al mando del general Tomás Cipriano de Mosquera y se solicitó el apoyo de Ecuador, que comprometió 2,000 soldados para respaldar las operaciones contra los insurgentes.

Las fuerzas combinadas de Herrán, Mosquera y el contingente ecuatoriano chocaron con las tropas de Obando el 29 de septiembre de 1840²⁶ en Huilquipamba, donde el ejército rebelde fue aplastado. Sin embargo, si el gobierno creyó que aquella victoria pondría fin a la rebelión, estaba equivocado. Pronto, prácticamente todas las provincias se alzaron contra el poder central.

El 15 de septiembre, el Socorro, liderado por el enérgico gobernador coronel Manuel González, proclamó su independencia, constituyendo el Estado Independiente del Socorro. A esta insurrección se unieron rápidamente las provincias de Vélez y Pamplona, mientras Sogamoso se adhería a los rebeldes. Tras derrotar a las fuerzas del gobierno en La

²⁶ El 6 de mayo moría el general Santander.

Polonia el 29 de septiembre, González entró triunfante en Tunja, donde fue recibido como libertador.

Ante esta grave amenaza, el presidente Márquez se refugió en Popayán, dejando el mando en Bogotá al vicepresidente Caicedo. Este último envió una comisión para negociar la paz, integrada por Miguel Saturnino Uribe y Clímaco Ordoñez. El 21 de octubre, los enviados gubernamentales se reunieron con el coronel González en una casa en las afueras de Chiquinquirá. Sin embargo, González rechazó las propuestas del gobierno y, al concluir sin éxito las negociaciones, decidió retener a los delegados en Chiquinquirá. Mientras tanto, las fuerzas rebeldes continuaron avanzando y establecieron su cuartel general en Zipaquirá.

La situación parecía insalvable para el gobierno. Bogotá estaba al borde de ser tomada por los rebeldes. Fue entonces cuando el coronel Juan José Neira, en un acto de audacia, recorrió las calles de la capital montado a caballo y armado con una lanza, llamando a las armas a todos los ciudadanos, desde humildes artesanos hasta destacados industriales. Con su carisma y determinación, Neira logró reunir a 2,000 hombres, con quienes enfrentó y derrotó a las tropas de González en la batalla del Camellón de la Culebrera el 28 de octubre. Aunque Neira cayó en combate, su sacrificio influyó decisivamente en la moral de las fuerzas gobiernistas que desde entonces tomaron la iniciativa en la guerra.

El 9 de enero de 1841, González fue nuevamente derrotado en Aratoca por las tropas combinadas de Herrán y Mosquera, que habían llegado desde el sur. En medio de estos acontecimientos,

el general Herrán fue elegido presidente pero, ante la persistencia del conflicto, delegó el mando al vicepresidente Juan de Dios Aranzazu para liderar personalmente las operaciones en el norte del país.

Como si la guerra no fuera suficiente calamidad, una devastadora epidemia de viruela se desató por toda la nación. En medio de tanto sufrimiento, surgió una propuesta para buscar alivio espiritual y esperanza: los ciudadanos Marcelino de Castro, Pedro Pablo Murillo, Antonio Sánchez y José María de la Torre sugirieron llevar el cuadro de la Virgen de Chiquinquirá en peregrinación a la capital de la república. Quizá recordaban los milagros atribuidos a la Virgen durante las grandes pestes del siglo XVII y esperaban que su intervención renovara la fe y el ánimo de un pueblo abatido.

Tras recibir la autorización del arzobispo, una multitud partió de Bogotá hacia Chiquinquirá para solicitar el ansiado remedio espiritual. En Chiquinquirá, el traslado del cuadro de la Virgen se convirtió en un evento de gran solemnidad. Se organizaron arcos triunfales, estallaron fuegos de artificio y resonaron los vítores del pueblo mientras la reliquia emprendía su ruta hacia la capital el 9 de mayo, escoltada por cerca de 6,000 personas.

El 16 de mayo, la procesión llegó a Bogotá, donde el cuadro permaneció hasta el 9 de agosto. Durante este peregrinaje se relataron numerosos prodigios, difíciles de creer si no fuera por la autoridad de quienes los narraron: los ríos redujeron su caudal para permitir el paso de la santa reliquia, jardines secos florecieron milagrosamente, y las lluvias torrenciales cesaron en

las regiones donde transitaba la comitiva, entre otros asombrosos acontecimientos.

Un mes después, el 4 de septiembre, el cuadro salió nuevamente, esta vez hacia Tunja, para enfrentar los mismos males que aquejaban a Bogotá. Mientras tanto, el gobierno lograba importantes avances en el conflicto. El 9 de septiembre, el presidente Herrán derrotó a Lorenzo Hernández, autoproclamado jefe supremo de Mompo, asegurando la pacificación de las provincias de la costa.

Le siguieron otras victorias de las fuerzas gobiernistas: Joaquín Posada Gutiérrez triunfó en Riofrío, Braulio Henao logró la victoria en Salamina y Joaquín María Barriga aplastó nuevamente a Obando en la Chanca. Finalmente, en marzo de 1842, el presidente Herrán declaró terminada la guerra. En su discurso, afirmó:

"Os presento la república unida y tranquila, mas no debo ocultaros que aún es delicada la situación en que se halla. Tenéis que cumplir una gran misión: afianzar el reinado de la paz, asegurar para siempre la reconciliación de nuestros hermanos, y creo que lo lograréis concediendo cuanto sea compatible con la seguridad pública en favor de tantos granadinos que sufren las penosas consecuencias de la revolución. Si para lo pasado abogo por la indulgencia, no pienso así para lo futuro. Os pido, pues, leyes severísimas y fórmulas abreviadas para reprimir y castigar con prontitud y rigor el delito y aún el conato de rebelión."

Ese mismo año, en 1842, se emprendió la reconstrucción de la cúpula de la Basílica de Chiquinquirá, que había colapsado cinco años antes tras un terremoto. La nueva cúpula fue construida en

madera, marcando el resurgimiento del templo como símbolo de fe y perseverancia.

Capítulo XI

SUMARIO

Nuevos intentos de secularización de la parroquia de Chiquinquirá en 1843. – El censo de 1844 reporta una población de 7000 habitantes en Chiquinquirá. – Gobierno de Mosquera. -La comisión corográfica visita a Chiquinquirá en su primer viaje. – Guerra civil de 1851. -Dictadura del general Melo. – Gobierno cuasi-medieval del ultramontano Ospina Rodríguez. - Estalla la guerra civil de 1860 a causa del desastroso gobierno de Ospina. -Decretos de desamortización de manos muertas y Tuición de cultos. – El padre Bonilla firma las nuevas leyes por temor a ser deportado a los llanos orientales. – Se encarga un altar de mármol para la Basílica, pero llega incompleto. Donación del terreno para el hospital de Chiquinquirá. -Se inicia una cátedra de cirugía en Chiquinquirá en 1865.

En 1843, tras la reciente conclusión de la guerra de los supremos, algunos prominentes ciudadanos de Chiquinquirá se presentaron ante el arzobispo Manuel José Mosquera (hermano del general Mosquera) con la solicitud de secularizar la parroquia de Chiquinquirá. El arzobispo consultó al provincial de la orden dominica, el fraile Bernabé Rojas, quien defendió los derechos históricos otorgados a la comunidad dominica por el rey Fernando VI, así como un acuerdo firmado por los vecinos de Chiquinquirá durante la visita del obispo de Mérida, en el que se comprometían a otorgar perpetuamente la custodia de la santa reliquia a la orden. Ante los argumentos del padre Rojas, el arzobispo desestimó la petición y nombró al dominico Benedicto Bonilla como cura de la parroquia.

En 1844 se realizó un censo general en la Nueva Granada que registró una población total de 1,932,279 habitantes en todo el país, y 7,000 en Chiquinquirá. Durante este año comenzó la

construcción del cementerio²⁷ de Chiquinquirá bajo la dirección de Narciso Vargas.

En 1845, Tomás Cipriano de Mosquera fue elegido presidente por primera vez. Durante su mandato (1845-1849), se llevaron a cabo reformas clave, como la implementación del sistema métrico decimal, el inicio de la construcción del Capitolio Nacional, el impulso del ferrocarril de Panamá, la promoción de la navegación a vapor por el río Magdalena y la fundación de la Escuela Militar. En Chiquinquirá, bajo la dirección del padre Bonilla, se construyó el atrio de la Basílica, se instaló un reloj en una de sus torres y, en 1848, comenzaron los trabajos para la construcción de los altares de estuco que adornan el interior del templo, obra del arquitecto José María Mesa.

En 1849, el general José Hilario López fue elegido presidente para el periodo 1849-1853. Durante su gobierno, se concedió la libertad a los esclavos, una promesa incumplida por el libertador Simón Bolívar al presidente de Haití, el ilustre Petión. En 1850, López encargó la comisión corográfica, dirigida por el ingeniero italiano Agustín Codazzi. El primer viaje de la comisión partió de Bogotá el 3 de enero de 1850, con Zipaquirá como primera parada. Luego recorrieron Ubaté, Fúquene, Simijaca y Chiquinquirá. *“A esta última ciudad llegaron el 13, y de allí hicieron varias excursiones, entre ellas al pueblo de Caldas, luego a Buenavista, y al día siguiente a Coper y Muzo, donde visitaron las minas de esmeraldas. Más tarde visitaron el pueblo de Puripí, atravesaron la quebrada del Salitre, pasaron al pueblo*

²⁷ La tumbas más antiguas que se pueden observar hoy en el cementerio datan de la década de 1890.

de Canipauna y ascendieron a los vértices de Fura y Tena. También tuvieron la oportunidad de visitar otra curiosidad natural que se llamó Peñón de Quitisoque, situado también en el cantón de Chiquinquirá. También visitaron Saboyá y a su vecino monumento indígena de Piedrapintada, y de allí pasaron a Vélez...”

Hacia el final del periodo de López, estalló una guerra civil instigada por los terratenientes del Cauca, liderados por Julio Arboleda, en abril de 1851. Sin embargo, en dos meses, la rebelión fue prácticamente aplastada y sus principales cabecillas se exiliaron en Ecuador. Ese mismo año, se construyó el puente de Santander y Rivas en el punto conocido como el Camellón, bajo la alcaldía de Felix Presentado Castillo. En 1852 comenzó la construcción del puente Pinilla.

En 1853, el general Obando asumió la presidencia. Durante su gobierno, el alcalde de Chiquinquirá, Ramón García Páez, levantó el puente Ricaurte sobre el arroyo del Calvario y empedró la llamada plaza de la Constitución (actualmente el parque Julio Flórez). Sin embargo, el gobierno de Obando fue interrumpido por un golpe de estado llevado a cabo por el general José María Melo. La causa del golpe fue la situación ingobernable que enfrentaba Obando: los gobernadores provinciales no le obedecían, el Congreso estaba en su contra y la Corte Suprema, dominada por los conservadores, bloqueaba todas sus iniciativas.

Ante este estado de cosas, Melo le aconsejó a Obando que se declarara dictador, pero al negarse este, Melo asumió él mismo la dictadura el 17 de abril de 1854, apoyado por el ejército y los artesanos, que se veían muy afectados por la importación de

productos manufacturados de Gran Bretaña y otras potencias industriales.

Melo logró lo que pocos políticos colombianos del siglo XIX no pudieron: poner de acuerdo a liberales y conservadores. Ambos partidos dejaron de lado sus rencillas para unirse en la lucha contra el dictador. Sin embargo, el gobierno de Melo fracasó en expandir su influencia hacia Bucaramanga y el Socorro, y pronto perdió el control del río Magdalena, una arteria clave para la importación de pertrechos militares.

A medida que la situación se deterioraba, un ejército legitimista de 11,000 hombres cercó Bogotá, y tras una cruenta lucha librada entre el 3 y el 4 de diciembre de 1854, Melo se vio obligado a rendirse.

De todo este convulso año de 1854, el único suceso relevante para nuestra urbe fue la edificación de la capilla del cementerio, gracias a la liberalidad de la señora Carmen Salazar, quien también donó una casa para el funcionamiento de un hospital de caridad. Aunque la dictadura de Melo es un periodo oscuro en nuestra historia, por motivos que no vale la pena discutir aquí, es posible que los historiadores contemporáneos de esos eventos hayan, deliberadamente, omitido cualquier suceso relacionado con el golpe de Melo y que haya tenido lugar en nuestra ciudad.

Tras el interregno melista, se eligió presidente a Manuel María Mallarino para el periodo de 1855 a 1857. En 1856, siendo alcalde de Chiquinquirá Hipólito Bonilla, se construyó el puente Girardot en la carrera Maturín y se organizó la primera banda de música de la ciudad.

En 1857, Mallarino fue sucedido por Mariano Ospina Rodríguez, cuyo mandato fue el primero en elegirse mediante sufragio universal masculino. La elección de Ospina suscitó fuertes críticas por parte de los liberales. El general Mosquera acusó a la iglesia de influir en los votos del campesinado para favorecer al candidato conservador.

En agradecimiento por el apoyo electoral, Ospina devolvió al clero el derecho de que sus decisiones fueran acatadas en los tribunales ordinarios. Pronto pareció que se revivían los días más oscuros de la inquisición, con autos de fe y torturas públicas, incluso a mujeres embarazadas, bajo el consentimiento de las autoridades gubernamentales. Además, se organizó la quema de libros prohibidos.

En 1857, el 15 de junio, se creó el Estado Federal de Boyacá, al que se añadió toda la provincia de Vélez, excepto el cantón de Vélez, que fue entregado al Estado Federal de Santander. Mientras tanto, en Chiquinquirá, en 1859, siendo alcalde Bartolomé Cobos, se inició la construcción de una casa consistorial. Ese año también fue notable por la llegada de la primera imprenta a la ciudad. De sus tipos salieron varios periódicos que circularon en la región durante el siglo XIX, como *El Saravita*, *El Occidente*, *La Esperanza*, entre otros.

Finalmente, el gobierno de Ospina molestó tanto a todo el mundo con sus políticas pasadas de moda, que Mosquera inició una rebelión en el estado del Cauca, nombrándose supremo director de la guerra, y proclamando la separación de su estado de la confederación granadina el 8 de mayo de 1860. Tras reunir a sus tropas y reconciliarse con Obando, Mosquera se lanzó sobre

Antioquia, venciendo a las fuerzas del gobierno en la batalla de las Guacas; pero el general Joaquín Posada Gutiérrez lo rindió a su vez en Manizales, viéndose forzado a firmar la llamada Esponsión de Manizales, acuerdo por el cual se firmaba la paz y se daba amnistía a los rebeldes, a cambio de la entrega de todas las armas.

Sin embargo, Ospina cometió el error de no ratificar dicho acuerdo, lo que permitió a Mosquera, ya replegado en el Cauca, reanudar las hostilidades. Para noviembre, la situación de los gobiernistas era desesperada, ya que Mosquera había conseguido una nueva victoria en las cercanías de Neiva. En respuesta, Ospina destituyó al general Joaquín París y nombró a Ramón Espina como su reemplazo. Sin embargo, Espina resultó ser mucho menos capaz que su oponente caucano. Aunque intentó maniobrar para evitar ser aplastado por las fuerzas de Mosquera, no pudo evitar que los rebeldes invadieran el altiplano y amenazaran la capital.

La víspera de la batalla decisiva, la ciudad de Bogotá vivió una extraña mezcla de tensión y esparcimiento. La multitud capitalina acudió al enfrentamiento con una actitud más festiva que combativa, como si asistieran a una feria. Muchos, confiados en la victoria del ejército del gobierno, trajeron lazos con la intención de capturar a los rebeldes una vez que el ejército de Espina saliera victorioso. Incluso se rumoreaba sobre dónde enterrarían a tantos enemigos tras la esperada victoria.

El general Espina, consciente de la desventaja que enfrentaba, había resuelto evitar el combate, pero la presión de los capitalinos, que comenzaron a tildarlo de cobarde, lo llevó a

cambiar de decisión. Apretado en su honor, se dispuso a enfrentar a las fuerzas de Mosquera, pero fue derrotado con facilidad. Esa misma noche, Ospina, su familia y el gobierno se vieron obligados a huir, siendo finalmente capturados en el municipio de La Mesa.

La captura de Ospina fue un golpe devastador para las fuerzas del gobierno, que vieron cómo la moral se desplomaba. Con la derrota asegurada, Mosquera y su ejército, compuesto en gran parte por esclavos liberados durante la manumisión de López, marcharon hacia la capital. El 18 de julio de 1861, las tropas de Mosquera entraron en Bogotá, con la ciudad rendida a su paso.

La victoria de Mosquera tuvo repercusiones inmediatas. El 9 de septiembre, se promulgó el decreto de desamortización de bienes de manos muertas, que permitió subastar las propiedades que la iglesia había recibido como donaciones de los fieles fallecidos. Además, el decreto de tuición de cultos restringió la celebración de misas a aquellos clérigos que contaran con el permiso del gobierno. A esto le siguió, el 26 de septiembre, el decreto de expulsión de los jesuitas del territorio nacional, consolidando aún más la influencia de Mosquera y sus políticas laicas.

En Chiquinquirá, la situación era igualmente turbulenta. El padre Bonilla, inicialmente, había firmado el reconocimiento de las leyes expedidas por el gobierno de Mosquera, pero poco después se retractó, alegando haber sido engañado. No obstante, hay quienes sostienen que su primer reconocimiento fue producto del miedo, ya que el 3 de noviembre el arzobispo, quien se había negado a aceptar las nuevas disposiciones, fue encarcelado. Apenas dos días después, el 5 de noviembre, se decretaba la

extinción de todos los conventos, monasterios y casas de religiosos, tanto masculinos como femeninos.

No obstante la victoria de Mosquera, la guerra no terminó inmediatamente. Los conservadores mantenían fuerzas significativas en Santander y el Tolima, y la furia de Marte no cesó hasta el 30 de diciembre de 1862, cuando el general Canal, último adalid de la causa conservadora en Pasto, se rindió. Con ello, la lucha terminó y la convención de Rionegro se reunió en 1863, promulgando una nueva constitución federal para los Estados Unidos de Colombia. Esta nueva carta magna otorgaba vastos poderes a los estados, cada uno con su propio ejército, constitución, sistema tributario e incluso la capacidad de librar sus propias guerras civiles. El gobierno central, completamente despojado de poder efectivo, vio su autoridad reducida a prácticamente nada. Además, el periodo presidencial fue reducido a solo dos años, lo que dejó a Mosquera, el gran caudillo que podría haber sido dictador, en la impotencia. El último resplandor de su gloria como líder fue en la batalla de Cuaspud, librada el 6 de diciembre de 1863, cuando se enfrentó a las fuerzas ecuatorianas por una disputa fronteriza, una de las últimas acciones militares en las que aún pudo dejar su marca en la historia. Este año de 1863, el censo arrojó para Chiquinquirá una población de 8271 habitantes. También se hizo en este año la estatua de Santo Domingo que antiguamente coronaba el frontispicio de la Basílica, flanqueada por dos jarrones, todo el conjunto obra del arquitecto José María Mesa. Varios ríos fueron desviados para prevenir la inundación de la ciudad en temporada de lluvias, por obra de Enrique París.

En 1864, Manuel Murillo Toro asumió la presidencia de Colombia, un periodo que se extendería hasta 1866. Durante su gobierno, se logró un avance significativo en las comunicaciones con la instalación de la primera línea telegráfica, conectando Bogotá con Honda, un paso fundamental para la modernización del país.

En Chiquinquirá, el padre Bonilla, quien había estado al frente de la Basílica durante años, continuó con importantes proyectos de embellecimiento. Una de sus grandes iniciativas fue la creación de un altar para la Virgen, que debía ser una obra majestuosa hecha de mármol y plata. Como no había artesanos cualificados en Colombia para trabajar la plata, Bonilla encargó al señor Estanislao Fajardo, quien viajaba a Europa, la tarea de mandar fabricar las piezas en París. Para este proyecto, se le entregaron catorce mil pesos y un quintal de plata, recursos considerables para la época.

Sin embargo, Fajardo, en lugar de seguir las instrucciones precisas que le había dado el padre Bonilla, envió un nuevo diseño de altar, inspirado en un estilo francés, que llegaría en piezas separadas y debía ser ensamblado mediante tornillos. El padre Bonilla, impresionado por el diseño y confiando en la calidad del trabajo, aceptó la propuesta sin consultar más detalles. El altar que llegó, no obstante, estaba incompleto; faltaba la coronación de la Virgen, y sólo llegó el trono. Debido a esta omisión, el trono de la Virgen fue colocado temporalmente sobre el sagrario de la vieja iglesia, lo que generó un gran malestar entre los fieles.

Este evento, que fue una gran decepción para la comunidad, marcó los últimos meses de vida del padre Bonilla, quien falleció en abril de 1866, dejando atrás una serie de proyectos inconclusos, incluido el altar que había imaginado para la venerada Virgen de Chiquinquirá.

En 1865, la señora Carmen Salazar, quien ya había demostrado su generosidad con la donación de una casa para el hospital de caridad en Chiquinquirá, completó el establecimiento de este importante centro de asistencia. Gracias a su esfuerzo y dedicación, el hospital pudo iniciar su operación y brindar atención a los más necesitados de la comunidad desde el 15 de octubre.

Los primeros directivos del hospital fueron personas influyentes y comprometidas con el bienestar social de la ciudad. Entre ellos se encontraban el presbítero Ramón Olarte, quien se encargó de la presidencia; Marcos Forero, Anastasio Baptista, José María García Mateus, Manuel Tomás Ballesteros, Felix Presentado Castillo, Domingo Castro, Cecilio Gutiérrez y Antonio Quiñónez Rubio, quienes asumieron diversas responsabilidades administrativas para asegurar el buen funcionamiento del hospital.

El Dr. Guillermo Tavera, quien probablemente fue uno de los primeros médicos que trabajaron en el hospital de Chiquinquirá, inició ese año de 1865 una cátedra de cirugía teórica y práctica. El mismo año, el 12 de mayo, abrió sus puertas el primer teatro de nuestra población, ubicado en el segundo patio del colegio Jesús María y José.

Capítulo XII

Guerra entre el estado de Boyacá y Bélgica. – Causas de la guerra. -Tratado de paz.

El 4 de mayo de 1866, llegó a Chiquinquirá el padre Buenaventura García, en reemplazo del fallecido padre Bonilla. Nuevamente, algunos vecinos de Chiquinquirá intentaron la secularización de la parroquia, pero la intervención del congresista chiquinquireño Ignacio Fernández en el Congreso del Estado de Boyacá echó abajo la ley que pretendía la secularización.

El año siguiente, 1867, fue famoso en la historia del Estado de Boyacá por la guerra que se inició con Bélgica. Era presidente del Estado de Boyacá José de los Santos Gutiérrez, quien unos años antes había estado en Bélgica como parte de una misión colombiana para el estudio de las leyes de ese país. Allí había conocido a una linda señorita, Josefina, natural de Lovaina. Tras caer rendidamente enamorado de la belga, decidió contraer matrimonio con ella; sin embargo, los padres de Josefina se negaron rotundamente a dar su consentimiento.

Herido en su honor de caballero, José salió de Bélgica jurando vengarse en cuanto pudiese. Pasaron los años, y siendo presidente de Boyacá, en 1867, creyó que era el momento indicado para ejecutar sus planes de venganza. Se vistió con el uniforme, se ciñó el sable, se colocó un bicornio emplumado, y envió la declaración de guerra a Bélgica en una carta que, por suerte, nunca llegó a su destino.

La guerra entre Boyacá y Bélgica, aunque no cobró la vida de ningún soldado, fue una de las más largas de la historia reciente, llegando a su fin en 1988, mediante un armisticio firmado en Tunja, bajo la observación de delegaciones diplomáticas de China, Líbano, Uruguay, Bolivia y Marruecos, y con la presencia del embajador de Bélgica, Willy Stevens. Así terminó esta guerra de opereta, la más larga librada por los habitantes de Boyacá, la más absurda y también la más olvidada en la memoria colectiva de los boyacenses.

Ese mismo año de 1867 se abrió en Chiquinquirá una Escuela de Medicina del sistema Homeopático, a iniciativa del Dr. Joaquín Calvo Medibil, quien había estudiado medicina en Francia y era natural de Bogotá. También es recordado este año por el nacimiento del poeta chiquinquireño Julio Flórez, sin duda la mayor pluma que ha dado nuestra urbe a la patria.

Capítulo XIII

SUMARIO

Segundo robo de las joyas de la virgen. Usando un árbol como apoyo, los ladrones penetran en el templo. – Son robadas una corona y unos ángeles de oro y esmeraldas. – Impunidad de los autores del robo.

En los primeros meses del año 1868, un crimen que llenó de consternación a los fieles de Chiquinquirá tuvo lugar en el santuario de la Virgen. Fue aquel el segundo robo de las joyas sagradas, recordándose aún el primero, ocurrido durante el priorato del padre Landínez. En aquel tiempo, donde ahora se alza el convento de los dominicos, apenas había humildes solares de casas pajizas, cuyos frentes miraban hacia la plaza de la Concepción. En uno de esos solares crecía un papayo, cuyas raíces parecían brotar casi desde los cimientos de la iglesia, y cuyas ramas alcanzaban la ventana de la capilla de Santo Tomás de Aquino.

Dos ladrones, impíos y temerarios, urdieron su plan bajo el manto de la noche. Uno de ellos, valiéndose del árbol como su cómplice silencioso, trepó por sus ramas hasta alcanzar la ventana de cristal, que entonces carecía de los barrotes de hierro instalados después. Allí, amarrando una cuerda al tronco del papayo, rompió el cristal y descendió con sigilo al interior del templo, quizás usando una escala de cuerda. Su sacrilegio no se detuvo: para alcanzar el camarín donde reposaba la Virgen, se apoyó en la estatua de un ángel que cayó al suelo y se rompió un brazo, como si aquel ser celestial quisiera resistir el ultraje. Pero el impío logró su cometido: arrebató a la Virgen preciosas alhajas, entre ellas una corona y ángeles de oro y esmeraldas, de valor inestimable.

No se atrevió a continuar el saqueo, pues un ruido inesperado lo llenó de temor; así, bajó apresuradamente y escapó por el mismo camino por el que había entrado, mientras su compañero permanecía afuera, vigilante.

La voz del pueblo, muchas veces más perspicaz que los propios tribunales, no tardó en señalar a los culpables. Sin embargo, la justicia de los hombres, menos diligente que la divina, no pudo probar el crimen. El alcalde Rafael Neira, en su celo por defender la honra del templo viajó a Bogotá para presentar la denuncia, pero los ladrones, astutos en su villanía, no dejaron rastro alguno que los comprometiera. Así, el acto sacrílego quedó impune y, Chiquinquirá, entre el dolor y la indignación, reforzó las defensas de su santuario, como si quisiera proteger con hierro lo que la divinidad no pudo resguardar esa noche.

Capítulo XIV

SUMARIO

El censo de 1870 arroja un total de 13115 habitantes para Chiquinquirá. – Perturbación nacional por la ley de las escuelas. – Levantamiento de Policarpo María Flórez en 1871. – Bendición del ejército de Policarpo por el padre Buenaventura. – Policarpo vence al gobierno en la batalla de Soracá y gobierna de facto el estado de Boyacá durante tres meses. – El gobierno nacional interviene y tras derrotar a las fuerzas de Policarpo en Paipa se reestablece en el gobierno al presidente Pérez.

En el año de 1869, el nombre de Forero, destacado artesano de Chiquinquirá, resplandeció en la Exposición industrial de Tunja. Allí, sus zapatos, cuya manufactura era celebrada como digna de los talleres de Europa y Estados Unidos, obtuvieron honores y reconocimiento. No era este un triunfo menor, pues demostraba que, incluso en el corazón de los Andes, la habilidad y la dedicación podían competir con las grandes fábricas del mundo.

Por aquellos días, el 8 de junio, se emprendió la apertura del Camino de Occidente, destinado a enlazar Chiquinquirá y las tierras boyacenses con el río Magdalena, arteria principal del comercio y la comunicación del país. La empresa, encomendada al diligente Martín Daniel Rodríguez, despertaba esperanzas de un futuro más próspero y conectado para la región.

Al año siguiente, 1870, siendo alcalde Horacio Forero Casas el espíritu visionario volvió a hacerse presente cuando se realizó el primer estudio para un ferrocarril que habría de unir Bogotá con Santander, pasando por Chiquinquirá. Sin embargo, como frecuentemente ocurre, los sueños de grandeza se encontraron con

la resistencia del tiempo y los recursos, y no sería sino medio siglo más tarde cuando el hierro y el vapor conquistarían aquellos valles. El censo de ese año atestiguó el crecimiento de Chiquinquirá, que con sus 13115 almas se alzaba como la segunda ciudad más populosa del estado de Boyacá. También se inició este año el alumbrado público. El gobierno nacional, encabezado por el presidente Eustorgio Salgar (1870-1872) se propuso la construcción de mil escuelas de instrucción pública, en las que se pretendía que la enseñanza fuera enteramente laica. Semejante proyecto despertó el rechazo inmediato de la iglesia y del partido conservador, que iniciaron rápidamente una campaña de desprestigio contra el proyecto. Desde sus púlpitos, los sacerdotes tronaban contra todos aquellos que enviaran a sus hijos a las dichas escuelas, amenazándolos no sólo con la excomunión, sino con las llamas eternas del erebo.

En el año 1871, mientras la paz del Estado soberano de Boyacá se hallaba quebrantada por las luchas de facciones rivales del liberalismo, se desató una guerra civil que habría de sacudir sus cimientos. En un día de enero, cuando el sol apenas despuntaba sobre la ciudad de Chiquinquirá, se presentaron al padre Buenaventura varios hombres en el atrio de la sagrada Basílica. Portaban una bandera como enseña de su rebelión y pidieron al venerable sacerdote que la bendijera antes de marchar al combate. El mismo padre Buenaventura, relató el episodio en sus memorias: *‘Tan buena mano tuve, que aquel montón de revoltosos fue capaz, con la bandera que yo les bendije, de derrocar al Estado’*.

El líder de aquel grupo, cuya fama y destino habrían de entrelazarse con las calamidades de su tierra, era Policarpo María

Flórez, hombre nacido en Bogotá y padre del eminente poeta Julio Flórez. Policarpo, lleno de audacia se proclamó jefe provisorio del Estado de Boyacá y, reuniendo a sus escasas tropas provenientes de Chiquinquirá, marchó contra la ciudad de Tunja. El 22 de enero, en el alto de Soracá, al oriente de la ciudad, las fuerzas rebeldes se enfrentaron a las del gobierno en una batalla decisiva. La Fortuna, siempre caprichosa en los asuntos humanos, favoreció a los insurgentes, y el presidente Pérez, abandonando su puesto, huyó. Así, Policarpo tomó el mando del Estado y gobernó durante cuatro meses.

El gobierno nacional, en defensa de la legitimidad envió tropas para restituir al presidente Pérez. En los días 2 y 3 de mayo, en las cercanías de Paipa, las fuerzas de Policarpo y las del gobierno chocaron en un enfrentamiento tan sangriento como feroz. La resistencia de los seguidores de Policarpo fue tal que la ciudad misma quedó devastada por el furor del combate. Finalmente, ante la superioridad numérica del ejército nacional, las fuerzas de Policarpo claudicaron; así terminó la guerra civil de 1871, un conflicto que, entre todos los que han asolado nuestra patria, tiene la peculiaridad de haber comenzado en la ciudad de Chiquinquirá. A pesar de las sombras que trajo la guerra, el mismo año se vio un rayo de esperanza: en Chiquinquirá se fundó el colegio de Nuestra Señora de la Merced, destinado a la educación de las niñas. Esta obra, nacida del esfuerzo y la piedad de la señora Julia Castañeda, habría de convertirse en símbolo de renovación en tiempos de adversidad.

Capítulo XV

SUMARIO

Caída de la campana mayor en 1873. – Continúa la querrela de las escuelas. – A causa de la ley de las escuelas, estalla la guerra civil de 1876. El padre Buenaventura se ve obligado a huir de Chiquinquirá. Las fuerzas del gobierno usan la Basílica como cuartel. – Toma del colegio de Chiquinquirá por una guerrilla conservadora. – Primer fusilamiento en Chiquinquirá. – Muerte del arquitecto José María Mesa. – Polémica generada por el regreso del padre Buenaventura al terminar la guerra.

En 1872 la nación celebró la elección de Manuel Murillo Toro como presidente para el periodo 1872-1874. Bajo su liderazgo, el país avanzó en la modernización de sus comunicaciones, marcando un hito significativo con la llegada del telégrafo a Chiquinquirá, símbolo de los nuevos tiempos. Este logro fue ampliamente celebrado por la población, pues conectaba por primera vez la región con el resto del país y del mundo. Sin embargo, mientras el progreso técnico mostraba su rostro esperanzador, en el ámbito político comenzaron a surgir tensiones soterradas que amenazaban la estabilidad del estado.

En 1873, la tranquilidad del año anterior fue interrumpida por eventos desafortunados. En Chiquinquirá, la campana mayor de la iglesia se desplomó, causando graves daños al atrio, lo que fue interpretado por algunos como un presagio de las dificultades que enfrentaría la nación. Ese mismo año, los ingresos del gobierno se redujeron significativamente debido a la crisis económica mundial que había comenzado en los Estados Unidos, cuyas repercusiones se sintieron con fuerza en el comercio y las finanzas del país. A pesar de estos desafíos, el gobierno de

Murillo Toro mantuvo su esfuerzo por preservar la estabilidad en medio de un panorama incierto.

Al año siguiente (1874) finalizó el mandato de Murillo Toro; este año estuvo marcado por un clima de creciente tensión política. Santiago Pérez Manosalva asumió la presidencia en un ambiente casi de guerra, alimentado por las acusaciones y la hostilidad del partido conservador y de la iglesia contra el gobierno central, principalmente en torno al polémico tema de las escuelas públicas. La educación, vista por el gobierno como clave para el progreso, se convirtió en un campo de batalla ideológico, exacerbando las divisiones entre los sectores liberales y conservadores del país. Con las sombras de un conflicto armado proyectándose sobre la nación, el gobierno inició los preparativos para una guerra inminente el año de 1875. En este año, se importaron de Inglaterra cinco mil fusiles Remington y el tamaño del ejército nacional se incrementó a treinta mil hombres, una cifra sin precedentes desde la guerra magna. En Chiquinquirá mientras tanto, se llevaron a cabo obras de reparación en la iglesia; las campanas del reloj fueron fabricadas por el señor Juan Decausse, y se proyectó la restauración de la campana mayor; también se terminaron las dos torres por obra del arquitecto José María Mesa.

El primero de abril de 1876 asumió la presidencia el santandereano Aquileo Parra, elegido para el periodo 1876-1878. Su gobierno, no obstante, pronto enfrentó la mayor de las turbulencias: la guerra. Apenas tres meses después de su posesión, el 11 de julio, llegó a Bogotá el telegrama que anunciaba el estallido del conflicto en el Valle del Cauca. Los rebeldes conservadores del Cauca y Antioquia lograron pronto

vencer a las fuerzas del gobierno y capturaron al general Eliseo Payán. Triunfantes, se concentraron en los alrededores de Buga, reuniendo un ejército de aproximadamente seis mil hombres. Ante esta amenaza, el presidente Parra envió al general Julián Trujillo con un contingente que oscilaba entre 3500 y 4000 soldados, decidido a frenar la rebelión. En toda la nación se impusieron empréstitos forzosos a los municipios; en Chiquinquirá el empréstito fue dividido en tres partes y a la iglesia le correspondió una suma de 3000 pesos. El padre Buenaventura, viéndose imposibilitado de pagar semejante cifra, huyó de la ciudad y se mantuvo escondido el resto de la guerra.

El 31 de agosto, en el sitio de Los Chancos, cerca de San Pedro²⁸, se libró una batalla decisiva. Las fuerzas rebeldes, avanzando al trote y portando imágenes religiosas, camándulas, cohetes y fusiles de contrabando, iniciaron el ataque con gran ímpetu. La primera línea defensiva del gobierno, compuesta por apenas 59 francotiradores al mando de Gabriel Uribe, logró contener el avance inicial de los conservadores. En medio del fragor de la batalla, el joven Rafael Uribe Uribe, futuro renombrado militar, lideró una carga desesperada con su caballería para reforzar a los francotiradores, pero un disparo enemigo le derribó, hiriéndolo gravemente en la pierna.

La lucha se extendió hasta la una de la tarde, cuando finalmente las tropas conservadoras, agotadas y diezmadas, se declararon vencidas. El campo de batalla quedó cubierto de cuerpos inertes, muchos aún con machetes clavados en sus manos o torsos, ofreciendo una escena aterradora de muerte y desolación. En

²⁸ Valle del Cauca.

total, dos mil prisioneros cayeron en manos de las fuerzas del gobierno, marcando una victoria decisiva para el ejército de Aquileo Parra.

Tras la derrota sufrida en Los Chancos, el ejército conservador se replegó hacia Manizales, reorganizándose para futuras campañas. Sin embargo, en distintos puntos del país, la juventud conservadora abandonó las ciudades y, refugiándose en las zonas rurales formó numerosas guerrillas. Estas pequeñas fuerzas, movidas por el fervor ideológico y la determinación de continuar la lucha, realizaron ataques dispersos contra las tropas gubernamentales generando una atmósfera de incertidumbre y desorden.

En Chiquinquirá el 30 de septiembre, una guerrilla liderada por Manuel Briceño emprendió una acción audaz contra una guarnición del gobierno compuesta por cerca de 300 soldados. Ante la superioridad numérica de los insurgentes, las fuerzas gubernamentales se atrincheraron en el colegio, convirtiéndolo en su último refugio. Reconociendo que un ataque frontal sería suicida, Briceño ordenó minar los cimientos del edificio, lo que obligó a los sitiados a rendirse a las seis de la tarde del 5 de octubre. El día siguiente, el 6 de octubre, en el patio del mismo colegio, se llevó a cabo el fusilamiento de Pedro Avellaneda, miembro de la guerrilla conservadora. Este castigo se impuso tras demostrarse su responsabilidad en el asesinato de Jorge Santamaría, otro insurgente, ocurrido días antes en Cundinamarca. Fue este el único fusilamiento documentado en la historia de nuestra urbe, un acto que reflejó tanto la severidad de la disciplina interna como las divisiones que amenazaban incluso a los propios rebeldes.

Pero el triunfo de los conservadores en Chiquinquirá pronto se esfumó, al saberse que numerosas fuerzas liberales marchaban hacia la ciudad desde Tunja y Ubaté. Briceño decidió entonces abandonar la población y replegarse a Ráquira, evitándose lo que habría sido una durísima batalla en Chiquinquirá. Una línea escrita por el padre Buenaventura *“el que fuere violada mi iglesia, que estaba sirviendo de fuerte desde el inicio de la guerra”* permite conjeturar que la Basílica fue usada en algún momento durante esta guerra a modo de bastión por las fuerzas gubernamentales.

Entre el 20 y el 22 de noviembre de 1876, un ejército conservador, liderado por Marceliano Vélez, se enfrentó al ejército liberal de Santos Acosta en La Garrapata, en el Tolima. Aunque el resultado de la batalla fue indeciso, Acosta perdió la iniciativa, y Vélez se vio obligado a replegarse a Manizales. Aprovechando esta retirada, el general Trujillo lanzó una ofensiva desde el Valle del Cauca, logrando cercar a las fuerzas conservadoras en Manizales. La rendición de este ejército conservador contribuyó a reducir la intensidad de la guerra, que, sin embargo, continuó hasta mayo de 1877, cuando las últimas guerrillas conservadoras fueron disueltas. Ese año Andrés María Salazar cedió a la ciudad de Chiquinquirá un amplio terreno para ensanchar la plaza Policarpa Salavarrieta, edificándose en él varias casas para uso de los peregrinos que afluían a la urbe.

En diciembre de ese año el padre Buenaventura regresó a Chiquinquirá a pesar de las amenazas de los liberales quienes le habían advertido que, de volver, sería agredido físicamente. Al presentarse en la iglesia, el alcalde y varios de sus seguidores lo confrontaron expresándole, de manera hostil, que no lo querían

como cura. Aunque el padre Buenaventura solicitó garantías por escrito el alcalde se negó, alegando que la multitud lo impedía. Sin embargo, al día siguiente gracias a la mediación de Nepomuceno Rojas y Jesús Casas Rojas, se alcanzó un acuerdo entre los liberales y el sacerdote, permitiendo un retorno seguro a su cargo.

En 1878, el general Julián Trujillo, cuyos triunfos en el campo de batalla consolidaron la autoridad del gobierno durante la reciente guerra, asumió la presidencia de la nación para el periodo 1878-1880. Su elección fue vista como un reconocimiento a su liderazgo militar y como un intento de mantener la estabilidad en un país aún marcado por las heridas del conflicto. Trujillo inició su mandato con la promesa de reconciliación y reconstrucción, aunque las divisiones políticas permanecían latentes.

En Chiquinquirá, el 7 de enero de 1878, la ciudad lamentó la muerte de José María Mesa, ilustre arquitecto que, a la edad de más de 90 años, dejó un legado imborrable en la Basílica de la ciudad. Durante más de 30 años de incansable trabajo, Mesa dedicó su arte al embellecimiento del templo diseñando los altares que adornan el contorno interno, así como el atrio y otros detalles arquitectónicos que hicieron del santuario un símbolo de devoción y grandeza. Su partida fue recibida con profunda tristeza y su obra, inmortal, sigue siendo motivo de orgullo para la comunidad chiquinquireña. Unos pocos años más tarde, su nieto seguiría el camino marcado por Jose María y culminaría la decoración de la Basílica.

Capítulo XVI

SUMARIO

El padre Buenaventura reestablece el convento dominico en 1881. -Se adquiere una casa en la plaza de la Concepción para el nuevo convento. - Nuevas decoraciones de la Basílica a cargo de Antonio Cortés Mesa. - Se levanta una nueva cúpula con recubrimiento de cobre. -Crisis económica en la nación por causa de la caída de los precios de la Quina. - Estalla la guerra civil de 1885. - Tercer robo de las joyas de la virgen. - Descubierto el ladrón por haber dejado la escalera en el frontispicio de la Basílica, se refugia en el zarzo del templo. - El alcalde y varios vecinos penetran en el zarzo en búsqueda del ladrón. - Suicidio de este último.

Entre 1879 y 1880, el padre Buenaventura concibió la idea de restablecer el convento que había sido cerrado casi medio siglo atrás, cuando la nación apenas daba sus primeros pasos. Escribió entonces el padre Buenaventura una misiva al maestro general de la orden dominica, el padre José María Larroca, quien le respondió que hiciese un llamamiento a todos sus hermanos de orden exclaustrados que estuviesen dispuestos a dejar sus beneficios y reunirse en la comunidad de un convento. En noviembre de 1881 acudieron a una reunión en Chiquinquirá numerosos miembros de la orden dominica, y acordaron el restablecimiento del convento de la urbe. Los monjes que ingresaron al convento aquel año fueron Manuel Murillo, José María Gómez, Prájedo López, Patrocinio Torres, Tomás Posada y José Calasanz.

El ambiente político en Chiquinquirá estuvo ese año marcado por la controversia en torno al restablecimiento del convento. Algunos liberales residentes en la ciudad se opusieron con vehemencia, considerando la medida un retroceso en los

principios laicos defendidos por el gobierno. El padre Buenaventura, confiado en el apoyo popular los desafió a recoger firmas contra el proyecto. No pasó mucho tiempo antes de que los opositores reconocieran su aislamiento, pues el ánimo de la población respaldaba ampliamente el regreso del convento. De los numerosos habitantes de la ciudad, no más de veinte firmaron en contra de la propuesta, lo que consolidó la iniciativa del clérigo.

Dado que el edificio original del convento, construido en la década de 1820 había sido entregado al colegio, el padre Buenaventura adquirió por cinco mil pesos una casa ubicada detrás de la Basílica. Esta propiedad modesta pero simbólica, se convirtió en el núcleo del nuevo convento, marcando el resurgimiento de una tradición que la comunidad local valoraba profundamente. El 8 de diciembre de este mismo año, la ciudad celebró otro acontecimiento significativo con la inauguración de la Plaza de la Concepción, destinada a albergar las ferias y actividades comerciales.

El padre Buenaventura, en su constante empeño por embellecer la Basílica de Chiquinquirá, emprendió en 1882 una serie de labores de decoración que elevaron aún más el esplendor del templo. Contó con la colaboración del arquitecto Antonio Cortés Mesa, nieto del renombrado José María Mesa, cuyo legado continuaba inspirando a los artistas locales. Bajo su dirección, se realizaron importantes mejoras tanto en las bóvedas laterales como en la nave central y las capillas del templo.

En las bóvedas laterales, se aplicó estuco y se instaló en el centro de cada una un florón circular adornado con hojas de acanto. La

nave central recibió decoraciones aún más elaboradas: en la bóveda sobre el altar de la Virgen se colocó un florón circular de hojas de acanto, en cuyo centro se representó el ojo de la providencia encerrado en un triángulo y rodeado de serafines. Este diseño fue complementado con arabescos que, al reducir su tamaño, dirigían la mirada hacia las columnas. En la bóveda del presbiterio, otro florón majestuoso destacaba con un monograma de la Virgen María flotando en su centro, rodeado de detalles minuciosos.

Cada uno de los cuatro arcos que sostenían la bóveda principal fue adornado con claves y festones, mientras que debajo de cada festón se colocó un florón correspondiente. Además, en las quince capillas laterales se realizaron metopas en alto relieve que representaban insignias místicas, reflejando tanto el fervor religioso como el talento artístico de quienes trabajaron en estas obras.

En 1883 el padre Buenaventura emprendió una de las reformas más ambiciosas de su carrera: decidió derribar la vieja cúpula de madera que coronaba la Basílica de Chiquinquirá, con la intención de reemplazarla por una estructura más duradera y majestuosa. Para esta magna obra, confió en la habilidad del arquitecto Antonio Cortés Mesa, quien diseñó una cúpula en estilo jónico moderno, adecuado a la magnificencia que el templo requería.

El proceso comenzó con la construcción de un anillo sobre los cuatro arcos torales del crucero y sus pechinas, sobre el cual se levantaría la cúpula y su cupulino. La cúpula, con un diámetro de once metros, se erguiría como un símbolo de la devoción y el progreso de la comunidad, mientras que el cupulino, de 2 metros

y 20 centímetros de altura, se posaba sobre ella con elegancia. Para su recubrimiento se utilizó cobre laminado, el cual fue sostenido por una sólida estructura de madera que garantizaba su estabilidad y durabilidad. Como toque final y para proteger el templo de las inclemencias del tiempo, se instaló un pararrayos en la cúspide de la cúpula que alcanzaba una altura de 40 metros sobre el nivel del suelo. Este año el censo de la nación reportó para Chiquinquirá un total de 18000 habitantes.

En 1884, Rafael Núñez, liberal moderado, alcanzó la presidencia. Pronto abandonó a su partido y buscó alianza con los conservadores para combatir a los liberales radicales, quienes, con su caos federalista, habían sumido a la república en la ruina. Apenas iniciado su gobierno, enfrentó una crisis económica sin precedentes. La fiebre de la quina, que había inflado el comercio entre 1880 y 1882, colapsó de repente y con ello, los precios del producto. La región oriental del país, antaño próspera, cayó en una depresión devastadora. Miles de trabajadores quedaron sin empleo, transformándose en terreno fértil para el desorden y la guerra. Este año el comercio de cueros, vital para la industria del calzado en Chiquinquirá, se vio amenazado por la baja demanda. Los talleres de zapatería, antaño ruidosos y prósperos, comenzaron a cerrar sus puertas.

El 7 de septiembre, en Mosquera, los liberales radicales tomaron las armas, clamando fraude en las elecciones del estado de Cundinamarca. Bajo el mando del general Gaitán Obeso, avanzaron rápidamente y capturaron Guaduas, sin encontrar resistencia digna de mención. Núñez, siempre astuto en sus maniobras, prefirió la negociación antes que el desgaste de una

guerra. La reunión entre presidente y general selló un acuerdo que ofrecía la ilusión de paz.

Mas la calma fue breve. En octubre, los radicales triunfaron en las elecciones del estado de Santander, bastión de gran población y riqueza. Núñez, incapaz de tolerar tal amenaza a su poder, urdió planes para impedir la posesión del nuevo gobierno estatal. Su maniobra, lejos de pacificar, inflamó nuevamente los ánimos.

Desde Pamplona, el rebelde Daniel Hernández lideró un ejército que, hábil en sus movimientos, burló las fuerzas del gobierno y cruzó hacia el estado de Boyacá el 13 de diciembre. Con la sombra de la guerra cerniéndose sobre la nación, Núñez, pragmático y sin escrúpulos, pactó con sus antiguos enemigos: los conservadores. Así, autorizó al general Leonardo Canal a formar un ejército que para el 31 de diciembre contaba ya con 1.300 hombres, dispuesto a sofocar a los radicales. La república, que apenas había conocido tregua, volvía a sumirse en el fragor de la discordia.

En medio de la convulsión el general Gaitán Obeso, resuelto a reavivar la lucha, escapó de Bogotá con sigilo y marchó hacia La Vega. Allí reunió a 200 hombres con los que atacó el puerto de Yeguas en el río Magdalena. Los vapores capturados fueron reforzados con láminas de acero y bultos de tierra, convirtiéndose en una flota improvisada que avanzó río abajo, apresando buques hasta sumar 25. Con esta escuadra se presentó en Barranquilla, que capituló sin resistencia. De regreso río arriba, llevó pertrechos a los ejércitos rebeldes del Tolima, dejándolos abastecidos antes de retornar a Barranquilla, donde el 11 de febrero derrotó a un ejército del gobierno que intentaba recuperar la ciudad.

Mientras tanto, en el Cauca el general Payán, ahora al servicio del gobierno, venció a los liberales en Vijes, Roldanillo y Cartago empujándolos hacia Manizales. Allí, cercados, capitularon ante el general Mateus, quien llegaba tras aplastar la revolución en el Tolima con victorias en Girardot, Honda y Mariquita. Con estas derrotas, la revolución quedó confinada a la costa, donde las fuerzas de Gaitán pusieron cerco a Cartagena.

El gobierno, alarmado, envió numerosos refuerzos. El 8 de mayo, en las cercanías de la ciudad, los rebeldes fueron derrotados, dejando 500 muertos en el campo. Obligados a retroceder, remontaron el Magdalena en busca de una nueva base. Pero en El Banco, el 17 de junio, las tropas del general Guillermo Quintero Calderón, protegidas por artillería y fortificaciones, forzaron el desembarco rebelde. Las emboscadas y empalizadas cobraron cientos de vidas. Aunque la victoria fue de los liberales, las bajas fueron tan graves que su general, Sergio Camargo, bien pudo haber exclamado: *'Otra victoria como esta, y estamos perdidos'*²⁹.

Con esta batalla, la llamada guerra de 1885 llegó prácticamente a su fin. El ejército rebelde, deshecho, dejó a sus hombres dispersos: algunos capturados, otros entregándose al gobierno. Así terminó la revuelta, no por la fuerza del enemigo, sino por el desgaste de la propia causa.

El año 1886 fue célebre por la promulgación de una nueva constitución, que puso fin al federalismo consagrado en la constitución de Rionegro y estableció un estado unitario. La religión católica fue declarada oficial del país, el periodo

²⁹ Frase atribuida a Pirro, rey del Epiro tras la victoria Heraclea.

presidencial se extendió a seis años, y los estados desaparecieron para dar paso a los departamentos, cada uno gobernado por un funcionario nombrado directamente por el presidente de la república, quien a su vez designaba a los alcaldes. En Boyacá, el general Buenaventura Reinales asumió como primer gobernador, ejerciendo su mando desde 1886 hasta febrero de 1888.

En Chiquinquirá, el 2 de enero de ese año, tuvo lugar el tercer robo de las joyas de la Virgen. Durante el rezo del rosario de la tarde, un hombre ascendió a la torre sur de la Basílica. A las ocho de la noche, cruzó al cornisón del frontis, llevando consigo una escalera de guadua, la cual usó para trepar hasta el reloj de la torre norte. Una vez dentro, descendió por las escaleras hasta alcanzar el cuarto donde se guardaban las mayores riquezas del templo. Tras varias horas de arduo trabajo, logró perforar el techo y acceder al interior. Su objetivo principal era un valioso cinturón, regalo de la duquesa de Alba a la Virgen de Chiquinquirá. Sin embargo, el tiempo invertido en perforar el techo le impidió abrir el baúl que contenía la joya. Temiendo ser descubierto, se contentó con llevarse unas bolsas de dinero. A las cuatro de la mañana se escondió en las bóvedas de la Basílica, dejando olvidada su escalera en el cornisón del frontis.

Con las primeras luces del alba, los fieles que acudían a misa vieron con asombro la escalera abandonada. La alarma no tardó en propagarse. Al intentar el ingreso al cuarto del tesoro por la puerta del baptisterio, descubrieron que el ladrón la había bloqueado desde el interior. Subieron entonces al coro, desde donde accedieron a la torre. Allí encontraron la perforación realizada durante la noche. No obstante, el prior del convento ordenó suspender las pesquisas hasta que se celebrara la misa.

Finalizado el ritual religioso, a las once de la mañana comenzó la búsqueda del intruso en el cielorraso de la Basílica. Vecinos armados con espadas oxidadas, palos y machetes se unieron a la expedición, liderados por el alcalde, quien avanzaba alumbrándose con una vela. En medio de la penumbra, un disparo resonó en el interior del cielorraso. Sobrecogido por el miedo, el alcalde preguntó quién había disparado, pero todos negaron haberlo hecho. Fue entonces cuando alguien señaló un bulto en una esquina: era el ladrón, que había intentado suicidarse disparándose en la cabeza. Aunque intentaron rescatarlo con vida, el hombre expiró tres horas después, llevándose consigo las respuestas sobre su audaz pero fallido plan.

Capítulo XVII

SUMARIO

Muere Jose David Guarín en Chiquinquirá en 1890. Chiquinquirá es consagrada al sagrado corazón de Jesús. - Un desbordamiento del riachuelo el Calvario inunda el hospital de Chiquinquirá y varias casas. – Construcción de la capilla de los difuntos en la Basílica de Chiquinquirá. – Gobierno de Miguel Antonio Caro. -Estalla la guerra civil de 1895. – Toma del cuartel de la policía de Chiquinquirá por los liberales en el primer día de la guerra.

En el año 1887, Rafael Núñez, figura central de la política nacional y artífice del régimen regenerador, retomó la presidencia. El 11 de noviembre, en medio de ceremonias que exaltaban la unidad de la patria, se escuchó por primera vez el himno nacional, obra atribuida al mismo presidente. Al año siguiente, 1888, quedó instaurada una nueva tradición: el 7 de agosto se convirtió en la fecha oficial para la posesión presidencial, un rito destinado a simbolizar la continuidad del poder. A Carlos Holguín Mallarino se confió la dirección del estado por el periodo 1888-1892, mientras en Boyacá la gobernación fluctuó entre varias manos: Francisco Mendoza Pérez, por breve tiempo en febrero; José Ospina Camacho, desde febrero hasta julio; y finalmente Jacobo de la Parra, quien cerró el año. En ese mismo tiempo, en Chiquinquirá, las hermanas dominicanas de la Presentación fundaron un colegio que, con 35 alumnas, marcó el inicio de una obra que aspiraba a moldear las mentes jóvenes bajo los principios de fe y disciplina.

En 1889, la gobernación de Boyacá fue asumida por el general Belisario Posada, un hombre cuyo breve mandato, de enero a agosto, fue seguido por el del general Próspero Pinzón. Este último, veterano de las guerras civiles de 1876 y 1885, se

proyectaba ya como figura decisiva en los conflictos venideros. En 1890, el 9 de diciembre, Chiquinquirá fue testigo de la muerte de José David Guarín, cuentista y poeta nacido en Quetame en 1830. Hombre de letras y cargos públicos, entre los cuales destacó su consulado en San Francisco, cerró su vida lejos de la gloria y el bullicio, pero con un nombre que resonaría entre quienes valoran las artes y la palabra.

En el año 1891, el presidente de la república, como muestra de gratitud por la mediación de España en una disputa fronteriza con Venezuela, ofreció a la reina el llamado tesoro Quimbaya, un conjunto de ornamentos que hablaba del ingenio de los antiguos orfebres, pero cuya entrega suscitó y suscita murmullos entre quienes consideran que se enajenaba el patrimonio de la nación. El 8 de noviembre de ese mismo año, Chiquinquirá, siguiendo el ejemplo de otros municipios y en sintonía con un fervor religioso que impregnaba la república, fue consagrada al Sagrado Corazón de Jesús. Tal acto, decidido por el cabildo local, prefiguraba el consagrar de la nación entera que se inclinaba más que nunca hacia la fe.

En 1892, Rafael Núñez, arquitecto del régimen regenerador, fue nuevamente elegido presidente. Sin embargo, su ausencia prolongada cedió el mando, por breve tiempo, a Miguel Antonio Caro, insigne gramático latino y castellano cuyas letras parecían más adecuadas para los pergaminos que para los asuntos del poder. Mientras tanto, en Boyacá, el general Próspero Pinzón, tras dirigir la gobernación con el temple de un veterano de guerras, dejó el cargo el 23 de septiembre; fue sucedido por el general Jorge Moya Vásquez el 1 de octubre. El año siguiente, 1893, quedaría inscrito en la memoria de Chiquinquirá por la furia de

los elementos. El 15 de noviembre, un aguacero incesante se abatió sobre la ciudad, haciendo crecer al riachuelo del Calvario más allá de sus límites. Las aguas, que inicialmente parecían un desbordamiento menor, se tornaron en torrente indomable, arrastrando escombros, muebles y animales en su paso violento. Varias casas, endebles en su construcción, fueron arrasadas; otras, anegadas hasta los techos, dejaron a sus habitantes con poco más que las ropas que llevaban puestas. El hospital, refugio último para los enfermos y desvalidos, no escapó al desastre: sus pasillos quedaron cubiertos de lodo, y los enfermos tuvieron que ser evacuados en medio del caos y la desesperación.

El 18 de septiembre de 1894, Rafael Núñez, padre de la regeneración y arquitecto de la constitución de 1886, murió en Cartagena, víctima de un derrame cerebral, justo cuando se preparaba para retomar las riendas del poder. Así, el mando quedó definitivamente en manos de Miguel Antonio Caro, quien ya lo ejercía desde 1892. Bajo su gobierno, comenzaron a destaparse escándalos de corrupción: el Estado, incapaz de saldar sus deudas, imprimía dinero sin el aval del Banco de la República, desatando una inflación que despojaba a la moneda de su valor. El desprestigio internacional, alimentado por la negativa a pagar la deuda externa, cerraba las puertas del crédito, mientras los exorbitantes impuestos aduaneros agotaban aún más las finanzas públicas. La república, tambaleante como un equilibrista, no había caído en la guerra civil únicamente por las trabas impuestas por la nueva constitución a los pronunciamientos armados. Este año se edificó en la Basílica de Chiquinquirá la capilla donde están enterrados los sacerdotes en el costado norte del templo, donde está la puerta lateral. La fachada de la capilla se edificó en

orden dórico, y en la parte superior de la misma se ubicó la estatua de la Fe.

El 22 de enero de 1895, un complot para deponer a Caro y desatar la guerra en la capital fue descubierto y desbaratado. Sin embargo, como si la insurrección hubiese esperado su momento, estalló simultáneamente en varias provincias: Boyacá, Cundinamarca y Tolima. En Chiquinquirá, la misma noche del golpe frustrado en Bogotá, un grupo de liberales tomó por asalto el cuartel de policía, haciéndose con el control. Al día siguiente, la juventud liberal de la ciudad se unió al conflicto. Entre ellos destacó Antonio María Ferro Bermúdez, apodado "el Jetón Ferro", quien años después fundaría la Gruta Simbólica³⁰.

La rebelión fue encabezada por el general Santos Acosta, veterano liberal y nativo de Boyacá, mientras que las fuerzas gubernamentales estaban bajo el mando del general Rafael Reyes, también boyacense, lo que añadía ironía al conflicto: compatriotas enfrentados en una lucha fratricida. Una semana después del fallido golpe, Reyes obtuvo una victoria decisiva en la batalla de La Tribuna, donde aplastó a los rebeldes de Cundinamarca. Pero la amenaza no cesó. Reyes, previendo un levantamiento en la costa que podría privar al gobierno de sus puertos caribeños, marchó hacia la región para sofocar cualquier intento de sublevación.

Entre tanto, los rebeldes lograron reunir una fuerza considerable de 5.000 fusileros en Santander, con el propósito de marchar sobre Bogotá. Reyes, en una maniobra desesperada, emprendió

³⁰ Fue un grupo de escritores, entre quienes destacaban Julio Flórez y Antonio María Ferro Bermúdez, que se reunían para leer e improvisar poesía.

un extenuante retorno desde la costa hasta Santander, dejando en el camino soldados exhaustos, pertrechos abandonados y cañones inutilizados. Finalmente, el 15 de marzo, alcanzó al enemigo en Enciso. Allí, en una batalla feroz y sangrienta, Reyes logró aplastar a los rebeldes, poniendo fin a la guerra y restaurando el orden en una república que parecía estar siempre al borde del abismo.

Capítulo XVIII

SUMARIO

En 1896 se desata un gran incendio en el edificio del colegio (antiguo convento). – El incendio se extiende por más de 24 horas, dejando en ruinas el colegio, la sacristía y parte del convento. – Participación de los ciudadanos y monjes en la extinción del incendio. – Se adquiere el órgano de la Basílica.

En el año 1896 tuvo lugar en Chiquinquirá un incendio que marcó profundamente la historia local. El evento ocurrió el 12 de agosto a las 11 de la noche, cuando un fuego se inició en el techo del Colegio, antiguo convento dominico, adyacente a la Basílica. Este edificio, que había sido confiscado por las tropas del gobierno tras la guerra civil de 1895, albergaba entonces a numerosos soldados, lo que influyó en la respuesta inicial al desastre.

Los primeros en percatarse del incendio fueron tres hombres que se encontraban en la plaza: Elías Páez, Estanislao García y Luis Felipe Salazar. Aunque dieron la alarma a los guardias militares, estos reaccionaron con escepticismo, temiendo que se tratara de un ataque liberal. Páez para forzar una respuesta, efectuó disparos al aire lo que finalmente movilizó a los soldados y a los habitantes, quienes acudieron al lugar con cántaros de agua. Al mismo tiempo, las campanas de la Basílica tocaron a rebato, extendiendo la noticia por toda la ciudad.

A pesar de los esfuerzos de los vecinos, las llamas se propagaron con rapidez, alcanzando el nuevo convento y amenazando la Basílica. Los dominicos, conscientes del peligro, evacuaron las alhajas de la Virgen mientras algunos hombres, como el padre Roa, intentaban contener el fuego. Este último, en un acto

temerario, cruzó una escalera improvisada entre el colegio y la Basílica para lanzar agua sobre las llamas. Durante esta maniobra, resbaló y quedó colgado en el aire, siendo rescatado poco después. Su intervención, aunque simbólica, no logró detener el avance del incendio.

Ante la inminente destrucción de la Basílica, Luis Francisco Fajardo, Eladio Quiñonez y Elías Páez tomaron la decisión de rescatar el cuadro de la Virgen. En un acto de riesgo extremo, lograron extraer la reliquia del templo mientras una nube de humo denso invadía su interior haciendo su atmosfera insoportable. Este acto de valor levantó la moral de la ciudadanía, que veía salvada la antiquísima reliquia a la que Chiquinquirá debía su misma existencia. Al verla, la multitud estalló en aclamaciones; unos lloraban, otros gritaban y algunos se lanzaban de rodillas, suplicando la intervención celestial para contener el incendio.

El incendio fue finalmente controlado el 14 de agosto, después de casi un día de esfuerzos continuos. El colegio quedó reducido a cenizas, y buena parte del convento y la sacristía fueron también destruidos. Solo las paredes resistieron, aunque gravemente dañadas. A pesar de estas pérdidas materiales, la Basílica fue preservada y con ella, el cuadro de la Virgen. El episodio dejó lecciones claras sobre la vulnerabilidad de las estructuras locales y la necesidad de una respuesta más organizada ante futuros desastres.

En aquel mismo año de adversidades y pruebas, surgieron también signos de esperanza y restauración. El 31 de octubre, la ciudad de Chiquinquirá recibió con júbilo el primer órgano de su Basílica, una obra maestra de la prestigiosa casa Amezúa, dotada del sistema tubular, cuya melodía prometía elevar los espíritus

hacia lo divino. No menos memorable fue el 24 de diciembre, cuando se consagró la capilla del hospital, edificada con esmero por el señor Cipriano Sáenz de Buruaga. Así, mientras aún resonaban los ecos del desastre, la comunidad dio testimonio de su inquebrantable fe y de su capacidad para reconstruir lo perdido.

Capítulo IXX

SUMARIO

Se inicia la reconstrucción de la capilla de Santa Bárbara en 1897. – Se funda ese mismo año el colegio de Nuestra Señora del Rosario. -Reconstrucción de la sacristía. – Estalla la guerra de los mil días. -Los liberales de Chiquinquirá toman posesión de la ciudad y se unen a las fuerzas rebeldes de Santander. - Batalla de Bucaramanga. -Batalla de Peralonso. – Batalla de Palonegro. – Muerte del general Castañeda en el combate de capitanes. – Llegada del general Pinzón a Chiquinquirá. -Asalto de una guerrilla liberal a Chiquinquirá. – Tras varias horas de combate, los rebeldes se retiran dejando 15 casas incendiadas y averiada la cúpula de la Basílica. – Fin de la guerra. – Separación de Panamá. – Descubrimiento y explotación de las minas de mármol de Villa de Leyva.

En el año de 1897, mientras la ciudad de Chiquinquirá continuaba su labor de restauración tras los estragos del incendio, se emprendió la reconstrucción de la capilla de Santa Bárbara, erigida más de medio siglo atrás, como un homenaje a la fortaleza y la fe de sus fundadores. Ese mismo año, el primero de mayo, la comunidad dominica, respondiendo al clamor de los ciudadanos, abrió el Colegio de Nuestra Señora del Rosario de Chiquinquirá. En sus aulas, cincuenta alumnos iniciaron una nueva etapa de aprendizaje bajo la dirección del padre Vicente María Cornejo, quien asumió el rectorado con dedicación y celo pastoral.

En 1898, las labores de reconstrucción avanzaron con el término de la sacristía. Esta obra, guiada por los planos trazados con maestría por el ingeniero español Lorenzo Murat y el talento local de los chiquinquireños Jenaro Bermúdez y Antonio Cortés Mesa se alzó como un símbolo de la unión entre experiencia y amor por la tierra, devolviendo esplendor al corazón del templo.

El año siguiente, 1899³¹, la guerra civil volvió a sacudir a Colombia. Las causas no eran pocas ni menores: los liberales, excluidos casi por completo del gobierno, veían a sus hijos privados de acceso a la universidad debido a su filiación política. Mientras tanto, las finanzas del país estaban en ruinas, y los ingresos estatales apenas alcanzaban para cubrir los sueldos de los funcionarios. En este panorama de descontento y penuria, Miguel Antonio Sanclemente asumió la presidencia como figura decorativa, mientras que Miguel Antonio Caro, jefe de los nacionalistas, manejaba los hilos del poder. Entre tanto, el conservatismo se dividía entre los nacionalistas de Caro y los históricos, liderados por Carlos Martínez Silva, cuyas desavenencias eran tan profundas que los liberales esperaron, con cierta esperanza, que estas facciones se enfrentaran entre sí.

Cuando los conservadores históricos declararon el 17 de agosto de 1899 que no apoyarían a los nacionalistas en caso de un brote revolucionario, los liberales vieron su oportunidad. El 17 de octubre, el levantamiento comenzó en Bucaramanga. Los liberales evacuaron la ciudad para reagruparse en los pueblos circundantes, tal como habían planeado. Simultáneamente, estallaron alzamientos en Cundinamarca, Tolima y Boyacá. En Chiquinquirá, el 18 de octubre, los insurgentes tomaron el control del colegio local que el ejército nacional había abandonado meses atrás. Durante diez días, Chiquinquirá fue un bastión liberal, atrayendo a jóvenes de las regiones cercanas. Finalmente, el 29 de octubre, una columna armada salió de allí con rumbo a la Mesa

³¹ Este año también debe ser recordado por el nacimiento de Rómulo Rozo, sin duda el mayor escultor que ha dado nuestra urbe. Lamentablemente de sus obras solo se conserva en nuestra ciudad el busto del padre Buenaventura.

de los Santos, en Santander, donde el grueso del ejército liberal se concentraba para atacar Bucaramanga.

Al mismo tiempo, los liberales de Barranquilla, actuando con audacia, se apoderaron de varios buques en el puerto y encerraron a dos cañoneras del gobierno. Su objetivo era controlar el río Magdalena, vital arteria para el transporte y suministro de armas. Pero la fortuna les fue adversa. En la noche del 24 de octubre, las cañoneras gubernamentales rompieron el bloqueo y alcanzaron la flota liberal en el punto conocido como Los Obispos. La batalla fue caótica: mientras el capitán Diego de Castro apagaba las luces de su cañonera Hércules para esquivar a la draga Cristóbal Colón, los liberales, con sus naves iluminadas y tripulaciones en estado de embriaguez, ofrecieron blancos fáciles a la artillería conservadora. En medio de la confusión, el buque liberal Helena hundió por error al Cristóbal Colón, sellando una tragedia que costó 500 vidas y, en última instancia, el control del río.

Derrotados en el Magdalena, los liberales intentaron recuperar terreno en tierra. En la Mesa de los Santos, las tropas proclamaron como su líder al general Rafael Uribe Uribe, quien, confiado en la debilidad de la defensa conservadora en Bucaramanga, lanzó un ataque el 12 de noviembre. Pero su plan adolecía de errores graves: se desconocía el terreno y la estrategia fue desordenada. Las fuerzas conservadoras, atrincheradas en la iglesia de San Laureano, repelieron con descargas cerradas de fusilería el avance liberal.

Durante dos días de combate feroz, los liberales atacaron con valentía, animados por el general Soler Martínez. Sin embargo, todo fue en vano. Finalmente, el ejército liberal, deshecho y

exhausto, se retiró hacia Cúcuta, llevando consigo el peso de la derrota. Allí, las tropas de Rafael Uribe Uribe, maltrechas y desorganizadas, se reunieron con otros batallones procedentes del Socorro y del Magdalena. De entre los 3600 hombres que componían este improvisado ejército, apenas unos pocos llevaban fusiles; la mayoría estaba armada con machetes, y la artillería no era más que un conjunto de tubos de acueducto adaptados con desesperada inventiva. Estos descamisados, como los llamaban, representaban un símbolo de la resistencia liberal frente a la opulencia militar de sus adversarios.

Mientras tanto, un ejército conservador avanzaba desde diversas direcciones hacia Cúcuta. Estaba comandado por los generales Luján, Casabianca, Próspero Pinzón y Villamizar, junto con otros 35 oficiales cuyos nombres, por deferencia al lector, se omiten aquí. Las fuerzas liberales, conscientes de la debilidad de su posición defensiva en la ciudad, evacuaron Cúcuta y se replegaron al cerro de Tasajero. Desde allí, cruzaron el río Zulía y se encontraron cara a cara con el enemigo el 15 de diciembre. El campo de batalla estaba atravesado por el río Peralonso, cuyo puente de Las Lajas se convirtió en el epicentro del conflicto.

El combate comenzó con un ataque de los fusileros conservadores, y el puente se disputó ferozmente durante horas. El agua del río, teñida de rojo, corría como un testimonio silencioso de la matanza. Cuando la noche cayó, las fuerzas de ambos bandos estaban extenuadas y desmoralizadas. Algunos soldados desertaron, incapaces de soportar la visión de sus camaradas muertos. A la luz de las fogatas, los militares devoraban la carne de reses recién sacrificadas; sus rostros

pálidos reflejaban el temor y la crudeza de un enfrentamiento muy distante de las glorias pintadas por los retratos de la guerra.

En la madrugada del 16 de diciembre, los combates se reanudaron. El general Soler resistía desde una colina los ataques constantes del conservador Casabianca, pero la situación se tornaba cada vez más desesperada. Fue entonces cuando un grito desgarrador se escuchó desde las filas liberales: "¡Se acabaron las municiones!" Ante la inminente derrota, Uribe Uribe recordó la hazaña del coronel Rondón, una leyenda de valor. Con determinación, reunió a diez voluntarios a caballo y, liderándolos personalmente, cargó sobre el puente de Las Lajas. Las balas silbaban a su alrededor disparadas por los francotiradores conservadores, pero él y sus hombres cruzaron la estructura como si el destino mismo los empujara.

El efecto de esta carga fue devastador. La audacia de Uribe Uribe sembró el pánico entre los conservadores, quienes, al ver al ejército liberal avanzar con renovado ímpetu, abandonaron el campo. Dejaron tras de sí numerosos prisioneros, toda su artillería, municiones y reservas. A las cuatro de la tarde, la batalla había terminado. Rafael Uribe Uribe emergió como el héroe no sólo de los liberales, sino también de los conservadores, quienes no pudieron evitar admirar su valentía y liderazgo.

Sin embargo, la victoria en Peralonso, que habría podido decidir el curso de la guerra si los liberales la hubiesen aprovechado, quedó reducida a un vano recuerdo. En Cúcuta, los comandantes liberales desperdiciaron cuatro preciosos meses en interminables disposiciones gubernamentales y en la espera de armas y pertrechos que nunca llegaron. Mientras tanto, el gobierno, con

recursos y tiempo a su favor, se rearmaba con creciente vigor. Logró reunir un formidable ejército de 18,000 hombres bien equipados, frente a los escasos 7,000 con los que contaban los liberales.

Ambos ejércitos se encontraron finalmente en la hacienda de Palonegro, cerca de Bucaramanga, el 11 de mayo de 1900. Allí comenzó una batalla que se prolongó durante quince días de horror inenarrable. Los enfrentamientos se llevaban a cabo entre pequeñas compañías de fusileros que se diezmaban lenta pero inexorablemente. Por las características del terreno, la caballería permanecía inactiva, y los macheteros, en su lugar, eran enviados en cargas feroces que lograban desbaratar las columnas enemigas, aunque a costa de enormes pérdidas.

A medida que los días avanzaban, los cadáveres comenzaron a acumularse en el campo de batalla. El aire pronto se volvió irrespirable debido a la descomposición, y los combatientes vivos se veían obligados a soportar no sólo el peso de la guerra, sino también la peste que la acompañaba. Las casas de Palonegro, destinadas a albergar a los heridos, se convirtieron en lúgubres hospitales donde los cadáveres de camaradas muertos servían de almohadas para los moribundos. En una ranchería cercana, cientos de cuerpos se pudrían en horribles montones, mientras los cuervos, atraídos por el hedor, arrancaban trozos de carne de los cráneos.

Finalmente, el 25 de mayo, el ejército liberal, completamente deshecho, buscó refugio en los cerros vecinos. Sin esperanza de continuar la batalla, las tropas se retiraron hacia Ocaña, dejando tras de sí el campo cubierto de los muertos de ambos bandos. A

partir de ese momento, la revolución, derrotada en los grandes enfrentamientos, quedó relegada a la lucha guerrillera. Paradójicamente, fue esta forma de guerra la que casi dio la victoria a los liberales.

El 31 de julio los mismos conservadores le daban un golpe de estado al presidente San Clemente, que vivía retirado en Anapoima; buscaban los golpistas la forma de poner fin a la guerra, pues sabían que mientras el señor Caro manejara los hilos del gobierno, la reconciliación con los liberales sería imposible. Pero el vicepresidente Marroquín, quien fue elevado al poder supremo, pronto resultó más recalcitrante que el mismo Caro, desautorizando las conversaciones de paz que se habían iniciado con el jefe liberal Aquileo Parra, y de esta forma continuó la terrible guerra fratricida. En todo el país nacieron innumerables guerrillas liberales que pusieron en jaque a los ejércitos nacionales que contaban con 40000 efectivos.

En el sitio de Capitanes, el 19 de agosto, el destino quiso que el joven conservador chiquinquireño Jesús Casas Castañeda encontrara su fin. Contaba apenas con 21 años, aunque algunos cronistas afirman que tenía 22 y ostentaba ya el rango de general, un honor que había alcanzado más por los lazos de su familia que por los rigores de Marte. Sin embargo, el joven no era del todo un adorno en el campo de batalla; se dice que luchaba con el ímpetu de los inexpertos y la valentía de quien desconoce el peso de la muerte.

El combate contra la guerrilla fue feroz. En un campo cubierto de matorrales y surcado por senderos angostos, los fusiles rugían y el humo de la pólvora se mezclaba con el polvo que levantaban

los guerrilleros al cargar. Jesús, a la cabeza de su tropa, avanzaba con resolución, como si el destino lo hubiese llamado a brillar en esa jornada. Pero en medio del fragor, una bala, disparada con precisión letal, atravesó su pecho. Cayó al suelo y quienes lo rodeaban afirmaron después que aún tuvo fuerzas para dirigir su mirada al cielo, como buscando en él la redención que tantos jóvenes soldados deseaban en sus últimos instantes.

Cuando llegó la noticia al general Próspero Pinzón, éste se conmovió profundamente. No fue el llanto lo que delató su pesar, sino el silencio que siguió a la noticia, un silencio cargado de una tristeza tan pesada que ni sus oficiales más cercanos se atrevieron a romper. Finalmente, alzando la voz como para ahogar su pena, Pinzón exclamó: “*¡Hubiera preferido ser derrotado que perder a este joven!*” Tal era el impacto que causaba la muerte de un hombre tan joven cuya vida prometía mejores días, pero que el azar de la guerra había truncado cruelmente.

Los soldados conservadores trasladaron el cadáver de Jesús Casas Castañeda con honores hacia Bucaramanga. Tras aquel encuentro, el general Próspero Pinzón, al mando de su ejército, emprendió camino hacia Bogotá y, al pasar por Chiquinquirá el 26 de agosto, aprovechó para cumplir una promesa hecha en el mismo campo de batalla. Según sus propias palabras, fue “*por la poderosa intercesión de la Virgen de Chiquinquirá*” que había logrado la victoria. La ciudad, devota a su patrona, recibió al general con una procesión que partió desde Puente Nacional y Saboyá, uniendo a los conservadores de la región en fervorosa celebración.

A las dos de la tarde, el vencedor de Palonegro y sus tropas hicieron su entrada triunfal en Chiquinquirá. El retumbar de los cohetes y el repique de las campanas de la Basílica anunciaban su llegada. Cerca del atrio se había erigido un improvisado arco de triunfo al estilo romano, decorado con flores y banderas. Allí aguardaban varias jóvenes quienes, con solemne gracia, coronaron al general Pinzón y a sus oficiales como héroes. Acto seguido, la comitiva ingresó al templo, donde dio inicio el Te Deum, un canto de agradecimiento que resonó bajo las bóvedas del santuario.

El prior del convento, el padre Tomás María Posada, encabezó la ceremonia y condecoró al general y a sus lugartenientes con unos escudos adornados con la tricolor colombiana y la medalla de la Virgen de Chiquinquirá en el centro. Fue un momento de profunda emotividad, donde la fe y la política se entrelazaron como nunca.

Sin embargo, la celebración no ocultaba las cicatrices de la guerra. El 27 de agosto, comenzaron a llegar las divisiones restantes del ejército conservador. Para el día 30, se realizó una solemne procesión con la imagen de la Virgen de Chiquinquirá, rodeada por el grueso del ejército nacional. El espectáculo conmovía profundamente: miserables soldados, aún marcados por las heridas de la reciente carnicería, avanzaban con semblantes demacrados y ropas hechas jirones. Ellos eran el testimonio viviente del desastre que había sacudido a la nación.

La mayoría de estos hombres eran campesinos, arrancados de sus hogares para servir en una guerra que apenas comprendían. Marchaban sin protestar tras una bandera azul o roja, símbolos de

ideales ajenos a su mundo. Muchos no sabían por qué mataban o morían. Resignados y sumisos, con un rifle al hombro, un machete en la cintura y descalzos, enfrentaban la miseria del conflicto. Vivían en condiciones primitivas, donde una mujer, una gallina o una cerveza bastaban para llenar de alegría sus corazones agotados.

Cuando el cansancio o el desánimo los vencía, desertaban en silencio, regresando a sus pueblos para empuñar de nuevo la azada y seguir con sus vidas. Sin embargo, permanecían listos siempre para volver a la lucha cuando el llamado llegara otra vez. Así eran los hombres que, entre la guerra y la paz, sostenían el peso de una nación desgarrada.

A pesar de la gran victoria en Palonegro, el caos seguía extendiéndose por todo el país. La situación era tan incontrolable que el 14 de enero de 1901 el gobierno emitió un decreto de guerra a muerte, una medida desesperada que mostraba la gravedad de los tiempos. Pero incluso antes de esta proclama, el conflicto ya había alcanzado a Chiquinquirá. El 12 de enero, en las horas de la tarde, una guerrilla liberal irrumpió en la ciudad a través de la Venta de Conejo. Algunas crónicas hablan de un contingente de hasta 2500 guerrilleros, mientras que otras prefieren guardar silencio sobre el número exacto.

Ante la inminencia del ataque, un mensajero, con las ropas empapadas en sudor y el rostro desencajado por el agotamiento, transmitió un mensaje urgente por telégrafo a las oficinas militares en Villa de Leyva, clamando por refuerzos. Pero el enemigo no daba tregua, y el tiempo no era amigo de los defensores. Los liberales, enarbolando banderas rojas que

brillaban al sol poniente, avanzaban desde el suroccidente como una tormenta imparable.

En Chiquinquirá, los conservadores, sin líderes claros y con las fuerzas dispersas, se reunieron a toda prisa. Armados con viejos fusiles, machetes y una fe inquebrantable, decidieron que no cederían ni un palmo de terreno. “Si hemos de perecer,” decían entre ellos, “que sea bajo las sombras protectoras de la Virgen.”

El primer choque se dio cerca de la Basílica. Los conservadores, atrincherados tras los muros y en las esquinas de las casas, disparaban con precisión desesperada. Los liberales respondían con cargas temerarias, lanzándose hacia adelante con machetes relucientes, mientras sus gritos resonaban en las calles como un trueno. La Basílica, con su cúpula dorada todavía intacta, se erguía como un faro en medio del caos, su cruz proyectando una sombra larga que parecía extenderse como un manto protector sobre los defensores.

En la Plaza de la Renovación, el combate era igualmente feroz. Los guerrilleros liberales, atacando desde el oriente, encontraron una resistencia inesperada. Vecinos y soldados improvisados, atrincherados en casas y comercios, disparaban desde ventanas y azoteas, convirtiendo cada calle en un campo de batalla. En un momento dado, una explosión, cuyo origen nadie pudo determinar, incendió varias casas cercanas. Las llamas, alimentadas por el viento nocturno, comenzaron a devorar edificios, tiñendo el cielo de rojo y llenando el aire con el crepitar del fuego y el olor acre de la madera quemada.

En medio del estruendo, los gritos de los heridos y los alaridos de los atacantes se entremezclaban con el incesante repicar de las

campanas de la Basílica, que parecían suplicar por la salvación de la ciudad. Algunos liberales intentaron avanzar hacia el templo, pero los conservadores, enardecidos por su fe, los repelieron con una furia renovada.

Finalmente, a las once de la noche, luego de horas de combate sin tregua, los liberales tocaron la señal de retirada. El costo había sido demasiado alto, y la promesa de refuerzos conservadores pesaba como una amenaza sobre ellos. Abandonaron la ciudad dejando tras de sí una estela de destrucción: quince casas ardían todavía, y la hermosa cúpula de la Basílica, revestida en cobre, había sido dañada irreparablemente por los disparos.

Cuando el humo finalmente se disipó, los defensores de Chiquinquirá, agotados y cubiertos de polvo, se arrodillaron frente a la Basílica. Sus rostros, marcados por el cansancio y el miedo, reflejaban tanto gratitud como un profundo pesar. En ese momento, la ciudad había resistido, pero la herida de la guerra seguiría sangrando en los días por venir.

La guerra que había devastado la nación llegó a su fin el 24 de octubre de 1902, cuando el general Rafael Uribe Uribe, agotado por la lucha, firmó la llamada paz de Neerlandia. Pero esta paz no trajo alivio a la República, pues las heridas abiertas por el conflicto eran tan profundas que ni siquiera el tiempo parecía capaz de cerrarlas. Colombia, antaño orgullosa de su independencia, yacía en la ruina. Este año se descubrieron en Villa de Leyva y en Tinjacá sendas minas de mármol, que serían usadas por la orden dominica unos años después para edificar el altar de la Virgen en la Basílica de Chiquinquirá. El

descubrimiento estuvo a cargo del arquitecto Antonio Cortés Mesa y el padre Ambrosio Díaz.

La moneda, antaño respaldada por la confianza del pueblo, había perdido todo valor, de tal manera que billetes falsos circulaban por igual con los legítimos, y nadie podía distinguirlos. La desesperación del gobierno durante la guerra lo había llevado a imprimir papel moneda en materiales tan burdos como el papel para envolver chocolate. Las vías de comunicación y las líneas telegráficas, que eran los nervios del país, estaban cortadas en innumerables puntos, dejando a regiones enteras aisladas. Ciudades, pueblos y aldeas yacían en ruinas, destrozadas por los combates feroces que no habían respetado la vida ni el patrimonio.

Cien mil muertos pesaban como un luto sobre cada hogar, y los vivos, en su miseria, miraban con envidia a los muertos, que al menos habían encontrado descanso. Pero no había espacio para la reconciliación: el gobierno controlaba la prensa con mano de hierro, y los caudillos liberales, al regresar a sus hogares, fueron víctimas de venganzas que se ejecutaban sin juicio ni piedad. Así, el país se sumió en una dictadura feroz, preludio de un siglo que nacía bajo los augurios más oscuros.

Y como si los males no fueran suficientes, otro golpe cayó sobre Colombia en 1903, cuando perdió a Panamá, su provincia más preciada. Desde 1880 los franceses habían iniciado la construcción de un canal que uniría los océanos, pero el esfuerzo terminó en un fracaso monumental. Sin embargo, el gobierno de Sanclemente, en un acto que muchos considerarían insensato,

había prorrogado en 1900 la concesión para la construcción del canal por diez años más.

Cuando quedó claro que Francia no terminaría la obra, Colombia permitió que Tomás Herrán negociara un tratado con los Estados Unidos. Este acuerdo, el Herrán-Hay, cedía a los norteamericanos una franja de tierra de cinco kilómetros de ancho desde un océano al otro, por un plazo de 99 años. Pero los Estados Unidos, acompañando su propuesta con amenazas veladas, trataban a Colombia como a cualquier otra de las llamadas "repúblicas bananeras".

El Senado colombiano, animado por el espíritu indómito de Miguel Antonio Caro, quien evocaba a Apio Claudio el Ciego enfrentando a Cineas de Epiro, rechazó el tratado. En respuesta, los Estados Unidos, decididos a imponer su voluntad, apoyaron la independencia de Panamá. Colombia, exhausta por años de guerra civil, no tenía fuerzas para enfrentarse a la naciente potencia del norte, y el 13 de noviembre de 1903, Panamá declaró su independencia. Así se cerró uno de los capítulos más amargos de la historia colombiana, en el cual no sólo se perdieron vidas y riquezas, sino también una parte del alma de la nación. Este año se inició la explotación de las minas de mármol de Leyva y Tinjacá descubiertas el año anterior.

Capítulo XX

SUMARIO

Se inicia la construcción del altar en 1904. – Se finaliza su construcción en 1908. Consagración del altar en 1908. - Primer alumbrado eléctrico en Chiquinquirá. - Descripción de la Basílica de Chiquinquirá.

El 2 de julio de 1904 se emprendió la construcción del altar de mármol dedicado a la Virgen de Chiquinquirá. El material fue extraído de las minas de Villa de Leyva, célebres por la pureza y calidad de su mármol. La orden dominica, que desde 1902 había reunido la maquinaria necesaria para esta magna empresa, enfrentó innumerables desafíos al abrir un camino que permitiera el traslado de los monumentales bloques. Estos, transportados en carros tirados por bueyes, recorrieron arduos y sinuosos trayectos, reflejo de la fe y la determinación que impulsaban la obra.

El diseño y construcción fueron confiados al arquitecto Antonio Cortés Mesa³², cuya destreza y visión quedaron plasmadas en cada detalle del altar. A pesar de la falta de expertos en el tallado de mármol en la región, el arquitecto, junto con el padre Pedro Leguizamón, lideró con éxito esta ardua labor, superando los retos técnicos y demostrando un compromiso ejemplar.

El 1 de julio de 1907, tras el desmantelamiento del antiguo altar, se inició el ensamblaje del nuevo. Finalmente, el 2 de julio de 1908, se presentó al mundo esta magnífica obra. Con sus doce

³² Antonio Cortés Mesa falleció el 13 de febrero de 1927 a la edad de 74 años. Su tumba aún se conserva en el cementerio de Chiquinquirá y tiene la siguiente inscripción: “Arquitecto del altar de nuestra señora de Chiquinquirá”.

metros de altura y diseño de orden corintio, el altar se eleva majestuoso sobre una plataforma de tres gradas. Ocho imponentes columnas sostienen su estructura, dirigiendo la mirada hacia el cielo, donde tres ángeles erguidos portan los emblemas de la Virgen.

Sobre la cornisa frontal, dos angelitos delicadamente sostienen el anagrama de María, añadiendo un toque de ternura y equilibrio a la monumentalidad del diseño. En el centro del altar, suspendido en un lugar de honor, se encuentra el venerado cuadro de la Virgen, irradiando rayos dorados y rodeado de nubes de plata. Esta combinación de elementos no solo simboliza la devoción y amor que los fieles han depositado en su patrona celestial, sino que también transmite una sensación de trascendencia.

Una elegante escalera, con una repisa de mármol finamente elaborada, permite llegar hasta el venerado cuadro. Este detalle, además de ser funcional, invita a los fieles a contemplar de cerca la imagen de la Virgen, intensificando la conexión espiritual y el fervor religioso. Así, el altar no sólo representa una obra maestra del arte y la arquitectura, sino también un testimonio de la fe y el esfuerzo colectivo de una comunidad que encontró en él una expresión tangible de su amor por la Virgen de Chiquinquirá.

El 22 de diciembre de 1908, el arzobispo Bernardo Herrera Restrepo llegó a Chiquinquirá para presidir la consagración del nuevo altar de la Virgen. Su entrada al pueblo, acompañado de varios sacerdotes y una escolta de 300 jinetes, fue un acontecimiento memorable. Cohetes, campanas al vuelo y un sinnúmero de discursos marcaron su recepción por parte de una población alborozada, que llenaba las calles con fervor y alegría.

Al día siguiente, 23 de diciembre, a las 6 de la tarde, se llevó a cabo una solemne procesión que culminó en el interior del templo. En esta ocasión, varias reliquias de santos fueron entregadas con reverencia, para ser colocadas en el nuevo altar al día siguiente.

El 24 de diciembre, a las 6:45, dieron inicio las ceremonias de consagración del altar. Durante tres horas, se llevaron a cabo ritos solemnes que congregaron a la comunidad en un acto de profunda oración y gratitud, marcando un hito espiritual en la historia de Chiquinquirá.

Al día siguiente, 25 de diciembre, la llegada de la luz eléctrica transformó la ciudad. En un acontecimiento sin precedentes, la Basílica de Chiquinquirá se convirtió en el primer edificio en beneficiarse de este innovador avance, simbolizando progreso y modernidad. Este hecho no sólo iluminó físicamente el templo, sino que también encendió en los corazones de los habitantes un sentimiento de esperanza y orgullo, interpretado por muchos como una bendición celestial para la ciudad y su fe.

Ese mismo año, los padres dominicos, encabezados por el vicario provincial María Cornejo, elevaron un memorial a la asamblea episcopal. En él solicitaron apoyo para la petición que habían enviado a Roma, buscando el permiso para coronar a la Virgen de Chiquinquirá.

Permíteme ahora, paciente lector, hacer una breve descripción de la Basílica tal como se encuentra hoy. Su aspecto no ha cambiado significativamente desde la finalización del altar. Únicamente se han modificado algunos detalles de la torre y el frontispicio a raíz del terremoto de 1967, pero, en lo esencial, el templo que hoy se

levanta en Chiquinquirá ha permanecido prácticamente intacto desde 1908.

Dominando la plaza mayor, la Basílica se extiende sobre un área de 2.800 metros cuadrados, elevada a cinco metros por un majestuoso atrio de piedra que le confiere aún mayor monumentalidad. A cada lado del templo, dos imponentes torres de casi 40 metros de altura enmarcan el conjunto, y entre ellas, las imágenes de la Virgen, San Andrés y San Antonio contemplan con serena majestad la ciudad y a sus fieles.

Tres puertas principales, alineadas con las tres naves del templo, se abren hacia la plaza de Bolívar³³. Sobre ellas, tres grandes ventanales con hermosos vitrales iluminan el interior y recuerdan a los fieles las vidas de la Virgen (ventana central), Santo Domingo (ventana derecha) y San Luis Beltrán (ventana izquierda). Dentro del templo, el visitante queda sobrecogido por la solemnidad de sus muros, donde se distribuyen quince capillas, cada una adornada con altares que llevan la impronta del genio del arquitecto Mesa. Allí se alternan, con armoniosa destreza, los órdenes arquitectónicos dórico, jónico moderno, toscano, corintio compuesto y jónico antiguo, evocando los grandes logros de la arquitectura clásica.

Las naves laterales, sustentadas por 19 bóvedas de arista, descansan sobre tres arcos de medio punto y un entrepaño donde

³³ Existe controversia sobre el nombre de la plaza donde está ubicada la Basílica. Actualmente existe en el costado noroccidental una placa que dice “Plaza de Bolívar”. La estatua central dedicada a Bolívar y la placa antes mencionada hacen creer al autor de estas líneas que el nombre correcto es plaza de Bolívar.

se abre un ventanal que da luz a cada bóveda. En la nave central, 10 imponentes columnas, cada una compuesta por cuatro columnatas toscanas dispuestas alrededor de una retropilastra de sección cuadrada, marcan el eje de la construcción. La bóveda principal se sostiene sobre seis columnas sencillas, también de orden toscano, acompañadas de sus correspondientes arcos de medio punto.

En el centro del crucero, sobre los cuatro arcos torales, se eleva con majestad la gran cúpula, antaño fulgurante en azul y blanco; hoy deja entrever los ladrillos desnudos, heridos por el paso de los años. Quien levante la vista aún podrá leer en su base la súplica de los fieles:

*"Pues sois de los pecadores
el consuelo y la alegría:
¡Oh, Madre Clemente y Pía!
Escuchad nuestros clamores."*

A un costado del templo, en el norte, se alza la capilla de los difuntos, cuya fachada de orden dórico da acceso a la calle 18. En su interior descansan los restos de muchos de los monjes, frailes y priores que han dedicado su vida al convento de Chiquinquirá. En el costado sur, alineada perfectamente con la puerta de la capilla de los difuntos, otra puerta da paso al antiguo edificio del convento, que durante muchos años albergó el Colegio Jesús María y José y que hoy pertenece a la Universidad Santo Tomás.

Capítulo XXI

SUMARIO

Llegada de las primeras máquinas de vapor a Chiquinquirá. – Planes para la coronación de la virgen de Chiquinquirá. Agitación en la ciudad por el traslado del cuadro de la virgen a Bogotá. Levantamiento armado de los vecinos de Chiquinquirá contra los anacrónicos designios del obispo de Tunja. - Intervención del presidente Suárez a favor de la paz. - Coronación de la virgen Bogotá. – Regreso del cuadro por Tunja. – Accidente del obispo. – Razones del autor para poner fin a su historia.

Los avances técnicos continuaron llegando a Chiquinquirá transformando su panorama local y conectándola cada vez más con la modernidad. En 1910, comenzó a operar el Molino Americano, impulsado por vapor, marcando un hito en la industrialización de la región. Ese mismo año, se inauguró la navegación a vapor en el río Suárez y la laguna de Fúquene, estableciendo una ruta fluvial entre Chiquinquirá y Ubaté que facilitó el transporte y fortaleció los vínculos comerciales entre ambas localidades.

En ese mismo año de progreso, el 9 de enero, Roma emitió el decreto de coronación de la Virgen de Chiquinquirá. Este documento autorizó al obispo de Tunja a imponer, en nombre del Vaticano, la corona de oro sobre la cabeza de la sagrada imagen. Este suceso, profundamente simbólico, fue recibido con júbilo por los fieles, consolidando aún más el lugar de la Virgen como patrona celestial y reafirmando la importancia espiritual de Chiquinquirá en la región.

Mientras tanto, el municipio comenzaba a recuperarse de los estragos causados por la guerra civil, mostrando signos de

renovación y crecimiento. Para 1912, el censo registró un total de 14511 habitantes, un indicador del resurgimiento de la comunidad, tanto en lo material como en lo espiritual. Este renacer, impulsado por la fe y el esfuerzo colectivo, marcaba el inicio de una nueva etapa en la historia de Chiquinquirá.

En 1915, la ciudad de Chiquinquirá se cubrió de luto ante el fallecimiento del padre Buenaventura, ocurrido el martes 6 de julio. Los balcones de todas las casas lucieron banderas negras en señal de duelo, reflejo del profundo pesar de la comunidad. A las 3 de la tarde comenzó la velación de este venerado prelado, quien no sólo había restaurado el convento de la orden dominica, sino que también había dejado su impronta en algunas de las más hermosas obras del conjunto de la Basílica. El jueves 8 de julio, a las 9 de la mañana, se celebró el sepelio, al que acudió una inmensa multitud de personas, en lo que muchos consideraron el entierro más solemne y concurrido en la historia de la ciudad. A las 12 del mediodía, el cuerpo del venerable anciano fue depositado para siempre en la fría fosa destinada en el interior del templo³⁴, marcando el fin de una vida dedicada al servicio espiritual y a la edificación del legado religioso de Chiquinquirá.

Este año también se iniciaron las labores de reparación de la cúpula de la Basílica, que había quedado gravemente averiada por disparos en el combate que se libró en 1901. Como la cúpula construida por el arquitecto Cortés Mesa era en madera, fue necesario desmontarla y fabricarla de nuevo en su totalidad, esta

³⁴ Actualmente el sitio de su tumba, justo debajo de la cúpula, se encuentra marcado por la siguiente inscripción: “Fr Buenaventura García 1828-1915”.

vez en cemento. El hermoso recubrimiento en cobre fue reemplazado por el actual, que es de aluminio.

En 1916, la comunidad de Chiquinquirá dio un nuevo paso hacia el progreso al importar una moderna imprenta, lo que permitió la fundación del periódico *Veritas*. Este medio, concebido como un vehículo para informar y unir a la comunidad, tuvo como primer gran cometido anunciar, con entusiasmo y amplitud, la próxima ceremonia de coronación de la Virgen de Chiquinquirá. El año siguiente, 1917, se culminaron las labores de restauración de la capilla de Santa Bárbara, que había iniciado el Padre Roa casi dos décadas atrás.

En el año 1918, durante los preparativos para la coronación de la Virgen de Chiquinquirá, surgió un conflicto que reveló la fragilidad del orden entre las autoridades eclesiásticas y la población devota de la ciudad. El obispo Maldonado, desde Tunja, anunció el 7 de junio que la ceremonia se trasladaría a Bogotá, decretando el traslado de la venerada imagen. Este acto, percibido como una afrenta al prestigio de Chiquinquirá, despertó en sus habitantes un temor profundo de perder la reliquia que constituía el fundamento espiritual y social de su comunidad.

La decisión del obispo provocó una reacción inmediata. El alcalde, respaldado por el clamor popular, emitió un decreto prohibiendo el traslado de la imagen. Simultáneamente, comenzaron a organizarse marchas masivas en la ciudad y también en las poblaciones vecinas que se unieron en defensa del cuadro. La multitud, animada por la indignación, expresó su rechazo mediante discursos fervorosos y, en ocasiones, palabras dirigidas al obispo que no podían calificarse de pías.

El obispo Maldonado, buscando reafirmar su autoridad, amenazó con severas sanciones canónicas. Sin embargo, estas palabras intensificaron la tensión, y la noche del 21 de junio estalló la violencia: una muchedumbre armada irrumpió en el convento. Durante los disturbios se escucharon disparos y un manifestante perdió la vida. Aunque algunos acusaron a un sacerdote dominico, las investigaciones quedaron inconclusas, reflejando la inestabilidad e injusticia de la época.

La presión popular finalmente obligó a los dominicos a trasladar la imagen a otra iglesia, donde era custodiada por una guardia armada de ciudadanos. Cuando el obispo supo de estos eventos, actuó como si viviera en tiempos antiguos, imponiendo un interdicto sobre la ciudad y excomulgando a su alcalde. Incluso pidió al gobierno el envío de tropas, causando gran agitación. ¡Y esto sucedía en pleno siglo XX, no en la edad media!

El interdicto del obispo Maldonado, lejos de sofocar los disturbios, avivó las llamas de la discordia, pues en los corazones de los chiquinquireños el temor se tornó en ira. Así, antiguos guerrilleros de la pasada contienda comenzaron a reaparecer. Estos hombres, acostumbrados a la lucha, empezaron a distribuir armas y panfletos y proclamaron que levantarían un ejército de quince mil hombres para enfrentar tanto al obispo como al gobierno, si era necesario.

El 24 de junio, un batallón de doscientos soldados fue enviado desde Tunja con la intención de sofocar la rebelión. Pero al llegar a Ráquira, los soldados se encontraron con tres mil hombres que les cerraron el paso, armados y determinados. *“Avanzad, si os atrevéis, pero sabed que no saldréis vivos de aquí”*, les advirtieron. Ante tal demostración de fuerza, el batallón se detuvo

y así se evitó lo que habría sido, según algunos, la guerra civil más absurda de nuestra historia.

Fue entonces cuando el presidente Marco Fidel Suárez decidió intervenir. Conocido por su elocuencia y sabiduría, el presidente dirigió el 9 de julio una carta a los chiquinquireños. Con palabras que parecían salidas del corazón de un padre preocupado, les rogó que permitieran el traslado de la imagen a Bogotá, diciendo:

"Sería inexplicable, inconcebible, que aquellos más cercanos a su santuario impidieran su glorificación y convirtieran esta ocasión en actos indignos, que ni sus enemigos más acérrimos cometerían. Transformar la festividad de Nuestra Señora, madre de bendiciones y paz, en una causa de discordia o guerra sería inaudito."

El presidente incluso prometió acompañar personalmente la imagen en su viaje a la capital, garantizando con su palabra que la reliquia retornaría intacta a Chiquinquirá. Así, con diplomacia y sabias palabras, el presidente logró apaciguar los ánimos y evitar un enfrentamiento que podría haber sumido al país entero en una nueva tragedia. El alcalde, que había renunciado, pidió públicamente disculpas al obispo y este levantó el interdicto el 24 de octubre. El censo de este año arrojó un total de 22700 habitantes para la ciudad de Chiquinquirá.

Concluidos los disturbios y restaurada la calma, se llevaron a cabo los preparativos para la ceremonia de coronación. El 28 de junio de 1919, la sagrada imagen de la Virgen salió de la Basílica de Chiquinquirá hacia la capital de la República. Una multitud acompañó la procesión, que avanzaba con solemnidad,

encabezada por estallidos de cohetes que resonaban en el aire como anuncio de su marcha.

Iniciado el viaje, las delegaciones de pueblos vecinos, conmovidas por la santidad de la reliquia, se unieron al cortejo en reverente procesión. En cada tramo, hombres y mujeres, jóvenes y ancianos rendían tributo, caminando junto a ella como muestra de unidad y devoción. Así, tras días marcados por fervor, el cortejo alcanzó la ciudad de Bogotá el 8 de julio. Allí, como si honraran no sólo a la imagen, sino al espíritu de toda una nación, se desplegaron honores militares, salvas de artillería y la interpretación solemne del himno nacional por la banda del ejército, haciendo de este día un acontecimiento de resonancia tanto espiritual como política.

Al día siguiente, el 9 de julio, tuvo lugar la ceremonia de coronación. Fue entonces cuando el obispo Maldonado con gran pompa, bendijo las coronas de oro y piedras preciosas, obra del renombrado orfebre Manuel Madero, destinadas a la Virgen y al Niño que porta en sus brazos. Durante la misa, en un acto cargado de simbolismo se bajó el cuadro del marco y se colocaron las coronas sobre las veneradas cabezas. Este ritual sagrado prolongado hasta bien entrada la noche, estuvo acompañado de discursos, desfiles y poemas que ensalzaban el significado de la ocasión. Previamente, el 7 de julio, Bogotá había inaugurado su alumbrado con 2,500 bombillos que adornaban la catedral, como si la luz misma honrara a la Virgen.

Tras días de celebraciones en la capital la imagen partió el 22 de julio hacia Tunja, donde llegó el 3 de agosto, acogida por nuevas festividades, desfiles militares y actos solemnes. Desde Tunja, la reliquia prosiguió su ruta, pasando por Samacá, Villa de Leyva,

Sutamarchán y Tinjacá, hasta llegar a Chiquinquirá el 14 de agosto. Pero en este trayecto, no todo fue regocijo; el obispo de Tunja, como castigado por fuerzas superiores, sufrió un accidente que le impidió continuar³⁵. Ya en las cercanías de nuestra urbe se sumaron a la multitud de fieles, el presidente Suárez, el ministro del tesoro y altos mandos del ejército nacional. Así, la santa reliquia visitó un total de 28 poblaciones, dejando a su paso una estela de devoción y fervor patriótico que parecía unir a la nación luego de las terribles conmociones del siglo anterior.

Al año siguiente, en 1920, la ciudad de Chiquinquirá tuvo el privilegio de recibir nuevamente al presidente Suárez quien, con ánimo diligente, llegó a supervisar los avances en la construcción del ferrocarril destinado a enlazar la urbe con la capital y, a su vez, conectar ésta con el norte del país. Este ambicioso proyecto prometía cambiar el destino de la región, trayendo consigo progreso y comunicación con tierras más lejanas.

En 1922, nuevos vientos de cambio soplaron sobre la ciudad. En aquel año, vieron la luz los periódicos *La Defensa Liberal* y *Lectura Popular*, cada uno reflejo del espíritu y las inquietudes de la época. Además, surgió una prometedora industria: la Compañía Molinera de Occidente, fundada por el general Roberto Liévano Leiva. En el costado occidental de la plaza de la Concepción, se erigió un edificio de tres pisos para albergar maquinaria moderna, símbolo del auge industrial. Aunque esta imponente construcción ha desaparecido con el tiempo, su memoria persiste como testimonio del empuje de aquel período.

³⁵ O esa fue la excusa que inventó para no presentarse ante los chiquinquireños.

En 1923, un evento sin precedentes asombró a los habitantes de Chiquinquirá: el aterrizaje del primer avión procedente de la capital. Camilo Daza, audaz piloto y precursor de la aviación, descendió con su máquina voladora y fue recibido como un héroe. Entre aclamaciones y vítores, el concejo municipal y las damas más ilustres de la ciudad le otorgaron sendas medallas, honrando su hazaña y valentía. Este año también es recordado por la restauración del suelo de la Basílica. Ya en 1924, los alrededores de la colina que alberga la capilla de Santa Bárbara comenzaron a ser urbanizados, como si la ciudad extendiera sus brazos hacia aquel venerado lugar. Cada construcción en torno a la colina parecía un tributo a su historia, mientras el progreso se abría paso sin olvidar los pilares espirituales de la comunidad.

Y así, habiendo llegado al término de nuestra narración, cesamos en el relato de los hechos. El resto del siglo XX se alza como una época oscura, no sólo para nuestra patria, sino para el mundo entero; un tiempo en el que los avances de la industria y la ciencia, concebidos para el beneficio del hombre, fueron puestos al servicio de la muerte. En nuestro suelo, una violencia más despiadada que la del siglo XIX se desencadenó con furor a comienzos de los años 30, alcanzando su clímax en las décadas de los 40 y 50. Y aunque hoy vivimos sus últimos estremecimientos, el eco de esa tempestad aún resuena. Como bien expresó Tácito, aquel romano insigne, *‘Raros son esos tiempos felices en los que se puede pensar lo que se quiere y decir lo que se piensa’*.

Hemos trazado la historia de nuestra ciudad desde sus orígenes más remotos hasta el año 1924, un lapso que, para muchos, yace olvidado en las sombras del pasado mas no por ello indigno de memoria. Es un periodo en el que no hallamos motivos de rencor,

sino ecos de una vida distinta, cuya lección reside en su tranquilidad olvidada.

De los años que siguieron, cargados de tumulto y dolor, no deseamos ofrecer relato alguno; pues muchas heridas aún permanecen abiertas y no es nuestra intención agitarlas con una narración que pueda inquietar a quienes vivieron aquellos días aciagos. Que el recuerdo de esta obra sirva entonces como un humilde tributo a la memoria de los tiempos de paz y al olvido necesario de las guerras.

Contenido

INTRODUCCIÓN	9
Capítulo I	11
Capítulo II	31
Capítulo III.....	53
Capítulo IV.....	69
Capítulo V.....	75
Capítulo VI.....	79
Capítulo VII	87
Capítulo VIII.....	93
Capítulo IX.....	101
Capítulo X.....	155
Capítulo XI.....	167
Capítulo XII	177
Capítulo XIII.....	179
Capítulo XIV.....	181
Capítulo XV	185
Capítulo XVI.....	191
Capítulo XVII	199
Capítulo XVIII	205
Capítulo IXX.....	209
Capítulo XX.....	223

Capítulo XXI.....	229
-------------------	-----

BIBLIOGRAFÍA

- Acosta, J. (s.f.). *Historia de la Nueva Granada*. Bogotá: Bedout.
- Ariza, A. (1964). *Nuestra señora del rosario de Chiquinquirá*. Bogotá.
- Barrera, N. P. (2022). *Historia de Chiquinquirá*. Tunja: Academia Boyacense de Historia.
- Buendía, P. d. (1735). *Verdadera histórica relación del origen, manifestación, y prodigiosa renovación por sí misma, y milagros de la imagen de la Sacratísima Virgen María, madre de Dios Nuestra Señora de El Rosario de Chiquinquirá que esta en el Nuevo Reyno de Granada*. Madrid.
- CONFIRMACIÓN DE ENCOMIENDA DE CHIQUINQUIRÁ, SANTA_FE,169,N.36 (1632).
Obtenido de <https://pares.mcu.es/ParesBusquedas20/catalogo/description/392312?nm>
- CONFIRMACIÓN DE ENCOMIENDA DE CHIQUINQUIRÁ, SANTA_FE,172,N.2 (1654).
Obtenido de <https://pares.mcu.es/ParesBusquedas20/catalogo/description/392437?nm>
- Cornejo, V. M. (1942). *Historia de la milagrosa imagen de la virgen de Chiquinquirá, de su ciudad y de su convento*. Bogotá: Centro.
- El Castillo del Olimpo. (Febrero de 2005). *Mirando el Campo*.
- España, G. (2019). *Del grito a la victoria*. Bogotá: Penguin Random House.
- España, G. (2019). *El país que se hizo a tiros*. Bogotá: Penguin Random House.
- García, P. G. (2014). Two Centuries of Wetland Draining in Lake Fúquene (Colombia): Impacts on the Artisanal Fishery. *Agua y Territorio*, 47-58.
- Gutiérrez, J. P. (1951). *Memorias histórico-políticas*. Bogotá: Iqueima.
- Henao, J. M., & Arrubla, G. (1984). *Complemento a la historia extensa de Colombia*. Bogotá: Plaza y Janés.
- Landínez, C. A. (1826). *Vindicación del padre Fray Casimiro Antonio Landínez*. Bogotá: Imprenta de Stokes. Obtenido de <https://www.bibliotecadigitaldebogota.gov.co/resources/2803534/>
- Langeback, C. (2019). *Los muisca*. Bogotá: Penguin Random House.
- León, A. P. (1836). *Triunfo de la verdad y la caridad*. Bogotá: Imprenta de Nicolás Gómez. Obtenido de <https://redaprende.colombiaaprende.edu.co/metadatos/recurso/triunfo-de-la-verdad-y-de-la-caridad-contestacion/>
- López, J. O. (1989). *Monografías de los pueblos de Boyacá* (Vol. 2). Tunja: Publicaciones de la Academia Boyacense de Historia.

- Lucas, C. P. (2022). *De Chiquinquirá yo vengo*. Bogotá: Temas.
- Melo, J. O. (1989). *Reportaje de la Historia de Colombia*. Bogotá: Planeta.
- Misas, R. C. (1995). *Cursillo de Historia de Colombia*. Bogotá: Colina.
- Monsalve, S. d. (1618). *Testamento de María Ramos*. Chiquinquirá.
- Navas, A. W. (1955). *Homanaje de Chiquinquirá a don Marco Fidel Suárez*. Chiquinquirá: Veritas.
- Peña, V. R. (2011). *Vicente Rafael García y la guerra de partidas de Chiquinquirá y Gámbita*. Tunja: Colección Bicentenario.
- Posada, O. A. (1986). *Chiquinquirá 400 años*. Bogotá: Colombia.
- Rincón, M. (1896). *Incendio del colegio y parte del templo de Chiquinquirá*. Chiquinquirá: Imprenta de Fajardo.
- Sarmiento, J. P. (2009). *La provincia del Socorro en la guerra de los supremos*. Bucaramanga: Universidad Industrial de Santander.
- Velandia, R. (2013). *Las guerras federalistas*. Bogotá: Libros y Letras.
- Zutter, C. d. (2023). *Cuando Boyacá le declaró la guerra a Bélgica*. Amazon.